

LETTRE

RIA

DETTIN

28

F

32028

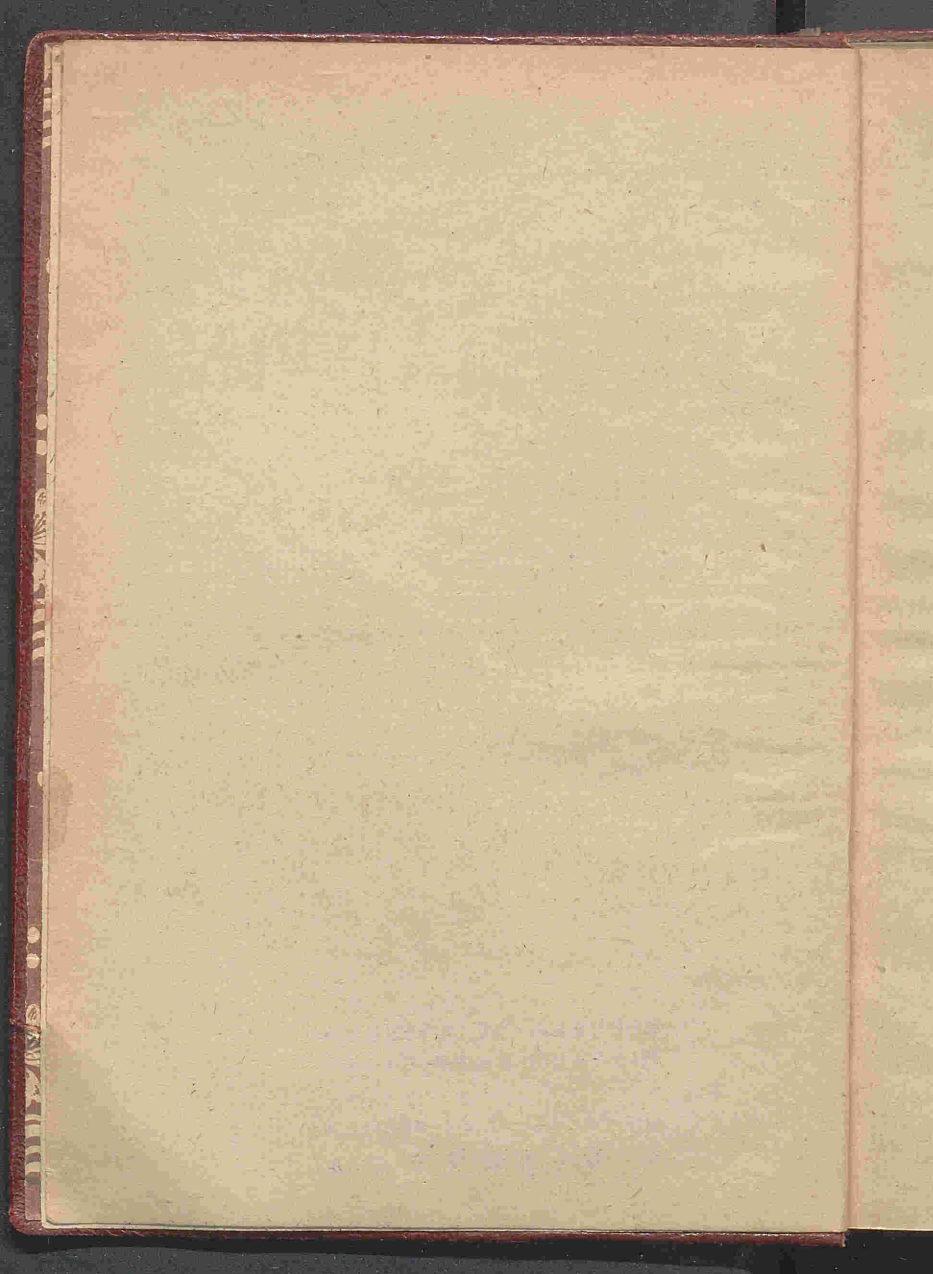


JAMES SCHROEDER
ENDUPEMADON

F/ 32028

HISTORIA DE SAN MARTIN
Y DE LA
EMANCIPACIÓN SUDAMERICANA
TOMO V

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS
— DE LA —
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
BIBLIOTECA



BIBLIOTECA DE «LA NACION»

HISTORIA
DE
SAN MARTIN

Y DE LA
EMANCIPACION SUDAMERICANA
POR
BARTOLOMÉ MITRE

Serás lo que debes ser, y si no,
no serás nada.

Máxima de San Martín.

TOMO QUINTO



BUENOS AIRES

1907

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS

DE LA

UNIVERSIDAD DE SEVILLA
BIBLIOTECA

Imp. y estereotipia de LA NACIÓN.—Buenos Aires.

M. Pizarro de Lima

CAPITULO XXXVI

Revolución de Quito y Venezuela.—Primera caída de Venezuela.

1809 - 1812

Nuevo teatro de operaciones.—Enlaces étnicos y geográficos.—Los grandes valles del Magdalena, Cauca y Orinoco.—Quito, Nueva Granada y Venezuela.—Los llanos y los llaneros de Colombia.—Tipos de la caballería sudamericana.—Antecedentes revolucionarios.—Insurrección de Venezuela en 1810.—Política de la Gran Bretaña en Sud América.—Aparición y retrato de Bolívar.—Influencia de su maestro Simón Rodríguez en sus ideas políticas.—Misión de Bolívar cerca del gobierno de Inglaterra.—Reaparición de Miranda.—La regencia española declara rebeldes á los revolucionarios de Venezuela.—Actitud que asume Venezuela.—Primeras hostilidades entre insurgentes y realistas.—Papel de Miranda en la revolución de Venezuela.—Reunión del primer congreso venezolano.—Venezuela declara su independencia.—Contrarrevolución de los canarios en Caracas.—Reacción realista en Venezuela.—Miranda general en jefe de la revolución de Venezuela.—Venezuela se da una constitución federal.—Estado de la revolución venezolana en 1811.—Derrota de los independientes en la Guayana.—Progresos de la reacción al oriente de Venezuela.—Fenómenos revolucionarios y contrarrevolucionarios.—Aparición de Monteverde.—Terremoto de 1812 en Venezuela.—Contrastes

de las armas independientes al oriente de Venezuela.—Miranda, generalísimo de la república venezolana.—Sistema defensivo que adopta.—La guerra á muerte recrudece.—Nuevos triunfos de la reacción.—Bolívar reaparece en la escena.—Los realistas se apoderan de Puerto-Cabello.—Enervación de la opinión pública.—Capitulación de Miranda.—Desorganización de la república de Venezuela.—Miranda entregado á los españoles.—Sin nuestro papel de Bolívar en esta emergencia.—Los realistas ocupan Caracas.—Sistema terrorista de la reacción triunfante.—Miranda y Bolívar.—Examen de la conducta de Bolívar en la prisión de Miranda.—Caída de la república de Venezuela.

I

El nuevo teatro de operaciones que va á abrirse en el extremo norte de la América meridional, presenta similitudes y contrastes con la naturaleza del extremo sur, que determinan y explican los movimientos opuestos y concéntricos de las masas humanas agitadas por la revolución y atraídas por sus afinidades. Son dos sistemas geográficos y dos centros sociales diferentes, pero análogos, ligados por la continuidad territorial, en que se desenvuelven fuerzas espontáneas, tendencias uniformes y proyecciones homólogas, que mancomunadas ó asimiladas, convergen á un punto por gravitaciones recíprocas. El común origen, la lengua materna, la identidad de condiciones y el gran sacudimiento que simultáneamente experimentan, ponen en conmoción los diversos elementos de la embrionaria sociabilidad sudamericana que yacían adormecidos, dan su unidad á este movimiento multiforme, que se desenvuelve en virtud de una predisposición ingénita, y se subordina en definitiva á una ley físicomoral que rige

hombres y cosas. Para mayor analogía y contraste entre la naturaleza física y la naturaleza humana, son dos hombres de carácter opuesto, pero con la misma intuición, los que se ponen al frente de las dos masas y se mueven impulsados por la fuerza de las cosas, modelan sus planes sobre el terreno en que operan y adunan las voluntades según la genialidad típica de las colectividades que representan. El uno, es un calculador sin ambición personal, que al trazarse un plan de campaña liberta la mitad de la América. El otro, es una alma ardiente, una ambición absorbente, que sueña con la gloria y el poder, y liberta la otra mitad de la América. Ambos están animados de la pasión de la emancipación de un nuevo mundo, como hijos de una misma raza y campeones de una misma causa. San Martín se llama el uno. Bolívar se llama el otro. El teatro de acción de San Martín, es la República Argentina, Chile y el Perú y penetra con sus armas en la zona del libertador del norte. El otro, representa la hegemonía colombiana de Venezuela, Nueva Granada y Quito, que dominará el Perú y coronará con el triunfo final las armas redentoras de la América del sur y del norte del continente, disciplinadas para la lucha. El equilibrio estable será el producto de esta conjunción. La ley del territorio y los elementos orgánicos de la sociabilidad de cada uno de los particularismos, prevalecerá al fin, y las nuevas naciones se constituirán autónomicamente según su espontaneidad, determinando en el orden físico y político sus respectivas fronteras y su identidad democrática.

Una ojeada sobre el mapa de lo que se llamó Colombia, dará una idea de la configuración del territorio en que se desarrollarán los sucesos que van

á relatarse; de la distribución geográfica de sus partes y de los particularismos étnicos, que al trazar las líneas estratégicas de la insurrección determinaron la amplitud de su potencia guerrera. Esta zona, que forma el extremo norte de la América meridional, se extiende como veinte grados á uno y otro lado del Ecuador, desde el istmo de Panamá y el mar Caribe hasta la frontera septentrional del Perú. En ella se comprendían en 1810, el virreinato de Nueva Granada, la capitania general de Venezuela y la presidencia de Quito dependiente de Nueva Granada. Estas tres divisiones políticas respondían á tres divisiones hidrogeológicas, en que los relieves del terreno y las grandes corrientes de agua con sus hondas cuencas cavadas por los fuegos volcánicos, dibujan otras tantas zonas de constitución física análoga, pero con caracteres distintos, pobladas por razas heterogéneas que un mismo espíritu ó instinto animaba. Al tiempo de estallar la revolución, estas tres secciones tenían una población de 3.900.000 almas, de las cuales 1.400.000 correspondían á la Nueva Granada, 900.000 á Venezuela y 600.000 á Quito, que se descomponían por razas, en 1.234.000 blancos (criollos y europeos), 913.000 indígenas, 615.000 pardos libres y 138.000 negros esclavos. En Santa Fe de Bogotá y Caracas, capitales de Nueva Granada y Venezuela, estaban afocadas las luces de ambas colonias. La ciudad de Quito, centro de una antigua civilización precolombiana, y satélite del Perú ó Nueva Granada en la época colonial, era otro foco excéntrico.

La gran cordillera de los Andes, como una cadena de granito, con sus gigantes vestidos de nieves eternas y sus volcanes encendidos, liga las regiones de lo que fué Colombia con el resto de la América me-

ridional. Quito, llamado el Tibet del nuevo continente, por ser su punto más culminante, está enclavado entre las dos ramificaciones montañosas que forman la continuación del valle longitudinal de Chile, se unen en las fronteras del norte argentino, sepáranse en el Alto y Bajo Perú y se prolongan hasta el Ecuador.

Su litoral se abre sobre el mar del sur, como el de Chile y el Perú, y su territorio se extiende al oriente por las vertientes superiores del valle del Amazonas. Hacia el norte y bajo la línea, la doble cordillera ata otro nudo en el intermedio de Quito á Popayán, dentro del cual está la provincia de Pasto, límite de lo que propiamente se llamaba el nuevo reino de Granada, la que debía ser tan famosa como la Vendée, en la guerra de la independencia, por su porfiada fidelidad al rey de España. Siguiendo el mismo rumbo, la cordillera se divide en tres ramales, uno de los cuales forma la espina dorsal del istmo de Panamá, y los otros terminan en el golfo de Méjico. Dentro de esta triple cadena se diseñan tres valles; pero es uno el que imprime su sello á la región. La Nueva Granada está encerrada en la cuenca del gran valle del río de la Magdalena, separado del valle del Atrato por la cadena central hasta el golfo de Darién, que después de recibir el tributo del caudaloso Cauca, derrama sus aguas en el mar de las Antillas frente á las islas de Sotavento. A lo largo de este litoral marítimo, que se prolonga hacia el oriente y dobla al sur, conocido con el nombre genérico de Costa-Firme, están situados los emporios comerciales y los puertos fortificados de Portobelo, Cartagena de Indias (la primera plaza fuerte de América), Santa Marta y Río-Hacha. La cordillera oriental, que separa á una parte de la Nueva

Granada de Venezuela, al este, á la altura de Mérida, antes de tocar el litoral, traza con rasgos volcánicos las atormentadas costas venezolanas desde el golfo de Maracaibo hasta el de Paria y el delta del Orinoco, con las islas de Barlovento al largo del mar Caribe. Entre éstas, debe señalarse la isla Margarita, que por su posición geográfica y la índole de sus habitantes, debía influir poderosamente en el éxito de la lucha colombiana por la independencia. Entre estos extremos marítimos, están situados los puertos comerciales y plazas fuertes de la costa-firme venezolana, que son: Maracaibo y Coro al occidente; Puerto Cabello, La Guayra, Barcelona y Cumaná al centro; y en la parte opuesta abierta al sudeste el Güiria en el golfo de Paria y la bahía de los Navíos en las bocas del Orinoco. Dentro del trazado de estas líneas generales y de la serranía destacada de Parima al sur, se asienta Venezuela en el extenso valle del Orinoco, con la Guayana española al oriente, limitada por impenetrables selvas seculares tan antiguas como el mundo orgánico.

En las nacientes del Orinoco y dentro de la red que forman sus caudalosos tributarios, el Portuguesa, el Apure, el Caroní, el Meta, el Arauca, el Guaivíara y el Caquetá, se desenvuelven al pie de la cordillera oriental las inmensas sábanas ó llanos de las provincias de Casanare, de Barinas, del Apure y de Caracas, limitadas al sur por las selvas de las Guayanas, y al norte por las montañas que dibujan el litoral venezolano ya descripto. Esta llanura horizontal, que se divide en alta y baja, según sus respectivos niveles y declives, en un tiempo lecho de un mar, de confines monócromos y sin accidentes que la modifiquen, salvo sus dobles niveles, sus corrientes de agua y algunos grupos aislados de árboles—que

los naturales llaman «matas»—da su fisonomía al interior del país é imprime su sello al carácter de sus habitantes. En esta región, situada bajo el trópico de Cáncer, el invierno no se diferencia del verano, sino por las lluvias periódicas que hacen desbordar sus ríos, inundan sus praderas, dándole la apariencia de un mar sin horizontes. Cuando las aguas se retiran, el suelo se cubre de una rica alfombra de altas gramíneas, donde apacentan como en las pampas australes millones de ganado de la raza bovina y caballar. De la combinación de esta industria primitiva introducida por la colonización española, con el suelo y el hombre aclimatado, surgió una semicivilización pastoril y una nueva raza de centauros, hija del desierto: el llanero colombiano y el gaucho argentino, que dió su tipo á la caballería revolucionaria del sur y del norte. El llanero era en 1810, una agrupación heterogénea de indígenas, negros, zambos, mulatos y mestizos, mezclados con algunos pocos españoles, que la influencia del medio y las comunes ocupaciones habían refundido en un tipo característico. Esparcidos en una vasta superficie, viviendo en chozas aisladas ó pobres caseríos, que los naturales llaman «hatos», en comunicación tan sólo con sus ganados bravíos y las fieras, sin más medio de comunicación que el caballo, los llaneros, endurecidos á las fatigas y familiarizados con los peligros, eran resueltos y vigorosos, diestros en el manejo de la lanza, jinetes, nadadores y sobrios. Una silla de montar de cuero crudo y una manta constituía todo su arreo; un pedazo de carne de vaca sin sal ó leche cuajada era todo su alimento; un calzón corto que no cubría la rodilla, y una camisa amplia que le llegaba hasta la mitad de los muslos, con un sombrero de paja de alas anchas, todo su

vestido; y su arma se reducía á una lanza, compuesta de un rejón enastado en un gajo de bosque silvestre, construida por sus manos. Poseídos del fanatismo de los pueblos semicivilizados, unido al estoicismo y la astucia del salvaje, acaudillados por héroes de su estirpe mixta, eclipsarían las hazañas de los héroes épicos de la antigüedad.

Tal es el nuevo teatro de operaciones á que va á trasladarse la historia del movimiento simultáneo y convergente de la emancipación sudamericana.

II

La revolución que llamaremos colombiana, tuvo su origen en tres focos excéntricos: Quito, Venezuela y Nueva Granada, que, al fin, se refundieron política y militarmente en uno solo, comprendiendo el istmo de Panamá, que la ligaba con la de la América septentrional. Como antes se dijo, la primera revolución de Quito en el año 1809 (agosto), estalló casi simultáneamente con las primeras conmociones de Méjico al norte (agosto de 1809), y con las revoluciones de Chuquisaca y La Paz al sur (mayo y julio de 1809). Este movimiento inicial, con tendencias políticas, que se diseñaba por la proclamación de una doctrina fundada en la razón de las razas y en los derechos del hombre, depuso al presidente y capitán general del reino, el conde Ruiz de Castilla, anciano de 84 años, quien fué substituido por una junta popular de gobierno que se atribuyó el título de «soberana». Sofocada esta revolución por las fuerzas combinadas de los virreynatos contiguos de Santa Fe y del Perú, sus autores fueron asesinados en la cárcel (agosto de 1810), casi al mismo tiempo que

los cabezas de los de La Paz morían en un cadalso (enero de 1810).—Fueron estos los primeros mártires de la emancipación sudamericana.—Estos estremecimientos sincrónicos en el centro y en los extremos del continente, con idénticas formas, iguales objetivos y análogos ideales, acusaban, desde entonces—á pesar de las largas distancias y del aislamiento de las colonias—una predisposición innata y una solidaridad orgánica, como resultado de las mismas causas, que sin previo acuerdo producían los mismos efectos, y que, por lo tanto, tenían necesariamente que repetirse como un fenómeno natural.

Las revoluciones de La Paz y Quito, gemelas por la iniciativa simultánea y por el martirio, tuvieron inmediata repercusión en el norte y el sur de la América. El 25 de mayo de 1810, se insurrecciona Buenos Aires, destituye al virrey, desconoce el consejo de regencia de España, y elige popularmente su gobierno propio, proclamando la autonomía de las Provincias del Río de la Plata, en ausencia del monarca cautivo. El 19 de abril del mismo año—día de jueves santo—la municipalidad de Caracas, asociada á los «diputados del pueblo», depuso al capitán general Vicente Emparán, desconoció la suprema autoridad que se atribuía la regencia de Cádiz, asumió la soberanía del rey de España, y nombrando una junta suprema para regirse por sí, decretó la formación de «un plan de gobierno conforme á la voluntad general del pueblo», para las «Provincias Unidas de Venezuela». El tribuno de esta transformación política, destinado á representar un papel de agitador parlamentario, fué el canónigo José Cortés Madariaga, natural de Chile, afiliado en la logia americana de Miranda, á quien había conocido en Londres, y del que era agente activo en Venezuela.

Sus publicistas fueron: el Dr. Juan Germán Roscio, jurisconsulto y escritor, y Martín Tobar Ponte, hombre de pensamiento y de acción, dos nobles caracteres, de alma abnegada, dotados ambos de gran valor cívico, con sanas ideas liberales, pero políticos abstractos, más teóricos que prácticos.

Las provincias venezolanas respondieron en su mayoría al llamado de Caracas, reconocieron su supremacía, y al deponer á sus gobernadores coloniales instituyeron juntas particulares de gobierno. De este modo, empezó á formarse de hecho una especie de confederación de provincias.

La junta, dando un paso más adelante en el camino de la propaganda revolucionaria, dirigió á las colonias hispanoamericanas un manifiesto de principios, en que las invitaba á formar una liga continental en resguardo de sus libertades. «Caracas debe encontrar imitadores en todos los habitantes de la América, en quienes el largo hábito de la esclavitud no haya relajado los muelles, y su resolución debe ser aplaudida por todos los pueblos que conserven alguna estimación á la virtud y al patriotismo ilustrado para despertar su energía á fin de contribuir á la grande obra de la confederación americanaespañola. No se prostituya su voz y su carácter á los injustos designios de la arbitrariedad. Una es nuestra causa, una debe ser nuestra divisa. Fraternidad y constancia». Todas las secciones americanas proclamaban á la vez, como si se hubieran pasado la palabra de orden, la misma teoría política: la reasunción por el pueblo de la soberanía yaciente del monarca ausente, que se convertía en soberanía popular activa.

Consecuente con el principio político que daba su razón de ser al nuevo gobierno, convocó un congreso

general de provincias para dar unidad al poder y legitimarlo, á la vez que para establecer una constitución sobre la base del sistema representativo. «Sin una representación común, decía dirigiéndose á los ciudadanos, la concordia es precaria y la salud peligrosa. El ejercicio más importante de los derechos personales y reales del pueblo, que existieran originariamente en la masa común y que le ha restituido el actual interregno de la monarquía, llama á los hombres libres al primero de los goces del ciudadano, que es concurrir con su voto, para transmitirlo á un corto número de individuos, haciéndolos árbitros de la suerte de todos. El suelo que habitáis no ha visto desde su descubrimiento una ocurrencia más memorable ni de más trascendencia. Ella va á fijar la suerte de la generación actual, y acaso envuelve en su seno el destino de muchas edades. Ella va á ratificar, ó las esperanzas de los buenos ciudadanos ó el injurioso concepto de los bárbaros que os creían nacidos para la esclavitud». Según el plan de organización, la junta suprema de Caracas debía abdicar sus facultades supremas en el congreso, y reasumir éste la representación soberana de todas las provincias venezolanas. Luego se verá el resultado que dió esta convocatoria.

Mientras la revolución seguía esta marcha expansiva, la reacción trabajaba por su lado en contener sus progresos. Las provincias de Maracaibo y Coró sobre el litoral del norte, con sus gobernadores los generales Fernando Miyares y José Ceballos á su frente, se pronunciaron decididamente contra el movimiento, siguiendo luego su ejemplo La Guayana. Para sostener su actitud, Miyares y Ceballos reunieron tropas, pidieron auxilios á Cuba y Puerto Rico, y se prepararon para resistir á los rebeldes ó

someterlos por la fuerza. De este modo se diseñaron desde los primeros días los focos de la acción y de la reacción revolucionaria, que debían mantener encendida la guerra civil por el espacio de doce años.

La junta, á su vez, se apercibió á la defensa en sostén de los fueros soberanos que había proclamado. Después de proveer á la seguridad interna, y establecer los fundamentos de la constitución política, cubriéndose siempre con el nombre y la representación del monarca, decidió poner en ejercicio su soberanía externa, y abrió relaciones diplomáticas con los Estados Unidos para propiciarse su opinión, pero principalmente con la Inglaterra, á fin de estipular con el gabinete de Saint James una alianza para el caso de una invasión francesa á Venezuela, y sobre todo, buscar su mediación con el consejo de regencia, que evitase una guerra con la metrópoli. La Gran Bretaña, á la sazón aliada á la España, al saber la revolución de Venezuela, había prevenido al gobernador de Curaçao, que estaba decidida á sostener la integridad de la monarquía española y á oponerse á todo género de procedimientos que pudieran producir la menor separación de sus provincias de América; pero que, si la España fuese subyugada, la Inglaterra auxiliaría á las colonias hispanoamericanas que quisieran hacerse independientes de la España francesa, declarando que renunciaba á toda mira de apoderarse de territorio alguno. Partiendo de esta base y con las instrucciones antes indicadas, acordóse enviar una misión diplomática á Londres. Fueron nombrados para desempeñarla, D. Luis López Méndez y D. Andrés Bello, conjuntamente con el coronel de milicias Simón Bolívar.

III

En 1810, al hacer su primera aparición en el escenario americano, que debía llenar con su gran figura histórica, Bolívar contaba veintisiete años de edad. Nada en su estructura física prometía un héroe. Era de baja estatura—cinco pies, seis pulgadas inglesas—de pecho angosto, delgado de cuerpo y de piernas cortas y flacas. Esta armazón desequilibrada, tenía por coronamiento una cabeza enérgica y expresiva, de óvalo alargado y contornos irregulares, en que se modelaban incorrectamente facciones acentuadas, revestidas de una tez pálida, morena y áspera. Su extraña fisonomía producía impresión á primera vista, pero no despertaba la simpatía. Una cabellera renegrida, crespá y fina, con bigotes y patilla que tiraban á rubio—en su primera época;—una frente alta, pero angosta por la depresión de los parietales, y con prematuras arrugas que la surcaban horizontalmente en forma de pliegues; los pómulos salientes, y las mejillas marchitas y hundidas, una boca de corte duro, con hermosos dientes y labios gruesos y sensuales; y en el fondo de cuencas profundas, unos ojos negros, grandes y rasgados, de brillo intermitente y de mirar inquieto y gacho, que tenían caricias y amenazas cuando no se cubrían con el velo del disimulo, tales eran los rasgos que, en sus contrastes, imprimían un carácter equívoco al conjunto. La nariz, bien dibujada en líneas rectas, destacábase en atrevido ángulo saliente, y su distancia al labio superior era notable, indicante de noble raza. Las orejas eran grandes, pero bien asentadas, y la barba tenía el signo agudo de la voluntad per-

severante. Mirado de frente, sus marcadas antítesis fisionómicas daban en el reposo la idea de una naturaleza devorada por un fuego interno; en su movilidad compleja, acompañada de una inquietud constante con ademanes angulosos, reflejaban actividad febril, apetitos groseros y anhelos sublimes; una duplicidad vaga ó terrible y una arrogancia, que á veces sabía revestirse de atracciones irresistibles que imponían ó cautivaban. Mirado de perfil, tal cual lo ha modelado en bronce eterno el escultor David, con el cuello erguido como lo llevaba por configuración y por carácter, sus rasgos característicos delineaban el tipo heroico del varón fuerte de pensamiento y de acción deliberada, con la cabeza descarnada por los fuegos del alma y las fatigas de la vida, con la mirada fija en la línea de un vasto y vago horizonte, con una expresión de amargura en sus labios contraídos, y esparcido en todo su rostro iluminado por la gloria, un sentimiento de profunda y desesperada tristeza á la par de una resignación fatal impuesta por el destino. Bajo su doble aspecto, sus exageradas proyecciones imaginativas que preponderaban sobre las líneas simétricas del cráneo, le imprimían el sello de la inspiración sin el equilibrio del juicio reposado y metódico. Tal era el hombre físico en sus primeros años, y tal sería el hombre moral, político y guerrero.

Huérfano á la edad de tres años y heredero de un rico patrimonio con centenares de esclavos como los patricios antiguos, tuvo, como Alejandro, por ayo y maestro á un filósofo, pero un filósofo de la escuela cínica, revuelta con el estoicismo y el epicurismo grecorromano. Según este mentor, el «fin de la sociabilidad era hacer menos penosa la vida», apotegma que contenía en germen la futura doctrina

sansimoniana. Bien que fuera hasta cierto punto un sabio para su país, y un pensador original, sus ideas eran tan extravagantes, que á veces rayaban en locura. «No quiero parecerme á los árboles que echan raíces en un lugar; decía: sino al viento, al agua, al sol, á todas las cosas que marchan sin cesar». Su pasión eran los viajes. Tenía, como Platón, una república ideal en su cabeza, que sólo tendría en el mundo un adepto. Partiendo de la base, que sentaba como teorema, de que la América no podía ser monarquía ni república semejante á las conocidas, ni gobernarse por leyes ó congresos, todo su plan constitucional consistía en hacer vitalicios los empleos desde el de presidente de la república hasta el de alcalde de barrio, «para evitar decía, los trastornos de elecciones frecuentes, y no entregar los negocios públicos á aprendices». Este filósofo y pensador extravagante, llamábase Simón Carreño, y era natural de Caracas. Hijo bastardo de un sacerdote y estigmatizado con la calificación de sacrilego, cambió su nombre en el de Simón Rodríguez, con el que ha pasado á la historia, unido al de su ilustre homónimo. El maestro depositó desde muy temprano en la cabeza de su joven discípulo estas ideas políticas, que debían germinar más tarde y esterilizarse como las suyas. Así, su «novísima verba», después de ver dissipados todos sus sueños, fué: «Murió Bolívar, y mi proyecto de república sepultóse con él». Bolívar conservó toda su vida el sello que le imprimió el filósofo caraqueño, modificando sus lecciones según su naturaleza. Estoico en la adversidad, cínico á veces en sus costumbres, independiente y móvil, con más imaginación y no con mucha más prudencia que su inspirador, convirtió sus extravagancias en delirios de grandeza; su actividad, en acciones heroicas;

sus sueños, en ambición de gloria y poderío; su república ideal, en monocracia vitalicia; y con él murieron las teorías políticas del reformador y los ensayos de gobierno del Libertador que, según la fórmula: «no era ni monarquía ni república».

El mismo Bolívar reconoció siempre la influencia de su mentor en la dirección de sus acciones, de sus ideas y de sus sentimientos. «Las lecciones que me ha dado—decía catorce años después, en el apogeo de la gloria y del poder—se han grabado en mi corazón: no he podido borrar una sola coma de las grandes instrucciones que me ha regalado; siempre presente á mis ojos intelectuales, las he seguido como guías infalibles. Mis frutos son suyos». Pero Carreño-Rodríguez no sólo enseñó á pensar á Bolívar y formó sus sentimientos: le inculcó también una pasión generosa, que debía convertirse en fuerza. Rebeldes ambos por temperamento, la noción de la independencia estaba en sus mentes, y desde los primeros años del siglo, era tildado Rodríguez en Caracas, de hombre sospechoso al poder. La ocasión en que maestro y discípulo se comunicaron su secreta aspiración, es dramática y ha sido relatada por el adepto en el lenguaje grandilocuente que es la antítesis del estilo algebraico del iniciador en el misterio de la emancipación de un mundo, que al fin fué verdadera república electiva en contradicción de su profecía.

No había cumplido aún los diecisiete años (1799), cuando Bolívar hizo un viaje á Europa.—Era entonces teniente de un regimiento de milicias de que su padre había sido coronel á título de señor feudal. Visitó las Antillas y á Méjico; recorrió toda la España y viajó por Francia (1801), coincidiendo su permanencia en París, con la inauguración del glo-

rioso consulado vitalicio de Napoleón Bonaparte, quien despertó en él gran entusiasmo. Formada su temprana razón por las impresiones que despertaba en su imaginación el espectáculo del mundo, más que por la observación y el estudio, regresó á su patria unido á la hija del marqués del Toro, nombre que figuraba en la alta nobleza de Caracas (1801). Antes de que transcurrieran tres años, era viudo. Emprendió entonces su segundo viaje á Europa (1803). Allí se encontró con su antiguo ayo, quien con sú moral excéntrica, no era ciertamente el más severo mentor de una excursión de placer. En París, cultivó el estudio de algunas lenguas vivas; visitó á Humboldt, que había hecho célebre su nombre ilustrando la geografía física y la historia natural del nuevo continente, que él ilustraría con otros descubrimientos no menos sorprendentes, en el orden de la geografía política y la historia universal; atravesó los Alpes á pie, con un bastón herrado en la mano, y se detuvo en Chambery, (1804), visitando como peregrino de la libertad y del amor, las «Charmettes» immortalizadas por Rousseau, de cuyo *Contrato Social* tenía idea, pero en quien admiraba, sobre todo, por su estilo enfático, su creación sentimental de la «Nueva Eloísa», que fué siempre su lectura favorita, aun en medio de los trances más congojosos de su vida. En Milán presenció la coronación de Napoleón como rey de Italia y asistió á los juegos olímpicos que se celebraron en honor del vencedor de Marengo. Con estas impresiones y estas visiones resplandecientes de gloria, en que se renovaban las festividades de las antiguas repúblicas griegas, llegó Bolívar á Roma. Después de admirar las ruinas del Coliseo, subió al monte Aventino, el monte sagrado del pueblo romano, en compañía de Carreño-Rodríguez.

guez. Desde allí contemplaron ambos el Tíber, que corre á su pie, la tumba de Cecilia Metella, y la Vía Apia, al lado opuesto; y en el horizonte, la melancólica y solitaria campiña de la ciudad de los tribunos y los Césares. Impresionados por aquel espectáculo, que despertaba tan grandes recuerdos, hablaron de la patria lejana y de su opresión. El joven adepto, poseído de noble entusiasmo, estrechó las manos del maestro, y cuenta que juró libertar la patria oprimida. Esta escena dramática, que tiene algo de teatral, jamás se borró de su memoria: «Recuerdo, decía veinte años después, cuando fuimos al Monte Sacro, en Roma, á jurar sobre aquella tierra santa, la libertad de la patria. Aquel día de eterna gloria, anticipó un juramento profético á la misma esperanza que no debíamos tener».

Pasaron seis años, y la revolución venezolana vino por la fuerza de las cosas y no por acción individual. El papel que representó en ella Bolívar, no correspondió á sus entusiasmos juveniles, ni prometía al héroe que debía hacerla triunfar. Después de su segundo regreso á Caracas, había vivido la vida sensual de un noble señor feudal de la colonia, alternado la residencia en sus haciendas en medio de esclavos que trabajaban para él, con sus mansiones placenteras en la capital. En 1809, al recibirse Emparán del mando de Venezuela, se le atribuye la duplicidad patriótica—que le honra por un lado y sombrea por otro—de haber intimado con el nuevo capitán general para vender sus secretos á los que desde esa época preparaban la revolución. Así, su nombre se ve entre los conjurados que asistieron á las reuniones secretas; pero su persona no figura entre los que concurrieron al cabildo abierto en que Emparán fué depuesto por el voto del pueblo. Con-

sumada la revolución, no se le ve asumir actitud definida. Nombrado coronel, á título de herencia, del regimiento de milicias que mandaba su padre, en la circunscripción de sus haciendas de campo, no tomó ninguna parte en los aprestos militares. Al fin, su figura se diseña vagamente en la escena política; pero no como hombre de pensamiento ó de acción, sino como diplomático en una misión equívoca, que tenía por objeto declarado buscar un *modus vivendi* pacífico con la antigua metrópoli. Volvemos aquí al año de 1810, en vísperas de su viaje á Inglaterra.

IV

La misión conjunta de los tres agentes venezolanos, solicitó una audiencia del ministro de relaciones exteriores, que lo era á la sazón el marqués sir Ricardo Wellesley, la que le fué concedida en carácter confidencial. Bolívar, como el más caracterizado y el que mejor hablaba francés, llevó la palabra en este idioma. Olvidando su papel de diplomático, pronunció un ardiente discurso, en que hizo alusiones ofensivas á la metrópoli española aliada de Inglaterra y expresó sus anhelos y esperanzas de una independencia absoluta de su patria, que era la idea que lo preocupaba. Para colmo de indiscreción, entregó al marqués, junto con sus credenciales, el pliego de sus instrucciones. El ministro británico que lo había escuchado con fría atención, después de recorrer los papeles que se le presentaban, contestóle ceremoniosamente: que las ideas por él expuestas se hallaban en abierta contradicción con los documentos que se le exhibían. En efecto, las cre-

denciales estaban conferidas en nombre de una junta conservadora de los derechos de Fernando VII, y en representación del soberano legítimo, y el objeto de la misión era buscar un acomodamiento con la regencia de Cádiz, para evitar una ruptura. Bolívar no había leído sus credenciales ni sus instrucciones, ni dádose cuenta de su papel diplomático; así es que quedó confundido ante aquella objeción perentoria. Al retirarse, confesó francamente su descuido y atolondramiento, y convino, que el plan de la misión de que no se había hecho cargo, estaba calculado con tanta perspicacia como sabiduría. Así sería siempre Bolívar, como político y como guerrero. Preocupado de una idea interna, personal; sin darse cuenta de los obstáculos externos, ni tomar en cuenta la opinión del medio en que se movía, iría siempre adelante, persiguiendo sus sueños ó sus propósitos; y vencido ó vencedor, perseveraría en ellos, cediendo á veces, para reaccionar después, sin leer «con sus ojos intelectuales», según su propia expresión, otros documentos que los escritos en su mente por su maestro Carreño-Rodríguez, ni ver otra cosa que «su alma pintada» en ellos. Por el momento, era la idea de la independencia lo que lo llenaba, y allá iba, por la línea recta.

A pesar de estos traspiés diplomáticos, la Inglaterra que tenía su plan hecho respecto de las colonias hispanoamericanas insurreccionadas, contestó á las proposiciones de los comisionados, redactadas en el sentido de sus instrucciones, que la Gran Bretaña no se consideraba ligada por ningún comprometimiento á sostener país alguno de la monarquía española contra otro, por razón de diferencias de opiniones sobre el modo con que debiera arreglarse un sistema de gobierno, con tal que convinieran en

reconocer al soberano legítimo. Sobre esta base, ofrecía su mediación, para reconciliar á las colonias disidentes con su metrópoli. A la vez, renovaba con más amplitud la anterior circular de lord Liverpool á los gobernadores y jefes de las Antillas inglesas, recomendándoles proteger á los nuevos gobiernos sudamericanos contra toda agresión de la Francia y les encargaba muy especialmente promover con las colonias amigables relaciones mercantiles, sea que reconociesen ó no la autoridad de la regencia de Cádiz. El resultado era satisfactorio y no podía esperarse más; pero como se ve, fué debido á los cálculos de la política inglesa más que á la habilidad de los noveles diplomáticos venezolanos.

Durante su permanencia en Londres, conoció por la primera vez al general Miranda, é iniciado en los misterios de su Logia, afilióse en ella, renovando el juramento del Monte Sagrado, de trabajar por la independencia y la libertad sudamericanas. Así se ligaron por un mismo juramento en el viejo mundo, con un año de diferencia, Bolívar y San Martín, según antes se relató. Al contacto de la llama que ardía en el alma del precursor de la emancipación, la de Bolívar, encendida ya con las chispas de las ideas de Carreño-Rodríguez, se inflamó. Lleno siempre de su idea, volvió á olvidar sus instrucciones reservadas, que le prevenían no recibir inspiraciones de Miranda ni tomar en cuenta sus planes, que podían comprometer la aparente fidelidad de la Junta de Caracas. Pensando que la presencia de Miranda en Venezuela, daría impulso á la idea de independencia, invitó á regresar juntos á la patria para trabajar de consuno por ella.

Bolívar regresó á Caracas al finalizar el año 1810 (5 de diciembre) conduciendo un armamento, y lo

que creía más poderoso que las armas, al general Miranda, símbolo vivo de la redención del nuevo mundo meridional. Durante su ausencia la revolución había mudado de aspecto, y su horizonte empezaba á nublarse.

Al tomar conocimiento de la revolución de Venezuela, la regencia de Cádiz declaró rebeldes á sus fautores; y esquivando la mediación de la Inglaterra, le declaró la guerra con la amenaza de severos castigos, decretando el bloqueo de sus costas. El consejero de Indias Antonio Ignacio Cortabarría, anciano respetable, con la investidura de comisario regio, fué encargado de intimar la sumisión y en caso de resistencia, someterlos por la fuerza. Miyares fué nombrado capitán general en reemplazo de Emparán. En las Antillas españolas se prepararon elementos de guerra para sostener el ultimátum. Esta provocación, rompió el primer eslabón de la cadena colonial. La Junta de Caracas rechazó la intimación, reunió un ejército de 2500 hombres para mantener su actitud y confió su mando al marqués Fernando del Toro, rico propietario, improvisado general, ordenándole atacase la plaza de Coro, baluarte de la reacción en la costa occidental de Tierra-Firme. Después de algunos combates parciales, el ataque sobre Coro fué rechazado (28 de noviembre de 1810). El ejército de la Junta emprendió en consecuencia su retirada. Interceptado en su marcha por una división de 800 hombres con un cañón y 4 pedreros, en el punto denominado la Sabaneta, la desalojó de su fuerte posición al cabo de dos horas de fuego, y continuó su marcha, perseguido de cerca por los corianos fanatizados, y hostilizado por la población del tránsito. El novel general, que había demostrado poseer pocas disposiciones militares, efectuó su re-

tirada hasta Caracas, con pérdidas considerables. Por entonces las hostilidades quedaron suspendidas de hecho, por una y otra parte. Tal fué el resultado de la primer campaña revolucionaria de Venezuela, en que se cambiaron las primeras balas entre insurgentes y realistas.

Este era el estado político y militar de la revolución cuando á fines de 1810, Bolívar y Miranda llegaban á Caracas.

V

Al pisar de nuevo la tierra americana, el precursor de su emancipación contaba sesenta años de edad. El pueblo lo recibió con grandes ovaciones. El gobierno le confirió el título de teniente general de su ejército. La juventud vió en él un oráculo, de cuyos labios iba á brotar la palabra reveladora del destino. Los soldados lo consideraron como un presagio de victoria. Todos cifraron en él sus esperanzas. Sin embargo, su influencia no se hizo por el momento sentir en la marcha de los negocios públicos. Grave, taciturno, de palabra dogmática y con opiniones intransigentes incubadas en la soledad, no admitía discusión, aunque buscaba prosélitos. Sus primeros actos no correspondieron á la expectativa pública. El gobierno, considerándolo un genio enciclopédico, le encomendó, en unión de Roscio y de don Francisco Javier Ustáriz, republicanos de la escuela norteamericana, la formación de un plan de constitución sobre la base de una federación de provincias, para ser presentado al primer congreso venezolano que iba á reunirse. El viejo soñador, imbuído en las ideas constitucionalistas que en su imaginación se

había fraguado, amalgamaba las tradiciones precolumbianas y las reminiscencias de la antigüedad clásica con las teorías norteamericanas mal aplicadas, pretendiendo combinarlas con las vetustas instituciones de la colonia, sueño retrospectivo, que como el ideal reaccionario de Carreño-Rodríguez, debía dar por resultado la negación de la república y el retroceso de la democracia. Según su plan, el gobierno debía confiarse á dos incas (cónsules romanos) nombrados por diez años, y en lo demás modelarse la república según el tipo municipal de las colonias. Los sucesos revolucionarios estaban más adelantados que él en teorías políticas. Para propagar su doctrina y fomentar el espíritu de independencia; organizó de acuerdo con Bolívar un club, á imitación del de los girondinos, de que había sido miembro conspicuo durante la revolución francesa. Esta asociación se hizo el centro de la opinión avanzada de los patriotas, que querían romper definitivamente los vínculos de la colonia con su metrópoli.

Bajo estos auspicios se reunió el congreso venezolano convocado, en número de treinta diputados por las provincias de Caracas, Cumaná, Barinas, Margarita, Barcelona, Mérida y Trujillo, y tomó la denominación de «Cuerpo conservador de los derechos de la Confederación americana de Venezuela y de los del rey Fernando VII» (2 de marzo de 1811). Miranda, elegido popularmente, formaba parte de él como diputado. El congreso encomendó el poder ejecutivo á una junta de tres miembros, creó una alta corte de justicia en substitución de la antigua audiencia, y nombró una comisión de su seno que redactara la constitución, compuesta de Ustáriz, Roscio y Tobar, las tres lumbreras parlamentarias de la revolución. La cuestión de independencia, fué la primera

que ocupó al congreso. Miranda abogó resueltamente por ella en absoluto, apoyado por el pueblo, y arrastró tras sí la mayoría (5 de julio de 1811). En el mismo día se decretó que el pabellón nacional sería el amarillo azul y rojo, enarbolado por Miranda en 1806 en las costas de Venezuela descubiertas por Colón. Y para conmemorar estos tres grandes acontecimientos del nuevo mundo, se dispuso que á la era común se añadiese la colombiana. Fué así Venezuela la primera república independiente que se inauguró en Sud América, como sería también la primera que cayese vencida, para resurgir al fin vencedora.

A los pocos días de declarada la independencia estalló un movimiento reaccionario, promovido por los agentes del comisario regio Cortabarría, y encabezado por los colonos de las islas Canarias, que eran numerosos en Caracas (11 de julio). Reuniéronse en número de setenta en una altura que dominaba uno de los cuarteles, con el propósito de apoderarse de él. Iban armados de sables y trabucos, con planchas de lata sobre el pecho por corazas, y llevaban una bandera con la imagen de la Virgen del Rosario y de Fernando VII. Su grito de guerra fué: «Viva el rey y mueran los traidores». Atacados por el pueblo y una parte de la guarnición, hicieron algunos tiros; pero fueron prontamente cercados y rendidos. Condenados á muerte los que se consideraron más culpables y desterrados los otros, las cabezas de los ajusticiados fueron expuestas en los caminos. «Castigo demasiado severo de un proyecto extravagante y ridículo», dice el historiador más discreto de Venezuela, que un historiador universal señala como el funebre presagio de la guerra de exterminio que debía ensangrentar el suelo de Venezuela.

En el mismo día del tumulto de los Canarios de Caracas, estalló una revolución más formal en Valencia, ciudad importante á inmediaciones de Caracas al norte, fronteriza á Puerto Cabello, ocupado por los patriotas. Promovida por los españoles reaccionarios, en obediencia á las instrucciones de Cortabarría, proclamó á Fernando VII, y desconoció la autoridad del congreso venezolano. Sus habitantes se armaron en defensa de la religión, según decían, y ocupando las posiciones que la dominan, se atrincheraron en su recinto con impávida resolución. Alarmado el congreso, dió facultades extraordinarias al poder ejecutivo. Un cuerpo de ejército á órdenes del marqués del Toro salió á sofocar la sublevación. En los primeros encuentros obtuvo algunas ventajas, pero fué al fin rechazado. Nombrado Miranda general en jefe del ejército, avanzó sobre la ciudad rebelada, y le intimó rendición. La contestación fué romper el fuego con cuatro piezas de artillería desde el morro fortificado de la ciudad, ocupado por una división. Reconocida la posición, fué asaltada y tomada por los patriotas, apoderándose de su artillería. Halagado Miranda por este triunfo, penetró en las calles de la ciudad, pero fué rechazado por los valencianos, atrincherados en la plaza mayor. Bolívar mandaba las fuerzas de las tres armas, que sufrieron este rechazo. Miranda hubo de retroceder como su antecesor el marqués del Toro, que también asistió á esta función de guerra.

Reforzado Miranda, volvió á tomar la ofensiva. Procediendo entonces con más prudencia, apoderóse sucesivamente de los barrios exteriores de la ciudad, á pesar de la tenaz resistencia de los enemigos. Reducidos al fin á la plaza mayor y faltos de agua, viéronse obligados á rendirse á discreción. Esta cam-

pañá costó al ejército patriota como 800 muertos, sin contar los heridos, que han sido computados en casi doble número, lo que parece exagerado. Miranda no quiso manchar con sangre su victoria. El congreso, abundando en el espíritu generoso del vencedor, dió un indulto que comprendía hasta á los sentenciados á muerte por el tribunal marcial, clemencia que fué generalmente reprobada, y que contrastaba con el exceso de severidad en la conjuración de los Canarios.

Después de este sangriento paréntesis, abrióse el debate constitucional, que fué más laborioso que el de la independencia, aunque menos agitado. Las opiniones estaban divididas, entre federalistas y unionistas; pero la mayoría era decididamente federal. Todos tenían fijas las miradas en el gran modelo de la vecina república del norte de América. El proyecto, redactado por Ustáriz, fué calcado sobre la constitución de los Estados Unidos, y aprobado casi unánimemente. Miranda, ó viendo más claro ó lastimado de que no hubieran sido tomadas en cuenta sus peregrinas ideas de organización constitucional, le negó su voto como diputado, y al pronunciarse contra el sistema federalista á que parece se inclinaba antes al idear una confederación sudamericana, manifestó vagamente, que no la consideraba adaptable á las exigencias de la época, ni al estado social del país. Esta vez tenía razón el gran soñador retrospectivo, que por acción refleja veía más claro en el futuro. Era un código democrático muy adelantado en teoría, con su división de poderes coordinados, que consagraba todos los derechos humanos, y afirmaba todas las garantías de la libertad, pero mal calculado para las circunstancias, y en realidad más ideal que revolucionario. Confundiendo el valor de las palabras,

sus autores daban el nombre de confederación á lo que debía ser una federación con arreglo al modelo que copiaban. Declaraban las provincias, soberanas, libres é independientes, en contradicción con su letra. Organizaban un poder ejecutivo de tres miembros, sin unidad de acción ni pensamiento. Era una máquina complicada y frágil, que no podía resistir á la prueba, como sucedió.

Valencia, la ciudad refractaria á la independencia, fué declarada capital de la nueva república.

VI

Un cataclismo de la naturaleza vino á poner fin á esta creación política, y producir una catástrofe, á que concurrieron más ó menos directamente causas de otro orden.

La opinión revolucionaria empezaba á enervarse; la miseria cundía por todo el país; el papel moneda decretado por el congreso y casi desmonetizado, contribuía á fomentar el descontento entre los que viven del estado, y especialmente de los soldados; Cortabarría, con una escuadrilla de seis buques y 1000 hombres reclutados en Puerto Rico, al mando del brigadier Juan Manuel Cajigal, había reforzado á los realistas que mantenían alzado el pendón del rey al occidente de Venezuela. La reacción cobraba nuevos bríos.

El levantamiento de la Guayana española sobre la margen derecha del Orinoco, era otro peligro que llamaba la atención del nuevo gobierno por la parte del oriente. Una expedición de 1400 hombres, á cargo del coronel Francisco González Moreno, español de origen, pero decidido por la revolución, logró esta-

blecerse en la margen izquierda del río cerca de su embocadura, pero careciendo de buques para dominar las aguas, nada serio podía emprender. Mientras tanto, los realistas, dueños de las plazas de Guayana-Vieja y de Angostura, fortificadas ambas, y de la marina, eficazmente auxiliados por los naturales que excitaban los frailes capuchinos directores de las misiones de aquella región, habían establecido su preponderancia en todo el país. Con estas ventajas, abrieron hostilidades sobre los destacamentos patriotas diseminados en la margen izquierda, y derrotaron sucesivamente tres de ellos, apoderándose de tres cañones de sus baterías (septiembre de 1812). Los coroneles Manuel Villapol y Félix Solá, españoles como González Moreno, acudieron con nuevas tropas en auxilio de éste. Reunidas las tres divisiones amagaron Angostura por agua y por tierra, mientras una expedición de diecinueve lanchas cañoneras, había logrado penetrar al Orinoco, las que unidas á las que navegaban el río, sumaban un total de veintiocho embarcaciones, se situaron en observación de la plaza. Las fuerzas sutiles de los realistas, superiores en calidad, atacaron con nueve goletas, dos balandras y seis cañoneras á la escuadrilla independiente (25 de marzo de 1812) en la bahía de Sorondo, y después de un combate de dos días, la destrozaron completamente, con pérdida de todos sus buques, 32 piezas de artillería, 200 muertos y 150 heridos y todo su armamento portátil. Desanimado González Moreno y sus compañeros con este contraste, emprendieron la retirada (28 de marzo). Activamente perseguidos, intentaron fortificarse en el pueblo de Maturín, donde los restos de la expedición, abandonada por sus caudillos, se rindieron á discreción.

Al mismo tiempo que estos desastrosos sucesos

tenían lugar en el oriente, la reacción avanzaba triunfante por el occidente. Como había sucedido en las secciones insurreccionadas del sur, la lucha tomaba el carácter de una guerra civil, alimentada por los mismos elementos del país. Las autoridades oficiales de la colonia y las tropas regladas de que disponían, no podían contrarrestar el impetuoso movimiento revolucionario. De aquí la necesidad de buscar el punto de apoyo en la opinión y de reclutar los combatientes en la masa de la población, revolucionada en un sentido ó en otro. La reacción era una contrarrevolución con los mismos hombres y los mismos medios. Localizada la reacción española en la Guayana, en Coro y Maracaibo, sus habitantes se decidieron con verdadero fanatismo por la causa del rey, y aparecieron nuevos caudillos, que como en Concepción de Chile y en el Alto y Bajo Perú, se pusieron á su frente, disciplinándolos y conduciéndolos al campo de batalla. Estos elementos, que así movidos, robustecieron en un principio la reacción realista, al revelar las fuerzas propias que el país poseía, debían servir más tarde para engrosar y dar su temple á los ejércitos independientes, cuando se pusieran á su servicio. De este modo, hasta la misma reacción contribuía á desarrollar las fuerzas revolucionarias, en el hecho de ponerlas en actividad en nombre de la autoridad que las había mantenido comprimidas hasta entonces. En Venezuela se produjo este mismo fenómeno, y debía dar el mismo resultado, como sucede toda vez que una guerra se convierte en planta indígena, sujeta á las influencias atmosféricas del medio en que se desarrolla.

Inmovilizada la guerra en el occidente, después del rechazo del ejército de la Junta en Coro, y de una expedición marítima de los realistas frustrada

sobre las costas de Cumaná, resolvió Miyares hacer una incursión al interior del país. Al efecto, alistó una columna de infantería de 230 hombres con 500 fusiles, 10.000 cartuchos y un obús, y confió su mando al capitán de fragata Domingo Monteverde, natural de las islas Canarias, que había militado con alguna distinción en la armada española, y se hallaba á la sazón de guarnición en Coro. Esta pequeña fuerza y este nuevo caudillo, variando las condiciones de la lucha, daría en tierra con la república de Venezuela. Monteverde, eficazmente auxiliado por la propaganda de los curas, avanzó resueltamente hacia la frontera meridional de la insurrección, sublevó todo el país desde Coro hasta Barquisimeto, y batió una división patriota de 700 hombres en Carora, tomándole 90 prisioneros, 7 piezas de artillería, y lo que más necesitaba, fusiles y municiones. El pueblo de Carora fué entregado á saco y muertos varios patriotas sin forma de juicio (marzo de 1812). La guerra á muerte empezaba.

El 26 de marzo de 1813, día que correspondía al jueves Santo, conmemorativo de la revolución, y en la misma fecha en que la escuadrilla independiente era anonadada en el Orinoco, un gran trueno que salía de las profundidades de la tierra hizo estremecer toda la región de la tierra de la sierra Mérida. Eran las 4 y 7 minutos de la tarde. El cielo estaba sereno y una luz resplandeciente bañaba el horizonte. A esa hora el suelo empezó á oscilar de norte á sur y de este á oeste, con violentas sacudidas. En menos de un minuto, el espantoso terremoto arruinó las ciudades de Mérida, Barquisimeto, San Felipe, La Guayra y Caracas, sepultando bajo sus escombros cerca de 20.000 almas. En la capital pereció casi toda su guarnición. En Barquisimeto, quedó ente-

rrada con sus depósitos de armamento, la mayor parte de una división de 1000 hombres que había salido á contener el avance de Monteverde. Bajo estas ruinas quedaría también sepultada la primera república de Venezuela.

VII

Esta catástrofe, acompañada de tan severas derrotas, infundió el pavor en las almas de las poblaciones y desanimó á los independientes. La circunstancia de haberse hecho sentir el terremoto tan sólo en el territorio ocupado por la revolución, y de no sufrir nada las provincias de Coro, Maracaibo y Guayana, fieles al rey, fué explotada por el clero, propicio á la reacción, predicando que era un castigo del cielo contra los impíos y los rebeldes. El viento de la opinión comenzó á soplar del lado de la reacción. Monteverde extrajo de las ruinas de Barquisimeto, siete cañones, fusiles y municiones y armó la población sublevada, con lo que elevó su fuerza hasta el número de 1000 hombres. Una fuerte columna de 1300 reclutas, á ordenes del comandante Miguel Ustáriz salió á su encuentro en el pueblo de San José, al norte de San Carlos. En medio de la pelea que se trabó, un escuadrón se pasó á los realistas. Los independientes fueron hechos pedazos (abril 25). Monteverde se apoderó de dos piezas de artillería y quinientos fusiles, reforzándose con 500 hombres más. Los rendidos fueron pasados á cuchillo, y el pueblo de San Carlos entregado al saqueo y á las llamas. Desde este punto destacó á su segundo, el coronel Eusebio Antoñanzas, soldado grosero y tan cruel como él, á fin de sublevar los llanos de Caracas.

Los pueblos de Mérida y Trujillo situados en la cordillera, se pronunciaron por el rey, asegurando su flanco derecho. Las poblaciones y los soldados desertaban en todas partes de las banderas de la independencia. Monteverde, impelido y llamado por los pueblos, avanzaba sobre Valencia, adonde el congreso y el poder ejecutivo habían trasladado su residencia después de sancionada la constitución. A los cuarenta y cinco días de su salida de Coro (el 3 de abril de 1812) entraba Monteverde triunfante y sin oposición en la capital federal de Venezuela, vitoreado como un pacificador y un libertador.

En tan crítica situación, nombróse á Miranda dictador, con el título de generalísimo de mar y tierra, delegando en él todas las facultades necesarias para salvar la patria (26 de abril). El gobierno federal se estableció en Victoria, entre Caracas y Valencia. Miranda, comprendiendo la necesidad de sostener á Valencia como base de operaciones, para cubrir el flanco izquierdo de la importante plaza fuerte de Puerto Cabello, al tiempo de ponerse en campaña desde Caracas, ordenó al gobernador de Valencia, que lo era el comandante Ustáriz,—antes derrotado en San Carlos,—que lo hacía responsable con su cabeza de la defensa de la capital. Al recibir esta orden, Ustáriz, desalentado por los reveses y las defecciones en masa, habíase retirado al simple amago de la invasión haciendo abandono de los depósitos militares que custodiaba (30 de abril). Obligado á reaccionar á impulsos del deber militar, atacó á Monteverde en Valencia, una hora después de su entrada; pero otra vez fué completamente batido.

Miranda avanzó con su ejército hasta las inmediaciones de Valencia, y situóse en Guácara, al oriente del lago á cuyas orillas se levanta aquella ciudad.

Sus fuerzas se componían de dos batallones de línea, siete de milicias regladas, dos escuadrones de caballería, y algunas compañías sueltas de estas dos armas con 10 piezas de artillería, que con los restos de la división de Ustáriz, que se le incorporaron, alcanzaba á cerca de 4000 hombres. Confiado en la superioridad numérica, el generalísimo adelantó hasta Guayos, á cinco kilómetros de Valencia, un destacamento de 500 hombres. El enemigo salió á su encuentro. Trabado el combate, una compañía patriota se pasó en masa á los realistas, y decidió la victoria en favor de éstos. Descorazonado Miranda por este contraste, y con poca confianza en la lealtad de sus tropas, levantó su campo, y se replegó á la parte meridional del lago, donde éste y una serranía que corre al oriente, forman una estrechura fácil de defender llamada La Cabrera. En esta posición se fortificó el prudente general. Abrió fosos, clavó estacadas, estableció baterías y organizó en el lago una flotilla, para mantener las comunicaciones de su campo atrincherado. Este sistema de inerte defensiva, que dejaba á Monteverde en libertad de sus movimientos, y nada prometía, empezó á minar el crédito del dictador en quien todos tenían cifradas sus esperanzas. Nadie reconocía en él al famoso guerrero de la república francesa, en Valmy y Jemmapes, cuyo nombre estaba inscripto en el arco de triunfo de La Estrella, y el general irresoluto de Maestrich y Nerwinde volvía á aparecer en nuevo teatro. Para dar mayor vigor á su autoridad, hízose investir por medio de una junta de notables, de las facultades políticas y militares de un dictador, anulando todos los poderes públicos existentes. Publicó la ley marcial (mayo 20); ordenó que todos los ciudadanos en estado de llevarlas tomasen las armas; llamó al ser-

vicio á los esclavos, emancipando á los que se presentasen, medidas tardías é impolíticas, que produjeron más mal que bien.

Mientras tanto, la expedición de Antoñanzas á los llanos de oriente, había triunfado completamente. La villa de Calabozo fué tomada á viva fuerza, pereciendo en ella todos sus defensores. Unido Antoñanzas á un español llamado José Tomás Boyes, destinado á alcanzar terrible celebridad, atacó á San Juan de los Morros, pasó á cuchillo su guarnición, y hasta los ancianos, las mujeres y los niños fueron sacrificados. La guerra á muerte recrudecía. Alentado Monteverde por estos triunfos, por el pronunciamiento en favor del rey de la importante provincia de Barinas, que resguardaba su espalda, y sobre todo por la inacción de su contendor, atacó de frente por dos veces consecutivas las líneas atrincheradas de los patriotas; pero fué rechazado en ambas con pérdidas considerables (19 y 26 de mayo). No se desanimó empero el jefe español. Reforzado con tropas y municiones enviadas desde Coro, intentó un tercer ataque, en que nuevamente fué rechazado (junio 12). No desistió por esto de su empeño. Concibió la idea de flanquear las posiciones fortificadas que cerraban las avenidas de los valles de Aragua, por la parte meridional del lago, llevando el ataque por sendas extraviadas. El éxito coronó su audacia. Sorprendidos dos destacamentos que guarnecían la línea por el flanco, y ocupadas por los realistas las alturas de Maracay, Miranda, con un ejército superior en número, emprendió precipitadamente la retirada en la noche, incendiando sus depósitos de víveres y aun de municiones (17 de junio). Este movimiento retrógrado, que revelaba timidez, fué severamente criticado y aumentó el descrédito del ge-

neralísimo. Vióse claramente que en su cabeza no había inspiraciones salvadoras, ni en su alma la suficiente energía para infundirla á las tropas republicanas, tan desmayadas ya por las calamidades públicas y los repetidos contrastes.

Miranda se situó con su ejército en Victoria, cubriendo á Caracas. Hacía tres días que ocupaba esta posición, cuando inopinadamente fué atacada su línea de guardias avanzadas por algunas compañías dirigidas por Monteverde en persona. Los dispersos introdujeron la confusión en su campamento. Pero el generalísimo con gran valor y sangre fría, restableció el orden y repelió el ataque, obligando al enemigo á retirarse en desorden. Monteverde, débilmente perseguido, reunió al grueso de sus fuerzas, que alcanzaban á 3100 hombres; volvió caras, y se hizo fuerte en el Cerro Grande frente á Victoria. Miranda, persistiendo en su sistema defensivo, se encerró en Victoria, fortificando sus calles con trincheras y 28 piezas de artillería. Reforzado Monteverde con la división de Antoñanzas, que regresaba de los llanos, triunfante y manchada de sangre, emprendió un segundo y formal ataque sobre la ciudad fortificada. El resultado fué un rechazo completo, después de un día entero de pelea, en que los realistas sufrieron considerables pérdidas, agotando todas sus municiones (29 de junio). Si Miranda hubiera sabido aprovecharse de esta ventaja, habría concluido quizás con el ejército realista. Tan debilitado quedó éste, que en una junta de guerra se resolvió la inmediata retirada á Valencia. Un consejero del jefe español, le persuadió á que aguardase tres días. Transcurridos los tres días la revolución de Venezuela estaba perdida.

VIII

El 24 de junio (1812) estalló en los valles, al sudeste de Caracas una insurrección general de los esclavos, promovida por las armas españolas, que antes de entregarlos libres para el servicio de la república, según el decreto dictatorial de Miranda, preferían ponerles las armas en la mano para que combatesen contra ella.—La reacción continuaba desenvolviendo las fuerzas revolucionarias que debían volverse contra ella.—Los negros, entregados á sus instintos y sin dirección, cometieron todo género de excesos; asaltaron varios pueblos, cebándose en la población blanca, y llegaron hasta la misma ciudad de Caracas, indefensa, viéndose Miranda obligado á desprender alguna fuerza para protegerla. Pocos días después (30 de junio), el pabellón español flotaba en las murallas de Puerto Cabello, depósito de los elementos de guerra de la república. La custodia de esta importante plaza, había sido confiada al coronel Bolívar. Existía allí un número considerable de prisioneros españoles, los que, aprovechándose de una ausencia de Bolívar, sublevaron la guarnición de la ciudadela y se hicieron dueños de ella. El jefe de la plaza, con el resto de la guarnición acantonada en la ciudad, hizo varios esfuerzos por someter á los sublevados. Sus guardias avanzadas se pasaban en masa al enemigo. A los tres días (4 de julio), supo que Monteverde marchaba en sostén de la sublevación. Desprendió á su encuentro los últimos 200 hombres que le quedaban, los que fueron completamente batidos, regresando á la plaza tan sólo un jefe con 7 soldados. Bolívar tenía aún 40

hombres, que al saber este contraste lo abandonaron. Para salvar su vida, vióse obligado á embarcarse en compañía de 7 oficiales, y se dirigió á La Guayra. Desde Caracas escribió al generalísimo, dándole cuenta de este desastre: «Lleno de vergüenza, después de haber agotado todas mis fuerzas físicas y morales, ¿con qué valor me atrevería á escribirle habiéndose perdido en mis manos la plaza de Puerto Cabello? Mi corazón está destrozado, y mi espíritu se halla de tal modo abatido, que no me hallo en ánimo de mandar un solo soldado. Ruego se me destine á obedecer al más ínfimo oficial, ó se me den algunos días para recobrar la serenidad que he perdido.—Después de haber perdido la primera plaza del estado ¿cómo no he de estar loco? ¡De gracia, no me obligue á verle la cara! No soy culpable, pero soy desgraciado, y basta». Al recibir esta infame nueva, Miranda exclamó: «¡Venezuela está herida en el corazón!».

Todo el occidente y los llanos de Venezuela estaban ocupados por las armas realistas, y al oriente, dominaban ambas márgenes del Orinoco, lo mismo que todas las costas marítimas. La insurrección de los negros esclavos, había avanzado á sangre y fuego, y amenazaba á Caracas con el exterminio. La opinión, herida de pavor por la catástrofe del terremoto ó quebrada por los contrastes ó la miseria, era una fuerza inerte contraria á la revolución. Apenas si un tercio del territorio quedaba á los independientes. En tan angustiosa situación, la pérdida de Puerto Cabello fué un golpe mortal. Si bien el ejército constaba de más de 5000 hombres, una gran parte eran reclutas forzados y la otra, gente acobardada, que desertaba diariamente en grupos al enemigo. El general no tenía confianza en sus tro-

pas, ni sus subordinados en él. El desaliento ó la irritación era general. Todos acusaban á Miranda de ser el causante de las calamidades que sufrían, y algunos le llamaban traidor. El dictador desesperó de la causa de la república, y aconsejado por una junta de gobierno que convocó en su cuartel general, resolvió abrir negociaciones pacíficas con el enemigo.

A fin de obtener mejores condiciones, Miranda llevó un ataque parcial sobre la línea avanzada del enemigo, y consiguió sorprender y derrotar algunas grandes guardias. En seguida propuso una suspensión de hostilidades para tratar de la pacificación. Monteverde aceptó, pero bajo la condición de que las tropas reales pudiesen continuar avanzando hasta Caracas. Miranda formuló nuevas proposiciones, autorizando á sus comisionados á firmar una capitulación que garantizase la libertad y las propiedades de los comprometidos en la revolución. Algunos oficiales del ejército, intentaron promover una protesta contra esta política, que tachaban de cobarde. Propalaron que debía deponerse al generalísimo para emprender la guerra con vigor. Con 6000 hombres podía y debía atacarse al enemigo. La victoria salvaba la situación. En la derrota no se perdía más que lo que iba á perderse por la capitulación, que era la sumisión sin gloria y sin garantías. Los que así razonaban sobre una base numérica, sin tomar en cuenta las fuerzas morales, que era el factor que dominaba la situación, ó eran excepciones de la demoralización colectiva ó se daban el aire de héroes á poca costa, con la conciencia de que todo estaba perdido, y que sus proclamas no encontrarían ecos. El generalísimo, que no había tenido inspiraciones para salvar una situación fatalmente perdida por complicaciones extraordinarias de que la historia

presenta raros ejemplos, y que, aun habiéndolas tenido, probablemente no habría encontrado entusiasmo y brazos fuertes para ejecutarlas, tuvo la fortaleza de la tremenda misión que había aceptado. Fácil le fué al dictador dominar esta agitación ficticia de última hora, imponiendo á todos la paz, que era lo que todos querían. Hay días nefastos en la vida de los pueblos, en que, ni aun fuerzas tienen para el sacrificio, cuando el sacrificio es preferible á la sumisión. Entonces eligen una víctima expiatoria á quien atribuir la cobardía de la colectividad impotente para pelear ó para morir. Venezuela pasaba por esos días, y necesitaba pasar por la dolorosa prueba de soportar el duro yugo de la reacción triunfante, para formar su conciencia, rehacer sus fuerzas y triunfar en la batalla por su independencia. La capitulación, con ser una triste derrota, haría más por ella que una victoria pasajera, que nada habría consolidado en la situación porque pasaba Venezuela en aquellos días.

Los comisionados del dictador ajustaron con Monteverde una capitulación, sobre la base de la entrega del territorio independiente y de todo el material de guerra de la república; la seguridad para las personas y los bienes de los habitantes en el territorio no reconquistado; la concesión de pasaportes á los que quisiesen abandonar el país, y una amnistia general por opiniones políticas, poniéndose en libertad á todos los prisioneros de guerra de una y otra parte. Monteverde concedió cuarenta y ocho horas para aceptar ó denegar estas capitulaciones. Miranda no se atrevió á ratificarlas, y procuró modificarlas, pero al fin, tuvo que autorizar á sus comisionados á pasar por todo. El hecho quedó consumado, con la denominación de capitulaciones de San Mateo, con que

han pasado á la historia. Desde este momento, el dictador sólo se ocupó en proveer á la seguridad de la emigración de los patriotas, que era la consecuencia de un arreglo que no tenía más garantía que el beneplácito del vencedor reconocido. Al efecto, mandó cerrar el puerto de la Guayra, para impedir la salida de los buques neutrales, que era el último refugio, y se trasladó á Caracas, para cumplir de buena fe el compromiso de la entrega pacífica de la ciudad, dejando órdenes para la evacuación de Victoria. El ejército que la ocupaba, una parte se pasó en masa al enemigo, y el resto se dispersó en la marcha hacia Caracas.

IX

El 30 de julio entraba Monteverde triunfante á Caracas, y rompía de hecho la capitulación, imponiendo la dura ley del vencedor, sin condiciones y sin misericordia. En el mismo día, era entregado á sus verdugos y consagrado al martirio por la mano de sus adeptos, el precursor de la emancipación del nuevo mundo meridional, y entre ellos, por el que debía coronar su obra, libertando toda la región equinoccial de la América del Sur.

Era comandante militar de La Guayra el coronel Manuel María Casas, y jefe político el doctor Miguel Peña, elegidos ambos por Miranda como patriotas probados, para asegurar la salvación de los comprometidos en la revolución. Abrumado de penas y fatigas, llegó Miranda á La Guayra, el 30 de julio á las 7 de la noche, y se hospedó en la casa del comandante. El capitán Haynes del buque inglés Zafiro, que había ofrecido á Miranda recibirlo á su

bordo, donde tenía ya su equipaje, invitóle para que se embarcase esa misma noche, porque deseaba darse á la vela antes que se levantara la brisa de tierra en la madrugada. Casas, Peña y Bolívar, que tenían su plan, dijeron que el general estaba muy fatigado para embarcarse, que la brisa no se levantaría antes de las 10 de la mañana, y lo persuadieron á que se quedase á dormir en tierra. El capitán inglés se retiró con un triste presentimiento, según lo manifestó después. Los cuatro camaradas sentáronse en seguida á la mesa, y juntos rompieron el pan de la hospitalidad. Después de la cena, que fué triste, y en que sólo Bolívar habló provocando explicaciones sobre la capitulación que Miranda esquivó, retiróse éste á dormir en una cama preparada por su huésped, quien había tenido la precaución de elegir un aposento cuya puerta no podía cerrarse por dentro.

Mientras Miranda descansaba en el lecho preparado por la traición de sus amigos, reuniéronse Casas, Peña y Bolívar con los coroneles José Mires, Manuel Cortés y Juan Paz del Castillo,—el mismo que sirviera después en el ejército de los Andes,—y los comandantes Tomás Montilla, Rafael Chatillón (francés), Miguel Carabaño, Rafael Castillo, José Londaeta y Juan José Valdés. Constituidos por sí y ante sí en una especie de tribunal secreto, tomaron en consideración la conducta política y militar del desgraciado ex dictador. Fué unánimemente condenado como autor de las desgracias sucedidas. Haciéndose eco de los calumniosos rumores que corrían, propalados tal vez por ellos mismos, que le atribuían haber recibido dinero de los españoles como precio de la capitulación, y hecho embarcar con anticipación tesoros usurpados, acordaron que debía detenerse para dar cuenta de su conducta á sus compa-

ñeros y sincerarse ante ellos. Dijeron: que si pensaba que la capitulación había de ser cumplida, no debía anticipar su salida, y si no creía en ella, debía correr la suerte de todos, y que en ambos casos, su persona era una garantía del cumplimiento de lo capitulado. Bolívar, votó por la muerte de Miranda como traidor á la independencia, por haber tratado con los españoles. Quedó resuelto en definitiva, reducir á prisión á Miranda. Peña y Casas firmaron la orden como autoridades del punto. Bolívar en compañía de Montilla y Chatillón, encargóse de ejecutarla personalmente. No se atrevían á prenderlo á la luz del día, porque el ex dictador aun contaba con amigos fieles, y sus antecedentes históricos y su desgracia, escudaban su persona, sagrada para todo americano. Por eso lo hacían cubiertos por las sombras de la noche. A las 4 de la mañana Bolívar empujó la puerta del aposento en que dormía profundamente el anciano general, bajo la fe de la amistad. Apoderóse de su espada y sus pistolas, y lo despertó bruscamente. «¿No es muy temprano?» preguntó la víctima. Pero al recibir la orden de levantarse y seguirlos, comprendió que había sido traicionado por los suyos. No dijo una palabra y siguió resignado á sus carceleros, quienes lo condujeron al castillo de San Carlos. Mires se encargó de su custodia. Peña fué á dar cuenta del hecho á Monteverde, portador de comunicaciones de Casas, para conciliarse con el vencedor.

Al día siguiente, el puerto de La Guayra estaba cerrado por orden de Monteverde, y Casas cañoneaba desde sus fuertes á las embarcaciones cargadas de emigrados que intentaban hacerse á la vela á favor de la brisa matinal, echando á pique una goleta, en que se dice perecieron algunos. Tres días después

(2 de agosto), el jefe español, dueño de Caracas, expedía una proclama en que ratificaba la amnistía, al mismo tiempo que encerraba en un calabozo á los mismos que habían prendido á Miranda, menos á Casas y Peña, y á Bolívar que se ocultó. Sucesivamente, todos los comprometidos en la revolución que habían confiado en las falaces promesas de Monteverde corrían la misma suerte. La capitulación fué rota, imponiéndose la dura ley del vencedor, brutalmente y sin atenuaciones. Formáronse arbitrariamente listas de sospechosos; los bienes de los proscriptos fueron embargados; los domicilios villanamente violados; las cárceles se llenaron de presos, hasta el número de mil y quinientos ciudadanos, muriendo algunos de ellos, hacinados y atormentados en los calabozos. La persecución iba acompañada por el escarnio y la rapiña. Los presos eran despojados de su dinero y alhajas, que se repartían los captores, y conducidos por las calles en bestias de albarda atados de pies y manos. Los Canarios, que tenían sangre que vengar, eran los agentes de estas persecuciones, constituidos en asociación espontánea con el título de «fieles servidores de Fernando VII».

Miranda, trasladado á los calabozos de Puerto Cabello, fué sometido á los más duros tratamientos, cargado de cadenas, insultado y atormentado por sus carceleros. Desde el fondo de su prisión, oyó por última vez la América la voz del precursor de su redención. Con motivo de la reinstalación de la real Audiencia de Caracas, el pueblo concibió algunas esperanzas de caridad, ya que no de justicia. El desgraciado cautivo se hizo el eco de estas esperanzas, en un memorial que dirigió al supremo tribunal, abogando valientemente á costa de su propia seguridad, por la suerte de sus compatriotas perseguidos.

Nada pidió para sí, de nadie se quejó, ni siquiera hizo la más remota alusión á su prisión ejecutada por sus mismos amigos. «He guardado el silencio más profundo, decía, sepultado en estrecha y obscura prisión y oprimido con grillos; he visto correr la propia suerte á un número considerable de personas de todas clases y condiciones, y ante mis propios ojos se han presentado las escenas más trágicas y funestas. Con inalterable sufrimiento he sofocado los sentimientos de mi espíritu. Estoy ya convencido de que por un efecto lamentable de la más notoria infracción, los pueblos de Venezuela gimen bajo el yugo de las más pesadas cadenas. Parece es tiempo ya de que por el honor de la nación española, por la salud de estas provincias y por el crédito y responsabilidad que en ellas tengo empeñados, tome la pluma en el único momento que se me ha permitido para reclamar ante la superior judicatura del país estos sagrados incontestables derechos.»

Después de hacer Miranda una exposición de su conducta como generalísimo y dictador y de los móviles que le impulsaron á ajustar la paz, bosqueja con colores sombríos el cuadro del terrorismo implantado por Monteverde, que acentúa con estas palabras: «Yo vi entonces repetirse con espanto en Venezuela las mismas escenas de que mis ojos fueron testigos en la Francia». Y recordando que estos escándalos se perpetraban al mismo tiempo que se promulgaba la constitución española, sancionada por las cortes de Cádiz, que debía ser «iris de paz, áncora de libertad y escudo para todos», preguntaba con reconcentrada pasión y dolor al supremo tribunal á quien se dirigía: «¿El interés de la Península es por ventura sembrar en la América y la metrópoli las ruinas de un odio eterno y de una perpetua

irreconciliación? ¿Es acaso la destrucción de los naturales del país, de sus hogares, familias y propiedades? ¿Es á lo menos obligarlos á vivir encorvados bajo de un yugo mucho más pesado que el que arrastraban en tiempo del favorito Godoy? ¿Es por último, que esta augusta, esta santa constitución sea un lazo tendido para encerrar á la buena fe y á la lealtad?» El mismo se contestaba: «La representación nacional de España ha invitado con la paz á la América. Caracas, después de haberla estipulado, es tratada como una plaza tomada por asalto en aquellos tiempos bárbaros en que no se respetaba el derecho de gentes. Venezuela es declarada de hecho proscripta de las leyes constitutivas y condenada á una degradación civil y absoluta, y lejos de disfrutar la igualdad que se le ofrece, es casi tenido por delito el haber nacido en este continente». Y terminaba: «La capitulación ha sido pública y evidentemente violada. La constitución ha sido infringida en uno de sus principales fundamentos: la suerte de los ciudadanos no está asegurada, y expuesta á todos los desastres que dictan las pasiones tumultuarias, el estado actual de estas provincias es la consecuencia de unos principios tan viciosos y opresores. Yo reclamo el imperio de la ley; invoco el juicio imparcial del mundo entero; dirijo por la primera vez mis clamores en defensa de los habitantes de Venezuela para que no se les trate como criminales. Así lo exige de seguro mi propio honor, lo enseña la sabia política, lo prescribe la moral y lo dicta la razón».

Este precursor de la emancipación de la América del Sur que así hablaba por la última vez, que tuvo la primitiva visión de los destinos del nuevo mundo republicano, y había sido entregado á sus verdugos por el adepto que debía realizar el pensamiento del

Maestro, fué transportado á Cádiz, donde pasó tres años de doloroso cautiverio y murió, solo y desnudo en la más triste miseria en las mazmorras de las Cuatro Torres, el 14 de julio de 1816, á la una y cinco minutos de la mañana, en vísperas del triunfo de la independencia americana, que soñó en vida. Su cadáver, envuelto por la inmunda ropa de cama en que expiró, fué sepultado en el fango de uno de los islotes de la Carraca de la playa gaditana, que la marea cubre ó abandona todos los días. «¡Gloria victus victor!».

Mientras las persecuciones contra las que reclamaba Miranda afligían á Venezuela, Bolívar permanecía oculto en Caracas, según antes se apuntó. En tal situación, solicitó por intermedio de un español amigo suyo y de Monteverde, un salvoconducto para ausentarse del país, acogiéndose así á la capitulación violada, que había calificado de traición. Su protector lo presentó á Monteverde: «Aquí está don Simón Bolívar por quien he ofrecido mi garantía. Si á él le toca alguna pena, yo la sufró». Monteverde contestó: «Está bien». Y volviéndose á su secretario: «Se concede pasaporte al señor (mirando á Bolívar), en recompensa del servicio que ha prestado al rey con la prisión de Miranda» (26 de agosto). Era la marca de fuego puesta por la mano brutal del vencedor. Según uno de sus biógrafos, Bolívar repuso que «había preso á Miranda para castigar á un traidor y no por servir al rey», palabras que no tienen sentido, pues si Miranda hubiese sido traidor, habría merecido favores y no martirios de parte de los verdugos á quien el contribuyó á entregarlo. Sea que las pronunciase ó no en aquella ocasión, la única interpretación que pueden dársele, es la que el mismo Bolívar ha dado, al sostener hasta el fin de sus

días,—confidencialmente,—que su ánimo había sido fusilar á Miranda en la mañana siguiente, y no el entregarlo á sus enemigos, y que sin la oposición de Casas, lo habría ejecutado. La defensa es tan siniestra como tremenda la acusación. Los más grandes admiradores de Bolívar,—incluso sus panegiristas,—jamás han pretendido excusar el hecho, que ha quedado como una sombra sobre la frente del libertador, que todas las luces de gloria no han podido disipar.

Así nació y sucumbió Venezuela, acabó Miranda y apareció Bolívar.

CAPITULO XXXVII

Revolución de Nueva Granada y Quito.

1809 - 1813

Marcha regular de la revolución sudamericana.—Centros regionales de insurrección.—Las dos hegemónías emancipadoras de la América del Sur.—Primera revolución de Quito.—Sus enlaces con la revolución de Nueva Granada.—Revoluciones de Cartagena, Casanare, Pamplona y del Socorro.—Carácter complicado de la revolución neo-granadina.—Revolución de Santa Fe de Bogotá.—Anarquía política.—Federalistas y unionistas.—Constitución republicanomonárquica de Cundinamarca.—Reaparición de Nariño.—Revolución interna de Santa Fe.—Nariño, dictador de Cundinamarca.—Acta de federación de las provincias de Nueva Granada.—Cartagena y Santa Marta declaran su independencia de la metrópoli.—El federalismo y unitarismo conspiran contra la organización nacional.—El congreso federal se traslada á Mariquita.—Sombra de gobierno parlamentario.—Geografía de la reacción realista en Nueva Granada.—Guerra entre Cartagena y Santa Marta.—La reacción en el Istmo de Panamá.—La reacción al sur de Nueva Granada.—Primer triunfo de la insurrección en Palacé.—Derrota de Tacón.—La guerra de Popayán contra Pasto y Patía.—Nueva revolución de Quito.—La guerra en Quito.—Quito declara su independencia.—Muerte de Ruiz de Castilla.—Campana de Montes contra Quito.—Caída

de la revolución quiteña.—Revolución interna de Nueva Granada.—Segunda guerra civil.—Situación política y militar de Nueva Granada á fines de 1812.—Los realistas de Quito invaden á Nueva Granada por el sur.—Nariño es nombrado general de la Unión.—Campana de Nariño sobre Pasto.—Derrota del ejército de la Unión.—Nariño prisionero.—Reaparición de Bolívar.—Su campana en el Alto-Magdalena.—Segunda guerra de Cartagena y Santa Marta.—Bolívar concibe el proyecto de reconquistar á Venezuela.—Atraviesa los Andes.—Primera campana de los valles de Cúcuta.—Memoria política y militar de Bolívar.—El Presidente Camilo Torres apoya el pensamiento de Bolívar.—Nueva Granada resuelve la reconquista de Venezuela.

I

Lo más notable en los movimientos concéntricos y excéntricos de la revolución hispanoamericana, es la regularidad de su marcha convergente y la simetría de sus líneas generadoras. Podría ser una mera coincidencia que en 1809 se hiciesen sentir por la primera vez dos estremecimientos orgánicos y simultáneos en las extremidades del continente meridional—La Paz y Quito,—que parecerían indicar desde su origen una solidaridad de la masa viva. Podría ser otra coincidencia que en 1810 naciesen dos revoluciones gemelas en dos hemisferios—Buenos Aires y Caracas,—con idénticas formas, iguales propósitos, análogos objetivos y hasta con la misma doctrina política, como hijas de una madre común. Pero, cuando se observa que estos movimientos homólogos son espontáneos, que reconocen una misma causa, que tienden desde un principio á formar sistema y siguen por el espacio de quince años una di-

rección general en sus proyecciones iniciales, no es posible desconocer la existencia de una ley que la gobierna, y que la revolución sudamericana fué verdaderamente una revolución orgánica que tuvo su razón de ser. Y lo más notable aun en esta evolución uniforme es que, al insurreccionarse aislada y simultáneamente todas las colonias hispanoamericanas como movidas por un mismo resorte interno, se diseñan desde luego dos evoluciones concéntricas, que tienen sus núcleos regionales y un centro común que responden á un plân general de insurrección, determinando los dos teatros de la guerra continental, en que se mueven táctica y estratégicamente dos grandes masas que parcialmente se condensan y que recíprocamente se atraen.

Vese así claramente que las dos revoluciones simultáneas y gemelas que hemos señalado, se convierte cada una de ellas en centro de un sistema revolucionario, que en el orden internacional y nacional representan dos hegemonías emancipadoras, distintas en sus medios de acción, pero concurrentes en sus fines. Conocemos ya cómo se formó en el sur el gran grupo internacional de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Chile y Alto Perú, bajo la hegemonía argentina primero, y de la chilenoargentina después, con San Martín á su frente, y cómo su acción se extendió al Perú, penetrando en la región del norte. Va á verse ahora cómo se formó el grupo nacional del norte, que comprende á Venezuela, Nueva Granada y Quito, bajo la hegemonía colombiana acaudillada por Bolívar, y cómo se extendió á su vez hasta el Perú, operándose en un centro la conjunción de las dos grandes masas revolucionarias, animadas de una misma vitalidad. Entonces se verá que los movimientos de los dos extremos en

su afocamiento responden á un sistema general de insurrección y son el producto de las idénticas causas que los engendran. Las revoluciones del norte siguen la misma ley que las del sur en sus enlaces recíprocos y en sus agrupaciones respectivas.

La revolución de Quito en 1809 tuvo una sorda repercusión en Nueva Granada, conmovida ya profundamente por los sucesos de que era teatro la metrópoli. El virrey Antonio Amar, hombre sin cualidades de mando, que la gobernaba desde 1806 al tiempo de la expedición de Miranda, alarmado por tan ruidosa novedad, reunió una asamblea de corporaciones y notables para aconsejarse (9 de septiembre de 1809). Los americanos que la integraron, no sólo apoyaban la creación de la junta quiteña, sino que también pidieron un gobierno análogo en la capital de Santa Fe de Bogotá, que rigiese todo el virreinato. Los españoles, en contrario, opinaron por la disolución del gobierno revolucionario. Amar se decidió por este partido. En consecuencia, despachó una expedición de 300 hombres de línea, con órdenes de disolver la junta á viva fuerza. Al mismo tiempo, el virrey del Perú desprendía desde Lima una columna de 800 hombres con el mismo encargo.

El nuevo gobierno de Quito, que había decretado la formación de tres batallones para sostener su autoridad, destacó hacia el norte dos compañías con tres cañones, para hacer frente á las tropas del virrey Amar, las que fueron completamente derrotadas por los habitantes armados de la provincia de Pasto, que desde entonces se pronunciaron decididamente por la causa del rey (16 de octubre de 1809). Este contraste amilanó á los revolucionarios. Aislados, atacados por dos fuerzas que no podían contrarrestar, pactaron con el depuesto capitán general Ruiz de

Castilla devolverle el mando bajo la condición de una amnistía, la que se publicó solemnemente por bando. Reunidas en Quito las tropas expedicionarias de Nueva Granada y del Perú, empezaron las persecuciones contra los promotores de la revolución. Sometidos á juicio, fueron condenados á muerte unos y á presidio otros. Indignado el pueblo por esta violación de las capitulaciones, un pequeño grupo de hombres armados de cuchillos asaltó los cuarteles, y consiguió por un momento posesionarse de uno de ellos. Dominado este tumulto por la fuerza pública, la soldadesca—y especialmente la de Lima,—asesinó en la cárcel á casi todos los presos políticos, en número de veinticinco, y se lanzó á las calles matando bárbaramente como ochenta personas, entre ellas tres niños y tres mujeres. El vecindario se armó de palos y piedras para defender sus vidas. La carnicería se habría prolongado sin la interposición del obispo, que consiguió apaciguar los ánimos de uno y otro lado (2 de agosto de 1810).

La noticia de los asesinatos de Quito se difundió en todos los pueblos del virreinato, en momentos en que estallaba la revolución de Venezuela, ya relatada, y prendía la primera chispa de la insurrección en Nueva Granada. Aterrado Ruiz de Castilla, convocó una junta de autoridades civiles y eclesiásticas y de notables de la ciudad. En ella se acordó, bajo la denominación de «Tratados», ajustados con intervención de la real audiencia, un indulto general, y el sobreseimiento en el proceso que se seguía á los revolucionarios sobrevivientes. Las tropas de Lima, que se habían acarreado el odio general, fueron despedidas y el pueblo volvió á entrar en sosiego (4 de agosto de 1810).

Al mismo tiempo que Quito se pacificaba, la Nue-

va Granada se conmovía de un extremo á otro. El virrey Amar había hecho reconocer y jurar el consejo de regencia, á tiempo que arribaban á Cartagena, en calidad de comisarios regios, D. Antonio Villavicencio y D. Carlos Montufar, ambos hijos de Quito, y ligados por lazos de parentesco y afinidades políticas con los revolucionarios. Hallaron éstos la ciudad cartaginesa en gran efervescencia á consecuencia de la revolución de Caracas. El pueblo, encabezado por el cabildo, pedía á gritos la instalación de una junta provincial. Resolvió al fin, con acuerdo del comisario regio, Villavicencio—que era el encargado de arreglar la cuestión de Nueva Granada,—que, de conformidad á una ley de Indias, violentamente interpretada, el gobernador de la provincia ejerciese la autoridad, conjuntamente con el cabildo, quien nombró por su parte dos diputados al efecto. La municipalidad quedó preponderante en el gobierno. No aviniéndose el gobernador con este nuevo orden de cosas, pretendió reaccionar; pero, depuesto por el cabildo apoyado por el pueblo, fué deportado á la Habana (11 de junio de 1810). Así quedó consumada en Nueva Granada la primera revolución, que, como se verá después, entrañaba un principio de prematura desorganización.

Un levantamiento parcial en los llanos de Casanare respondió al movimiento de Cartagena. Dos jóvenes ardorosos, seguidos por algunos parciales, dieron el grito de insurrección al este de la cordillera oriental, y se apoderaron á viva fuerza de varios puntos. Atacados por tropas enviadas por el virrey, fueron aprisionados y condenados sumariamente á muerte. Sus cabezas fueron conducidas á la capital para ser fijadas en escarpas en los lugares públicos. La agitación popular fué tal, que los mandatarios,

intimidados, mandaron enterrar furtivamente las cabezas. Casi simultáneamente, el corregidor de Pamplona fué depuesto por el cabildo, y se instaló una junta de gobierno (4 de julio de 1810). Pocos días después estallaba una verdadera revolución en la ciudad del Socorro, cuna de la formidable insurrección de los comuneros en 1781 (vease cap. I, párrafo VIII).

Para mantener el orden alterado por el levantamiento de Casanare y las agitaciones de Pamplona, habíanse acantonado dos compañías de línea y de milicia en el Socorro, las que, en un momento de falsa alarma, hicieron fuego sobre el pueblo, encabezado por la municipalidad. Reunidos como ocho mil ciudadanos, sitiaron á la tropa en su cuartel, y la rindieron después de un combate. El gobierno se depositó en el cabildo, adjuntándole ocho diputados elegidos por el pueblo, los que se constituyeron en junta. Su manifiesto de paz ó de guerra fué formulado en una enérgica solicitud á la audiencia, en la que, á la vez de protestar los revolucionarios sostener la nueva situación á todo trance, y declarar que al efecto se aunaban todos sus habitantes, pedían que, para evitar mayores males, se autorizase la formación de juntas de gobierno, así en la capital como en las demás provincias (15 de junio de 1810). Cinco días después estallaba la revolución de Santa Fe de Bogotá, que sucesivamente se extendió por todas las provincias.

II

La revolución de la Nueva Granada es una de las más difíciles de caracterizar, por la complicación de sus evoluciones políticas en sus perturbaciones anár-

quicas, como consecuencia del orden administrativo de la colonia, de su estado social, de su constitución geográfica y de la índole de sus habitantes. Vaciada en el mismo molde municipal y popular de las que la precedieron en Sud América, con las mismas formas legales y los mismos objetivos inmediatos, mostró desde luego su carácter incoherente y civil, diseñándose muy tempranamente en ella dos tendencias opuestas y concurrentes: la autonomía elemental de las provincias y la centralización gubernamental, que envolvían los gérmenes de la unidad y de la federación. Estos dos principios existían latentes en el estado embrionario de la sociabilidad política, en los antecedentes históricos y en las leyes municipales, y puestos en actividad por la revolución, tenían necesariamente que intervenir como hechos preexistentes y elementos de organización y des-organización á la vez. Dentro de este círculo giraron todos sus movimientos. Estas mismas tendencias habíanse manifestado en el Río de la Plata con los mismos caracteres y por las mismas causas; en Chile con menos intensidad, y señaladamente en Venezuela; pero, confundidas en el movimiento general ó tomadas en cuenta en la organización constitucional, no paralizaron la marcha revolucionaria, si bien la enervaron. En Nueva Granada asumieron el carácter de fenómenos permanentes y fuerzas antagónicas, que inmovilizaron la revolución dentro de sus propios elementos, gastando en un roce estéril toda la energía que encerraban en sí. De aquí su debilidad militar y su fracaso en el primer ensayo constitucional.

Lo que propiamente se llamaba el nuevo reino de Granada al tiempo de estallar la revolución de 1810 —sin incluir la presidencia de Quito,—contaba con

una población de 1.600.000 habitantes. Estaba dividido en catorce ó quince provincias, enclavadas en las tres cadenas de los Andes ecuatoriales, entre dos mares, con marcados rasgos étnicos y geográficos. Cuatro de ellas eran litorales, en la prolongación de la Costa Firme, sobre el golfo de Méjico: Cartagena, Santa Marta, Río Hacha, Panamá y Veraguas. En la parte superior del gran valle de la Magdalena estaba la extensa provincia central de Santa Fe. En su promedio se encontraban los corregimientos de Tunja, Socorro y Pamplona, sobre las vertientes occidentales de la cordillera del este, con los llanos de Casanare y los valles de Cúcuta al oriente. Mariquita y Neiva hallábanse en las vertientes orientales de la cordillera del medio, sobre el río Magdalena; y aunque se consideraban como subdivisiones administrativas de Santa Fe, tenían la importancia de verdaderas provincias. En el Alto Cauca, al norte del nudo andino que determina los dos grandes valles de Nueva Granada—el Magdalena y el Cauca,—estaba enclavado Popayán comprendiendo los distritos de Pasto y Patía, limítrofes con Quito, y en el Bajo Cauca, la de Antioquía en contacto con las provincias del istmo. Sobre el litoral marítimo del Pacífico, paralelamente á los territorios de Popayán y Antioquía, se desarrollaba la región del Chocó, dividida en dos provincias: Citará y Novitas. Las provincias de Quito eran cinco: la capital del mismo nombre en la montaña; Cuenca, Loja y Jaén, en su vertiente occidental, limítrofes con el Perú, y Guayaquil sobre el mar del sur. Eran pues—sin tomar por ahora en cuenta á Quito—tres sistemas geográficos marcados, ocupados por razas diversas y con diversas costumbres, ligados por un plan de centralización política y subdivididos en administra-

ciones municipales autonómicas, que, si bien funcionaban con cierta regularidad bajo la dirección centralista de la metrópoli, encerraban en sí los gérmenes de la federación y de la disgregación, á la par de los antecedentes del unitarismo gubernativo.

Santa Fe de Bogotá, capital del virreinato, y la más importante de las provincias, donde se había afocado la raza criolla en toda su pureza y con mayor energía, representaba en Nueva Granada el mismo papel complejo que Buenos Aires en el Río de la Plata. Como metrópoli colonial continuaba la tradición centralista histórica y tendía á la unidad gubernamental. Como provincia autonómica, centro de un particularismo coherente, podía ser, ó el núcleo de una nación unitaria, ó una unidad típica en un régimen federativo. Menos feliz, ó con menos poder de atracción que Buenos Aires, no fué ni lo uno ni lo otro, aunque repitiendo sus mismas peripecias; y sí sólo el punto donde se chocaron las dos tendencias y el campo en que se trabó la discusión y la lucha, que dió por resultado final el anonadamiento de ambas. Pero lo singular en este movimiento complejo, es que son los pensadores, divididos por opiniones abstractas, los que le imprimen carácter y lo impulsan; son los congresos los que llevan la palabra, y los que, juntamente con las municipalidades autonómicas, dirigen los ejércitos, que aparecen en el segundo plano, siendo sus generales hombres civiles, que se arman de la espada para sostener sus ideas.

Era la Nueva Granada, al tiempo de estallar la revolución, «una civilización mestiza, con elementos de semibarbarie, según la ha definido un escritor neogranadino, en que todas las razas del globo se habían dado cita para mezclar su sangre, sus tra-

dicio
mul
la r
volu
enca
313-
escla
raba
aden
viliz
tal a
cará
men
su d
cia,
tas.
de l
dam
trica
una
tora
situ
acci
y el
esta
pene
expl
y da

To
lucio
dirig

diciones, sus fuerzas y caracteres, y concurrían simultáneamente á la obra de la civilización». Pero la raza blanca, ó la criolla, factor principal de la revolución, como instinto, como fuerza y como idea encarnada, prevalecía sobre las razas mixtas. Para 313.000 indígenas, 140.000 pardos y 70.000 negros esclavos, había 877.000 blancos que, no sólo los superaban por su número y su inteligencia, sino que además estaban condensados en los centros de la civilización, donde residía la potencia gubernamental á que se subordinaba la fuerza bruta. De aquí el carácter civil de la revolución; pero, desgraciadamente, de aquí también su dispersión de fuerzas y su debilidad orgánica en la lucha por la independencia, que requería unidad de ideas y fuerzas compactas. Si á todo esto se agregan la disidencia profunda de los directores de la revolución en principios fundamentales de gobierno y las aspiraciones excéntricas ó concéntricas de las provincias llamadas á una nueva vida autonómica, las rivalidades del litoral contra la capital y de las localidades según su situación geográfica, que determinaban otras tantas acciones y reacciones, y por último, el predominio y el aislamiento de la capital por consecuencia de estas complicadas emergencias, se tendrá en compendio la síntesis de la revolución neogranadina, que explica la desorganización de su primera república y da la clave de los sucesos que vamos á narrar.

III

Todo estaba preparado en Bogotá para una revolución. Era una mina cargada. Los patriotas, bien dirigidos y apoyados por la opinión criolla, habían

hecho varias tentativas para realizarla, pero sin resultados hasta entonces. La noticia de la revolución de Venezuela, á que se siguieron los movimientos de Cartagena, Casanare, Pamplona y el Socorro, y sobre todo, el arribo de los comisarios regios, Villavicencio y Montufar, cuyas buenas disposiciones en favor de los americanos despertaron nuevas esperanzas, les decidieron á dar el grito de insurrección en el mismo día de la llegada de éstos á la capital. La agitación era tan grande, que un incidente imprevisto la precipitó antes de la hora prefijada. El 20 de julio (1810) por la mañana, un español profirió algunas palabras en menosprecio de los americanos. Esta fué la chispa que produjo el incendio. El pueblo se levantó en masa, se agolpó á la plaza, pidió un cabildo abierto y una junta de gobierno, apoyado en su exigencia por la municipalidad. Como el virrey se negase á la petición intimidada por dos diputaciones de vecinos, el pueblo mandó tocar á rebato en todas las iglesias, y seis á siete mil hombres armados se reunieron al pie de las casas consistoriales para sostener la actitud del cabildo. La noche se acercaba, la fermentación crecía, el virrey contaba con 1000 hombres de tropa, que permanecían fieles, y se temía de un momento á otro un conflicto. El virrey, intimidado, cedió al fin, y autorizó la reunión de un cabildo extraordinario.

La sesión del cabildo popular se abrió á las seis de la tarde en la sala del ayuntamiento, bajo la presidencia de un oidor. Siguióse un debate borrascoso, en que se distinguió por su varonil elocuencia el Dr. Camilo Torres, hombre de gran carácter y poderosa inteligencia, destinado á representar un notable papel en la nueva república. Los patriotas exigían la formación inmediata de una junta de go-

bien
y p
pula
viera
se d
un r
fué
que p
gene
ta, c
21 d
En
revol
carác
guri
ción,
sobre
tiva
repre
nato,
presc
sona
éste f
sujeto
tituci
penir
en la
un a
la m
de la
del r
La
gobie
equiv
cimie

bierno, nombrada por ellos. Los españoles resistían, y procuraban ganar tiempo. Uno de los oradores populares de la asamblea declaró traidor al que se moviera de su puesto antes de instalarse la junta. Así se decidió. Comunicado este acuerdo al pueblo por un regidor, que salió á los balcones á proclamarlo, fué saludado con grandes aclamaciones. El virrey, que por su prudencia se había captado la benevolencia general, fué nombrado presidente nominal de la junta, que se instaló á las tres de la mañana del día 21 de julio de 1810.

En el acta en que se formuló el programa de la revolución se declaraba: que la junta investiría el carácter de gobierno general, para velar por la seguridad de la Nueva Granada y formar la constitución, mientras se pedían diputados á las provincias, sobre la base de la libertad é independencia respectiva de ellas ligadas por un vínculo federativo, cuya representación debía residir en la capital del virreinato, con mandato de no abdicar los derechos imprescriptibles de la soberanía del pueblo en otra persona que en la del rey Fernando VII, siempre que éste fuese á reinar entre ellos, reconociéndose empero sujeto á la junta de regencia, con arreglo á la constitución que se diese, ínterin existiera aquella en la península. Con propósitos radicales en el fondo, era en la forma una transacción con el antiguo régimen, un acomodamiento provisional con el gobierno de la metrópoli y una concesión al espíritu federativo de las provincias, manteniendo de hecho la unidad del reino.

La junta empuñó con mano incierta las riendas del gobierno. Mal compuesta, colocada en una situación equívoca, bajo la presidencia del virrey y el reconocimiento de sujeción á la regencia española, y do-

minada por la multitud movida por demagogos exaltados, careció en los primeros días de unidad de acción y pensamiento, y fué el instrumento pasivo de las exigencias de lo que se llamaba pueblo soberano que continuaba gobernando á gritos desde la plaza pública. Al fin, el virrey fué depuesto, como debió serlo desde el primer momento; se anuló el juramento de obediencia prestado á la regencia española, y declaróse que la junta continuaría mandando á nombre del rey durante su cautiverio, manteniendo el vínculo de unión con la nación española, aunque sin depender de los gobiernos y autoridades de la península. Dos días después de este acuerdo arribaban á Santa Fe los comisarios regios Villavicencio y Montufar, que sancionaron tácitamente lo hecho. Montufar, cuya comisión era especial para Quito, continuó su viaje, y luego le veremos reaparecer representando el papel de revolucionario activo.

IV

La anarquía y la reacción no se hicieron esperar. Los antagonismos comprimidos por el centralismo colonial; las autonomías locales exageradas por la revolución; las disidencias profundas, teóricas y prácticas, de los pensadores llamados á dar forma y dirección al movimiento; los intereses encontrados de americanos y españoles; los instintos de las masas que se agrupaban según su distribución geográfica bajo las banderas opuestas, hicieron su aparición en la escena, y determinaron las complicaciones políticas y las luchas civiles de que la Nueva Granada fué teatro, gastando estérilmente sus fuerzas, sin llegar por entonces á ningún resultado.

La junta de Santa Fe, consecuente con su programa, dirigió á las provincias una circular, llena de prudencia y moderación, invitándolas á reunirse en congreso. Sin pretender la supremacía que de hecho y por necesidad estaba depositada en sus manos, se daba el simple carácter de provisional al solo efecto de mantener la unidad política y administrativa, reconociendo que debía ser subrogada por la autoridad que nombrasen los pueblos de común acuerdo. Dejaba á las provincias la libertad de dictar la regla para la elección de sus diputados. Protestaba renunciar á toda coacción para promover la unión, y terminaba: «La capital se anticipa á precaver la desunión y la guerra civil. Si alguna de las provincias intentase substraerse á la liga general, tranquilos en la santidad de nuestros principios y firmes en nuestra resolución, la abandonaremos á su suerte, y las consecuencias de la desunión serán imputables á quien la promovió». Desgraciadamente, este plan de organización rudimental quedaría tan sólo consignado en el papel: la capital concurriría en definitiva á la desunión, tanto como las mismas provincias.

Casi todas las provincias del reino siguieron el ejemplo de Bogotá, instituyendo juntas de gobierno, y uniformaron en este sentido su política revolucionaria con ella. No así en el orden político. La mayor parte de ellas se manifestaron dispuestas á enviar sus diputados á Santa Fe, al reconocer dependencia; pero otras pretendieron erigirse en entidades supremas ó republiquetas aisladas, y se resistieron á reunirse en congreso unionista. Cartagena, desligada del sistema geográfico del interior del país, que por su importancia comercial y su poder militar aspiraba á figurar como cabeza, fué la primera en dar la señal de la disgregación, rompiendo la tradición

histórica. La junta cartaginesa, declarándose soberana é independiente, impugnó la convocatoria bogotana en un manifiesto, pronunciándose contra la institución de una junta central, que calificó de «gobierno monstruoso» á la vez que proclamaba la excelencia del sistema federal. En consecuencia, invitaba por sí á las provincias á reunirse en congreso con arreglo á esta base fundamental en Medellín, pueblo central del valle de Magdalena, nombrando un diputado por cada cincuenta mil almas, al que dejaba la decisión del reconocimiento ó desconocimiento de la regencia de España, que por su parte continuaría reconociendo como lo había jurado (19 de septiembre de 1810). Sólo Antioquia respondió á la invitación de Cartagena; pero bastó esta disidencia para paralizar la reunión del congreso neogranadino promovido por Bogotá, y retardar la formación de un gobierno general, que era la necesidad suprema del momento.

Varias tentativas patrióticas se hicieron para organizar al menos un núcleo de congreso, pero todas abortaron. En la primera de ellas los diputados de sólo cinco provincias, reunidos en Bogotá, pretendieron reasumir el poder supremo en todas las ramas, dirigir la fuerza armada y centralizar la autoridad. La junta de Santa Fe le negó obediencia, y esta sombra de representación nacional desapareció. Así se formó un partido federal y separatista en el mismo centro unionista (fines de 1810). Los directores de la revolución, que habían establecido su base de operaciones en Bogotá, observando que todas las provincias concentraban su administración interior, y que la opinión estaba pronunciada por el sistema federativo, se decidieron á organizar la provincia de Santa Fe, que abrazaba la jurisdicción de la ca-

pital
unida
al efe
de «
homb
tomar
Unida
denon
la qu
gún s
do V
vez q
se con
serva
ejecut
conse
de pr
Lozan
aunqu
circun
El
ciliad
de org
ción c
parían
ellos
de co
ciente
en su
miento
para l
putado
na y A
gotá,
ganiza

pital bajo la forma de estado federal, y crear la unidad que debía servir de tipo al conjunto. Reunida al efecto una asamblea popular con la denominación de «Colegio constituyente», en que figuraban los hombres más distinguidos de la Nueva Granada, y tomando por modelo la constitución de los Estados Unidos, crearon una república monárquica, bajo la denominación de «Estado de Cundinamarca», que era la que la provincia había tenido antiguamente. Según su constitución, se reconocía por rey á Fernando VII, quien sería admitido á ejercer el poder, toda vez que se trasladara al país. El poder legislativo se confiaba á una cámara popular y á un senado conservador. Durante el cautiverio del rey, el poder ejecutivo sería desempeñado por un presidente y dos consejeros. Fué elegido para desempeñar el puesto de presidente de Cundinamarca el Dr. Jorge Tadeo Lozano, un sabio, de ideas adelantadas en política, aunque sin el temple de carácter que requerían las circunstancias (abril de 1811).

El presidente Lozano, animado de propósitos conciliadores, propuso á las provincias un nuevo plan de organización nacional, sobre la base de la formación de cuatro grandes departamentos que se agruparían por zonas geográficas, teniendo cada uno de ellos un río navegable, de manera que, en igualdad de condiciones, tuvieran todos y cada uno los suficientes medios y recursos para bastarse á sí mismos en su régimen interior (mayo de 1811). Este pensamiento, teóricamente bueno, fué un nuevo obstáculo para la instalación del proyectado congreso. Los diputados de ocho provincias—incluso las de Cartagena y Antioquía, antes disidentes,—al reunirse en Bogotá, se encontraron con la doble novedad de la organización parcial de Cundinamarca y el nuevo pro-

yecto. La proposición de Lozano no tuvo empero ulterioridad, y fué desechada por las provincias, declarando que «no tenían autoridad para hacer una variación tan substancial en el sistema adoptado, que pertenecía á los pueblos, y que sólo el congreso general podía decidir la cuestión». Coincidió con este plan otro análogo en más vasta escala, que encerraba el bosquejo de la futura república de Colombia. El famoso tribuno de la revolución de Caracas, Cortés Mádariaga, había sido enviado por el gobierno de Venezuela cerca del de Nueva Granada, con el objeto de celebrar una alianza ofensiva y defensiva. En vez de esto, ajustóse un tratado de confederación, en que ambos estados se garantían mutuamente su integridad territorial y su seguridad, formando Cundinamarca y Venezuela dos grandes departamentos de ella, que admitirían á los demás en calidad de coestados con igualdad de derechos y representación, fijándose la capital de común acuerdo en un punto céntrico. Este proyecto tampoco tuvo efecto. Venezuela se constituyó federalmente, según se ha visto, como república soberana é independiente, y Nueva Granada siguió como antes.

V

Pensóse entonces seriamente en llevar adelante el propósito de reunir el congreso nacional, que todos los pueblos anhelaban, fatigados por la anarquía y por el absolutismo sin ley ni regla de sus juntas locales. Lozano, siempre conciliador, sin insistir en su plan departamental, se puso decididamente al frente de este movimiento patriótico, y el congreso abrió sus sesiones preparatorias, protegido por su

autoridad. Fué precisamente este el movimiento en que la anarquía hizo crisis. Su agente principal fué Antonio Nariño, el primer propagador de los derechos del hombre en Sur América y uno de los precursores de su emancipación á la par de Miranda, á consecuencia de lo cual había sufrido largas prisiones y destierros. Restituído á la patria, considerábase como el patriarca de la revolución, y redactaba á la sazón un periódico en Bogotá, con la pasión de tribuno y el talento de escritor que siempre lo distinguió, y que el pueblo leía con avidez. Hombre de un fogoso patriotismo nativo, aunque moderado en la acción; poseído de ambición flotante, manso en cuanto á los medios, pero sin escrúpulos legales para alcanzar sus fines, era en teoría un secretario intransigente en materia de organización de gobierno, que sacrificaba lo relativo á lo absoluto. Agitador por temperamento, convirtió sus ideas abstractas y de aplicación en elementos de disociación política y guerra civil. Adversario del sistema federal, pensaba seriamente, aunque sin tomar en cuenta la opinión de los pueblos, que lo único que podía dar consistencia y vigor á la revolución, era el centralismo gubernativo. Por una contradicción, que estaba en su naturaleza y en la influencia de su teatro de acción, al mismo tiempo que se presentaba como el apóstol de la unión nacional, se constituía en campeón del localismo de la provincia de Santa Fe. La capital era el núcleo en torno del cual pretendía organizar la república, según un plan de agregación ó de absorción y supremacía metropolitana, que repugnaba así al patriotismo como al federalismo.

Los escritos de Nariño en oposición á la política constitucional del congreso, las rivalidades que se

despertaban entre Santa Fe y las demás provincias, y las noticias alarmantes que les servían de corolario pintando á la Nueva Granada al borde de un abismo por falta de un vigoroso poder central, pusieron en conmoción la ciudad de Bogotá. La plebe, entre la cual era muy popular Nariño, movida por sus parciales, pidió tumultuariamente medidas prontas y enérgicas para salvar la patria en peligro. Bajo la presión de la multitud, reuniéronse los miembros de los tres poderes, y se pronunciaron violentamente contra la administración del presidente Lozano, á quien obligaron á renunciar. Nariño fué elegido en su lugar, pero aceptó bajo condición expresa de que se suspendiesen los artículos de la constitución que le impedían obrar con la fuerza y energía necesarias. Así se hizo, y Nariño quedó constituido en dictador de Cundinamarca (19 de septiembre de 1811).

El congreso nacional continuó sus sesiones preparatorias, y al constituirse en convención con los diputados de siete provincias, dió comienzo á su tarea constituyente. Después de maduras y tranquilas discusiones, resolvió adoptar el sistema federativo, bajo la denominación de «Provincias Unidas de la Nueva Granada», tomando por tipo el acta de confederación de los Estados Unidos en 1776. La forma que se dió á esta deliberación, fué la de un pacto constitutivo de las provincias representadas sujeto á su ratificación, invitando á las demás á adherirse á él, que fué formulado por la pluma magistral de Camilo Torres. Los diputados de Santa Fe y de Chocó, obedeciendo á las sugerencias de Nariño, le negaron su aprobación, y declararon que sólo el sistema unitario podía salvar la revolución. Suscribiéndose solamente los diputados de Antioquía, Cartagena, Neiva, Pamplona y Tunja (27 de noviembre de 1811).

El federalismo triunfaba en la discusión, y era un hecho que estaba en los instintos; pero era otro hecho la anarquía, que conspiraba á la vez contra el federalismo y el unitarismo obstando á toda organización nacional compacta. Al mismo tiempo que se celebraba el pacto federativo, la provincia de Santa Fe declaraba que sólo entraría en la federación, reservándose las rentas que debían ser nacionales, y cuando formaran parte integrante de ellas los corregimientos de Tunja, Pamplona, Socorro, Mariquita y Neiva, que eran precisamente los que con el carácter de provincias habían subscripto el acta de unión. Cartagena, que hasta entonces reconocía el consejo de regencia de España, y después de promover la reunión de un congreso disidente había concurrido al congreso, declaró su independencia absoluta de la España, y dióse una constitución republicana como estado soberano (11 de noviembre de 1811). Casanare, Tunja y Pamplona, trataron de unirse á la confederación venezolana. El congreso, coartado en Bogotá, y luchando con las resistencias que le oponía Nariño, se vió forzado á trasladar el sitio de sus deliberaciones al pequeño pueblo de Ibagué, en la provincia de Mariquita. Allí constituyó una sombra de gobierno parlamentario, á la manera del de los Estados Unidos en la primera época de la guerra por su independencia, pero sin autoridad real ni moral, y sin un Wáshington que diese cohesión á sus elementos dispersos.

VI

La reacción realista en Nueva Granada siguió el mismo movimiento que en Venezuela: desalojada del centro, se afocó en los extremos y en la parte

occidental del país, para converger simultáneamente sobre el centro. Al sur de Santa Fe se organizó militarmente en el valle del Alto Cauca, en Popayán, con los distritos de Pasto y Patía á su retaguardia y la costa de Chocó sobre su flanco por punto de apoyo, y Quito por base de operaciones, con Guayaquil como puerto en el Pacífico. Al norte, sobre el litoral marítimo del golfo de Méjico, operóse el mismo movimiento de Costa Firme en Venezuela, con las Antillas españolas por base. Mientras la plaza fuerte de Cartagena en Nueva Granada, como Puerto-Cabello en Venezuela, se pronunciaba por la revolución, Santa Marta reaccionó decididamente, y se convirtió, como Coro, en cuartel general de los realistas, en comunicación con Maracaibo, al este de la cordillera oriental. Las provincias del istmo de Panamá, apoyadas en la plaza fuerte de Portobelo, dominaban el golfo de Darién y el bajo Cauca, en comunicación con las Antillas y la costa del Chocó. De este modo, la reacción realista, dueña de las costas del Atlántico y del Pacífico, envolvía la revolución neogranadina, por el sur, el norte y el occidente, y Cartagena quedaba amagada por sus dos flancos sobre el Magdalena y por su frente marítimo.

Santa Marta, situada como Cartagena en las bocas del Magdalena, que al principio había formado su junta de gobierno como las demás provincias, hizo su contrarrevolución apoyada por los españoles europeos, y especialmente por los catalanes preponderantes allí (diciembre de 1810). Río Hacha siguió su ejemplo. Para sostener su actitud, levantó un cuerpo de tropas de voluntarios españoles, y se fortificó en varios puntos sobre la margen derecha del Magdalena, interceptando el comercio de Cartagena

con las provincias del interior, y extendió su línea militar desde la orilla del mar hasta Ocaña en los límites de Pamplona en las vertientes de la cordillera oriental. Todos los realistas del virreinato, así americanos como europeos, acudieron á Santa Marta como punto de reunión, la que, reforzada desde Cuba con un batallón español de línea (el Albueira) y tres buques de guerra, organizó un cuerpo de ejército de 1500 hombres decididos, enrolando bajo su bandera las milicias del país (año de 1811). Cartagena dirigió una expedición fluvial con tropas de desembarco, á fin de apoderarse de la villa de Ternerife, situada en el punto medio de la línea enemiga. Fué completamente batida por los realistas, que echaron á pique gran parte de su escuadrilla sutil, apresando el resto (marzo de 1812).

La convención constituyente de Cartagena, para hacer frente á los peligros de la situación, nombró dictador al Dr. Manuel Rodríguez Torices, joven de 24 años, inteligente, activo y resuelto, pero inexperto y desprovisto de prudencia. Los de Santa Marta, por su parte, alentados por la victoria, tomaron la ofensiva y atravesaron el Magdalena, dominando las sabanas centrales del valle. Cartagena quedó aislada. El dictador Torices confió el mando de las tropas de la república á un aventurero francés llamado Pedro Labatut, hombre de empresa, pero duro y codicioso. Labatut, con una pequeña flotilla de lanchas cañoneras y una columna ligera, atacó sucesivamente la posiciones realistas tomándolas por asalto con toda su artillería, y se posesionó de la navegación del bajo Magdalena (noviembre de 1812). Después de destruir las fuerzas sutiles del enemigo, salió á la mar, y ocupó sin resistencia la capital de

Santa Marta, evacuada por los defensores, que se refugiaron en Portobelo (enero de 1813).

Por la parte del istmo la reacción se había establecido sólidamente en las provincias de Veraguas y Panamá, fieles á la causa del rey, y sostenidas por Méjico y la Habana. Su situación se vigorizó con la llegada de un nuevo virrey de Nueva Granada, nombrado por la regencia de Cádiz, que fué D. José Domingo Pérez, quien le trajo algunos elementos de guerra, con que auxilió á los de Santa Marta, y estableció el asiento de su gobierno en Portobelo. Las provincias neogranadinas, insurreccionadas, desconocieron su autoridad. Esto sucedía al mismo tiempo que la revolución venezolana sucumbía, y la reacción cerraba el círculo en contorno del virreinato (principios de 1813).

VII

Por la parte del sur la guerra se había encendido también entre patriotas y realistas, con los elementos del mismo país. Al tiempo de estallar la revolución, era gobernador de Popayán el coronel Miguel Tacón, que reunía á un carácter enérgico, bastante inteligencia y larga experiencia en la guerra. Sostenido por una parte de la opinión de la provincia y contando con la decisión de los habitantes semibárbaros de Pasto y Patía, se opuso decididamente al establecimiento de una junta patriótica, que los cabildos promovieron de acuerdo con la revolución de Santa Fe. El regidor Joaquín Caicedo, se puso al frente de los cabildos, formó una confederación de los pueblos del valle del alto Cauca, y reunió los diputados en el pueblo de Cali, donde se estableció la junta revolucionaria

de gobierno. El gobernador mandó disolverla con tropa armada, declarándola rebelde al rey. Los confederados del valle levantaron tropas para resistirse y pidieron auxilios á Santa Fe, de donde salieron 300 hombres al mando del coronel Antonio Baraya, con lo que se formó un ejército de 1100 hombres, compuesto en su mayor parte de indígenas armados de lanzas. Tacón formó otro ejército de 1500 hombres, y se situó sobre el puente del río Palacé, entre Popayán y Cali. Baraya lo atacó en sus posiciones con las tropas confederadas, y después de una obstinada pelea, lo obligó á retirarse en desorden sobre el Cauca, dejando en el campo setenta muertos y treinta prisioneros (28 de marzo de 1811). Esta fué la primera victoria de la insurrección neogranadina. El jefe realista se replegó á Pasto con 700 hombres bien armados, donde se hizo fuerte en las gargantas que comunican á Quito con la Nueva Granada. Por este tiempo, había estallado de nuevo la revolución en Quito, de la que nos ocuparemos después, continuando por ahora con las operaciones de la guerra del sur.

Dueño Tacón de las provincias de Pasto y Patía, cuyas poblaciones sublevó en masa, abrió hostilidades sobre Quito al frente de una columna de 600 hombres. El nuevo gobierno de Quito salió á su encuentro con 800 reclutas, al mando de D. Pedro Montufar, quien, después de un ligero combate, se estableció en un punto fuerte, y abrió comunicaciones con Popayán para obrar en combinación con sus fuerzas. Tacón, colocado entre dos fuegos, intentó cubrir su retaguardia amagada. Las tropas patriotas de Popayán, al mando de Baraya y el regidor Cacedo, avanzaron resueltamente y dominaron á Patía. Tacón, desamparado por los suyos, emprendió con

sus restos su retirada hacia la costa del Chocó, y se posesionó del distrito de Barbacoas y de la isla de Chumaco, donde, auxiliado desde Guayaquil, organizó una división de 200 hombres, protegida por una escuadrilla de dos goletas y una lancha con algunas embarcaciones menores. Los patriotas de Popayán desprendieron una pequeña columna al mando del capitán José Ignacio Rodríguez, quien atacó decididamente á los realistas, dirigiendo personalmente una flotilla de canoas, sostenida por su tropa emboscada en los manglares de la playa. Tacón fué derrotado en las aguas y en tierra, con pérdida del bergantín y de la cañonera, y avergonzado de ser batido con canoas por fuerzas menores, se retiró al Perú, donde figuró en la guerra con distinción, aunque señalándose por su crueldad con los independientes.

Mientras tanto, la división de quiteños, mandada por Pedro Montufar, atravesó el río Guáitara, atacó á los pastusos en las márgenes del río Blanco y los dispersó completamente, entrando triunfante en su capital, que encontró casi totalmente abandonada por sus habitantes. Caicedo, al frente de una columna de 600 hombres de Cauca, ocupó á su vez la ciudad de Pasto. Las tropas quiteñas se retiraron á su territorio. De este modo se abrieron las comunicaciones interceptadas entre Quito y Nueva Granada, y toda la provincia de Popayán quedó sometida á la ley de la revolución.

Aprovechándose los patianos de la dispersión de las tropas patriotas, volvieron á insurreccionarse desde Popayán hasta el río Juanambú, cometiendo horribles asesinatos, estimulados por frailes fanáticos, que predicaban el incendio de las habitaciones y el degüello de los revolucionarios herejes. Al

frente de un ejército de 1500 hombres atacaron á Popayán, y aunque fueron rechazados en el primer asalto, consiguieron sitiar la ciudad, cortando la retirada á sus defensores. Hallábase por acaso allí un joven norteamericano llamado Alejandro Macaulay, quien, al observar los movimientos de los sitiadores, y que sólo estaban armados de lanzas, propuso una salida nocturna con 400 fusileros, á cuyo frente se puso él mismo. Los patianos fueron sorprendidos y derrotados, viéndose obligados á emprender la retirada en desorden (abril 27 de 1811). La junta de Popayán desprendió en su persecución una columna de 600 hombres, y para vengar los asesinatos cometidos por los patianos, hizo fusilar á un cura que cayó prisionero, hecho que provocó nuevas y sangrientas represalias.

Los patianos, derrotados, se rehicieron, y marcharon aceleradamente sobre Pasto en número de 200 hombres, con un obús sin cureña. Pusieron sitio á la ciudad, defendida por 436 fusileros de la expedición de Caicedo que la había ocupado, según antes se dijo. Reforzados por los pastusos, dieron el asalto, y cada casa se convirtió en una fortaleza contra los sitiados, que se vieron obligados á capitular, quedando prisioneros. La columna de Popayán, salida en persecución de los patianos, al mando de Macaulay, marchó en auxilio de Caicedo, pero llegó cuando éste se había rendido. Empero, consiguió rescatar á los capitulados por medio de un convenio. Sabedor Macaulay de que una expedición de Quito marchaba sobre Pasto, determinó atravesar el Guátara para incorporarse á ella, y al efecto emprendió una marcha nocturna. Sentido por los pastusos, fué atacado en Catambuco (12 de agosto de 1811), triunfando en el campo los de Popayán, pero quedaron impotentes

para tomar la ofensiva. Al día siguiente celebróse un convenio verbal entre los beligerantes, en virtud del cual quedaba restablecida de hecho la paz. Aprovechándose de la tregua, los pastusos sorprendieron traidoramente el campo de Macaulay, mataron como 200 hombres y tomaron como 400 prisioneros, entre ellos, Caicedo y Macaulay. La expedición de Quito, después de obtener algunos triunfos efímeros, regresó á la capital, á la sazón amagada al sur por las tropas realistas del Perú y Guayaquil. Así volvió á quedar aislada la revolución de Quito y organizada y triunfante la Vendée neogranadina de Pasto y Patía. Volvamos ahora á Quito, de nuevo revolucionado.

VIII

Dijimos antes que el comisario regio Carlos Montufar había continuado su viaje al sur en desempeño de su misión, después de sancionar con su colega Villavicencio la revolución de Bogotá. Montufar fué recibido con gran entusiasmo por el pueblo quiteño, y se hizo el árbitro de la situación. Bajo sus auspicios formóse pacíficamente una junta de gobierno, con Ruiz de Castilla por presidente, y de la que él formó parte como vocal nato, debiendo integrarla un diputado por cada cabildo (19 de septiembre de 1810). Esta transacción fué aprobada por un cabildo abierto, y acordóse al mismo tiempo continuar reconociendo al consejo de regencia, mientras funcionara en un punto de la metrópoli libre de enemigos. Sólo en la jurisdicción de la capital fué jurado el nuevo gobierno. Las provincias meridionales de Cuenca, Loja y Guayaquil, dominadas por el virrey del Perú, desconocieron su autoridad. La junta formó

un ejército de 2000 hombres para someterlas á la obediencia, y confió su mando á Montufar, que estableció su cuartel general en Ambato, cubriendo los desfiladeros de la gran cordillera del Chimborazo y del Pichincha. La primera sangre que corrió en esta guerra en perspectiva manchó la bandera revolucionaria. Uno de los oidores y el administrador de correos de Quito, acérrimos realistas, comprometidos en las matanzas y procesos que habían exaltado al pueblo, intentaron huir por el Amazonas. Traídos á la capital, la plebe de los suburbios, compuesta en casi su totalidad de indígenas, se amotinó, los mató á palos y arrastró sus cadáveres hasta el pretil de la casa de gobierno, pretendiendo hacer lo mismo con el presidente Ruiz de Castilla. La reacción mientras tanto se organizaba militarmente en el sur y oeste.

Poco después de instalada la junta de Quito, llegaba á Guayaquil el jefe de escuadra Joaquín Molina, nombrado presidente y capitán general en reemplazo de Ruiz de Castilla. Auxiliado por el virrey Abascal, reunió un ejército no menos fuerte que el de la junta, y cubrió con él las provincias amenazadas. Montufar, para ganar tiempo á fin de dar alguna consistencia á sus tropas colecticias, abrió negociaciones con el enemigo, quien, por su parte, poco confiado en las suyas, aceptó la invitación pacífica, que no dió ningún resultado. Rotas de nuevo las hostilidades, la campaña se redujo á pequeños encuentros y avances y retrocesos alternativos, quedando los beligerantes en las mismas posiciones. Por este tiempo se abrían las comunicaciones entre Quito y Nueva Granada con la fuga de Tacón y la derrota de los patianos y pastusos.

La junta de Quito, que sucesivamente había reco-

nocido á la regencia y á las cortes españolas reunidas en Cádiz, y depuesto á su presidente nominal Ruiz de Castilla, convocó un congreso y proclamó su independencia absoluta de la España (11 de diciembre de 1811). El populacho, cada vez más embravecido, extrajo al ex presidente Ruiz de un convento en que se hallaba retirado, y como pretendiera resistirse, fué herido mortalmente á puñaladas. La discordia se introdujo en las filas de los revolucionarios. Mientras tanto, los realistas avanzaban de nuevo por el oeste. Nombrado presidente de Quito el mariscal Toribio Montes, soldado de ímpetu y general entendido, abrió de nuevo la campaña al frente de 2000 hombres, y batió al ejército quiteño en Mocha, pasando á cuchillo á todos los vencidos para infundir espanto (2 de septiembre de 1812).

El general quiteño Carlos Montufar, con un nuevo ejército, se fortificó en las posiciones innaccessibles de Jalupana, profunda quebrada de costados perpendiculares y cruzada por torrentes, que cubría el camino preciso de la capital, y fué coronada con artillería. Montes, por medio de una hábil y atrevida marcha de flanco, guiado por un práctico del país, tomó la ruta del pie de la cordillera occidental, de manera de envolver la izquierda patriota, evitando las fortificaciones. A la altura del nudo andino de Chisinche, que limita la meseta de Quito por el sur, trepó la montaña, y con los gigantescos picos del Chimborazo y del Cotopaxi á la vista, marchó durante nueve días por entre páramos y precipicios. Orilló el cráter del volcán de Ninahuilca, contorneó el cerro nevado de Corazón, y amagando la retaguardia del enemigo, lo obligó á replegarse sobre la capital, ocupando él los altos de Belén, al pie del Pichincha.

Reconcentrados los independientes en la capital en número de seis mil hombres, se fortificaron con mucha artillería, ocupando todas las alturas del circuito. Montes intimó rendición. Los de la plaza contestaron que se defenderían hasta el último trance, y en señal de desafío hicieron ejecutar á un ciudadano notable de Quito, Pedro Calixto, juntamente con su hijo llamado Nicolás, prisioneros hechos fuera de combate. Los realistas atacaron la ciudad por tres puntos, y se apoderaron de ella después de un reñido combate de tres horas (3 de noviembre de 1812). El general español se mostró clemente con los habitantes de la vencida ciudad.

Montufar, con las últimas reliquias del ejército quiteño, se retiró al norte. Alcanzado por una división mandada por el coronel Juan Sámano, destinado á siniestra celebridad, fué batido y dispersado en dos acciones sucesivas con pérdida de toda su artillería y armamento, dejando en el campo 100 muertos. Sámano continuó su persecución, y con arreglo á sus instrucciones, pasó por las armas á los jefes que cayeron en sus manos. Al llegar á Pasto, recibió órdenes de Montes, para quintar á los oficiales y diezmar á los soldados prisioneros de Popayán que allí se encontraban. Caicedo y Macaulay fueron fusilados junto con ellos. Así terminó á fines de 1812 la nueva revolución de Quito, domada por segunda vez, y cerróse el círculo de la reacción de la Nueva Granada por el norte, al mismo tiempo que la revolución de Venezuela sucumbía (principios de 1813).

IX

La revolución externa é interna de la Nueva Granada giraba en círculos concéntricos. A la par que el uno se estrechaba el otro se dilataba, hasta casi confundirse. El antagonismo entre el federalismo y el centralismo de Cundinamarca con las provincias, y de Nariño con el congreso nacional, había convertido el país en un caos político. Después de la retirada del congreso á Ibagué (véase párrafo V de este capítulo), Nariño, desarrollando su plan de absorción, agregó á lo que llamaba la «provincia legal» de Santa Fe, el corregimiento del Socorro, y los cantones de Tunja y Neiva, que ocupó militarmente, con amenaza de apoderarse de Pamplona. La provincia de Mariquita había sido absorbida ya por Cundinamarca. El congreso reclamó contra estos actos violentos, y aunque en un principio fué desatendido, como las resistencias locales arreciaban, Nariño, mejor aconsejado, se prestó á entrar en arreglos. Contribuyó á esto la noticia de la caída de la revolución de Venezuela, que amenazaba á la Nueva Granada con una invasión por el oriente. En el curso de las negociaciones que se entablaron las tropas cundinamarcanas que ocupaban Tunja, al mando del brigadier Baraya—el vencedor de Palacé,—se pronunciaron por la reunión del congreso. Nariño se puso inmediatamente en campaña al frente de 800 hombres y ocupó sin oposición la capital de Tunja; pero, al mismo tiempo, separóse de Cundinamarca la provincia del Socorro, sostenida por la columna de Baraya, que batió á las tropas centralistas que la ocupaban, en dos encuentros sucesivos. Estos contrastes

obligaron á Nariño á firmar un tratado con el gobierno de Tunja, en que se convino en la inmediata reunión del congreso, librar á su decisión la cuestión de las agregaciones territoriales de Cundinamarca, y poner sus armas y recursos á disposición del gobierno nacional contra los españoles. Nariño renunció en seguida la presidencia de Cundinamarca, y declaró que, aunque persistía en sus opiniones, no quería ser un obstáculo á la organización nacional.

Cuando todo parecía aquietado, alborotóse de nuevo la movible opinión santafecina, con motivo de esparcirse el rumor de que el gobierno general intentaba dominar militarmente á Cundinamarca. Nariño, que había ejercido su autoridad con gran moderación, y conservaba siempre su popularidad, fué aclamado de nuevo dictador con facultades absolutas (septiembre 11). Poco después, el congreso se instalaba en Leiva, punto intermedio entre Santa Fe y Tunja, con asistencia de once diputados en representación de siete provincias. Camilo Torres, antagonista de Nariño en ideas, y enemigo suyo, fué nombrado presidente y encargado del poder ejecutivo. El primer acto del nuevo gobierno general fué intimar á Nariño que se arreglase al sistema representativo, y ordenarle que entregase quinientos fusiles para la defensa de las provincias del norte, previniéndole á la vez que la villa de Leiva, adscripta á Cundinamarca, había sido declarada territorio federal por el congreso.

Nariño sometió la cuestión á una asamblea extraordinaria de corporaciones y notables padres de familia, de mil quinientas personas, la que resolvió confirmarlo en el poder, que no se obedeciesen las órdenes del congreso y que Cundinamarca no entrase en la confederación. El congreso contestó con una

nueva intimación, emplazándolo para dentro del séptimo día, caso de no obedecer. Nariño replicó haciendo responsable de las consecuencias al congreso. Este lo declaró á su vez «usurpador y tirano de Cundinamarca». En consecuencia, el presidente de la Unión fué autorizado para suprimir el gobierno dictatorial de Santa Fe, y restituir á la provincia su libertad. La guerra civil quedó declarada por una y otra parte. El congreso, que funcionaba en territorio enemigo, se trasladó á Tunja. Nariño, sin perder tiempo, se puso al frente de una columna de 1500 hombres y marchó sobre Tunja. Derrotado completamente por las fuerzas federales, con la pérdida de diez piezas de artillería, replegóse á Bogotá, donde se fortificó. El ejército de la Unión, mandado por Baraya, puso sitio á la ciudad, y se apoderó de algunas posiciones importantes de ella. Nariño ofreció capitular, con la condición de renunciar al mando, reconocer el congreso y poner á su disposición las armas, bajo la garantía de una amnistía general. Baraya desoyó estas moderadas proposiciones, exigió que se rindiera á discreción, entregándose á la clemencia del congreso, y dióle para decidirse el plazo de 24 horas. Ante tan duras condiciones, la opinión de Bogotá reaccionó, y entusiasmada por la actitud serena y resuelta del dictador, se apercibió á una defensa desesperada, á pesar de que sus fuerzas no alcanzaban á la mitad de las sitiadoras.

Baraya, que en el curso de esta campaña mostró ser una nulidad militar, llevó un ataque desordenado á la plaza al frente de tres mil hombres, que fué rechazado, desbandándose el ejército de la Unión, que dejó en poder del vencedor, mil prisioneros, trescientos fusiles y veintisiete cañones. Nariño no abusó de su triunfo. Limitóse á ajustar un convenio, en

que, salvando la autonomía de Cundinamarca bajo su presidencia, estipuló la paz recíproca, sin pactar nada respecto de organización nacional, que era el punto capital (30 de marzo de 1813). Coincidió esto con la llegada del mariscal de campo Francisco Montalvo, natural de la Habana, nombrado virrey en reemplazo de Pérez, que fué desconocido por los pueblos de Nueva Granada como su antecesor. El patriotismo, enervado por la guerra civil, se reanimó. Cundinamarca, que hasta entonces se regía por su constitución republicanomonárquica, anulada de hecho, declaró su independencia absoluta de la España (16 de julio de 1813), imitando el ejemplo dado antes por Cartagena. Antioquía hizo lo mismo. El país enarboló un nuevo pabellón nacional y acuñó su primera moneda en señal de soberanía.

X

En los trabajos ajustados entre Cundinamarca y el congreso, Nariño había prometido reforzar las expediciones que debían marchar en auxilio de las provincias del sur y del norte, amenazadas por los realistas triunfantes en Quito y Venezuela, que ocupaban las fronteras. El estado de la Nueva Granada no podía ser más deplorable. La revolución, tan espontánea y llena de ideas y de bríos, se había mostrado orgánicamente débil, dando por único resultado negativo una absoluta impotencia militar y una desorganización política. No tenía ejército ni gobierno; no se había preparado á la defensa, y ni de armas siquiera se había provisto. Todas sus fuerzas militares se reducían á 300 hombres en Popayán, 500 en Tunja, 300 en Pamplona, 1000 en Cartagena y otros

tantos en Santa Fe, y estas mismas, dispersas, desorganizadas y en guerra entre sí algunas de ellas. Tampoco había aparecido un hombre capaz de dar dirección á los acontecimientos ó impulsar la acción revolucionaria. Lozano, la primera figura que apareció en su escena, con ideas conciliatorias, desapareció por su debilidad de carácter. Torices era un atolondrado de talento. Baraya como soldado ya se ha visto que era una nulidad. Camilo Torres, noble carácter y clara inteligencia, era un hombre aferrado á sus ideas teóricas de federalismo que anteponía á todos los principios. Nariño, el único que por sus cualidades y su influencia pudo haberse hecho el árbitro de la situación contemporizando con la opinión declarada de los pueblos, era la antítesis de Torres en punto á centralismo, y el papel contradictorio que representó, muestra que tampoco era el hombre que reclamaban las circunstancias; empero, era el único hombre, y lo probó como va á verse.

Montes, después de dominar á Quito, dispuso que el general Sámano, á la cabeza de una expedición de 2000 hombres organizada en Pasto, invadiese la Nueva Granada. Popayán fué ocupado por los realistas del sur, y dominado todo el valle del alto Cauca, amenazando ocupar la provincia de Antioquía (agosto 1813). Nariño, que hasta entonces se había mantenido en una inacción egoísta, después de su victoria, movido por un impulso de enérgico patriotismo, se ofreció á marchar en persona contra la invasión del sur con las tropas de Santa Fe, si el gobierno ponía á sus órdenes las de la Unión. El congreso aceptó su oferta y le proporcionó todos los auxilios necesarios al efecto. Nariño, sin innovar nada en el orden de la política nacional, abdicó la dictadura, y delegó el mando constitucional en su tío Manuel Bernardo

Alvarez. Nombrado teniente general de la Unión, se puso en campaña en dirección al sur. Las primeras operaciones fueron felices. Reconquistó el valle de Cauca, su vanguardia batió la columna principal del enemigo mandada por el mismo Sámano, y el 31 de diciembre de 1813 entró en Pópayán. Sámano re-concentró todas sus fuerzas, y se estableció en la hacienda de Calibío, á inmediaciones del Bajo Palacé. El general de la Unión, al frente de 1800 hombres, lo atacó en su posición por tres puntos. Empeñada la acción, y prolongándose por el espacio de tres horas, Nariño mandó á su infantería cargar á la bayoneta, y la victoria se decidió por los independientes. Los realistas dejaron en poder de sus contrarios ochenta prisioneros y ocho piezas de artillería (13 de enero de 1814). Sámano se retiró á Pasto en fuga. Si Nariño hubiese sido un general experimentado con la inspiración de la guerra, y sabido aprovechar su victoria, habría podido dominar fácilmente á Pasto, y probablemente llegar triunfante hasta Quito. Desgraciadamente, se detuvo en Popayán más de dos meses. Este tiempo lo aprovecharon los enemigos para rehacerse.

El general Melchor Aymerich reemplazó á Sámano en el mando, quien reorganizó activamente el ejército, preparándose á contener el avance de los independientes. Cuando Nariño reabrió su campaña al frente de 1400 hombres, tuvo que abrirse paso por entre las guerrillas de Patía, que hostigaban día y noche sus flancos, y cortaron sus comunicaciones de retaguardia. Al llegar al Juanambú, encontró la margen opuesta fortificada en sus principales vados. Este río, que es la formidable barrera que defiende á Pasto por el norte, es un torrente impetuoso que se precipita de la cordillera oriental en rumbo al

occidente, y corre entre inaccesibles rocas escarpadas, arrastrando peñascos enormes. Raras veces da vado, y por lo general, sólo puede ser atravesado en puentes de taravitas. A estas dificultades de la naturaleza agregó el general que las defendía, las del arte. Cerró con trincheras los principales vados y estableció en ellos fuertes baterías, distribuyendo convenientemente sus tropas para cubrir toda la línea. Nariño consiguió plantar una taravita diez y seis kilómetros más abajo del campo atrincherado, en un punto en que el camino era tan acantilado, que sólo 45 hombres pudieron treparlo durante la noche, haciendo escalas con los portafusiles. Descubiertos con las primeras luces del alba, se lanzaron sobre una batería y tomaron un cañón; pero, atacados por fuerzas superiores, perecieron casi todos ellos. Al fin, consiguió forzar uno de los vados bajo la protección de una batería, asaltando la trinchera enemiga artillada, y establecerse con una división en la margen meridional del río. Aymerich acudió con sus reservas al punto atacado y se trabó la pelea. Los independientes fueron rechazados, y repasaron el Juanambú, con 50 heridos, dejando en el campo como 100 muertos y algunos prisioneros. A pesar de esta ventaja, Aymerich resolvió levantar su campo y se replegó hacia Pasto.

El ejército independiente atravesó libremente el Juanambú por medio de taravitas, después de veinte días de demora, y adelantó sus marchas en busca del enemigo. Aymerich, al frente de 1600 hombres, de los cuales 800 fusileros, lo esperaba en una fuerte posición llamada el cerro de las Cebollas ó de Chapamba. Al avistarse ambos ejércitos, los soldados realistas gritaron: «Este no es Calibio». El primer ataque sobre la posición, fué rechazado. El espíritu

de los invasores desmayó, y muchos opinaban por la retirada. Sabiéndolo Nariño, reunió á sus oficiales en junta de guerra, y los persuadió de que el más seguro modo de perderse y de perder el honor, era retirarse. El ataque inmediato quedó decidido. Los independientes se movieron en tres columnas, y protegidos por los fuegos de su artillería que batía la falda del cerro, treparon un tercio de la áspera cuesta. A esta altura, los realistas que estaban cubiertos por un espeso bosque, rompieron un vivo fuego, que los asaltantes recibieron al descubierto. El combate se prolongó por espacio de cuatro horas. Los independientes empezaban á cejar. Dos compañías del Cauca habían vuelto la espalda y huían en desorden. Nariño las contuvo; les enrostró su cobardía, y, espada en mano, las condujo de nuevo al fuego. Reanimados los patriotas con esta valerosa acción de su general, cargaron con ímpetu y arrebataron la posición (8 de mayo de 1814). Esta victoria fué caramente comprada. Los independientes tuvieron más de 100 muertos, mientras que los realistas, que combatían emboscados, sólo perdieron 12 hombres.

Considerándose Aymerich perdido, emprendió su retirada hacia Quito. Los pastusos, resueltos á defender sus hogares, se negaron á seguirle, estimulados por sus mujeres, que, cuchillo en mano, ofrecían sus vestidos femeninos á los cobardes que las abandonasen. Nariño, que pensaba entrar sin resistencia á la ciudad de Pasto, se adelantó con la vanguardia; pero, recibido en los arrabales á vivo fuego, fué rechazado y desecho. Los dispersos llevaron al campamento la noticia de que todo estaba perdido y el general prisionero. Las tropas neogranadinas, poseídas de pánico, clavarón sus cañones y se pusieron en precipitada retirada. De los 1400 soldados que in-

vadieron á Pasto, sólo llegaron 900 hombres á Popayán. Nariño, al regresar fugitivo á su campamento, con sólo trece hombres, se encontró sin ejército. Abandonado por sus últimos compañeros, vagó solo por algunos días en la montaña, alimentándose con frutas silvestres. Desesperado y hambriento, resolvió presentarse á sus enemigos, con el intento de ver si podía negociar un armisticio. Entregado á Aymerich, fué remitido engrillado por segunda vez á España.

XI

Mientras estos graves sucesos ocurrían en el sur, por la parte del norte y del occidente se desarrollaban otros que cambiarían la faz de la revolución, salvando por el momento á la Nueva Granada de una pérdida segura.

Queda explicado (párrafo VI, de este capítulo), cómo terminara á fines de 1813 la primera guerra entre Cartagena y Santa Marta después de la catástrofe de Venezuela. Fué en este momento cuando reapareció Bolívar en la escena revolucionaria, y se diseñaron los primeros perfiles de su gran figura. Emigrado de la patria, después de permanecer algún tiempo en Curaçao, ofreció sus servicios al gobierno de Cartagena. Fué nombrado comandante de armas del distrito de Barrancas sobre el alto Magdalena, y resolvió por sí abrir una campaña contra los samarios que aun ocupaban la banda oriental del río obstruyendo su navegación. Aquí empezó á revelarse el genio emprendedor del futuro libertador sudamericano. A la cabeza de una pequeña columna de milicianos, atacó la villa fortificada de Tenerife y obli-

gó á su guarnición á evacuarla, apoderándose de su artillería y de la flotilla que la sostenía. En seguida reconquistó el importante pueblo de Mompox, en la margen occidental, situado en el punto en que el Cauca se derrama en el Magdalena. Labatut, que como superior de las armas de Cartagena, operaba al mismo tiempo en las bocas del Magdalena contra Santa Marta, según antes se relató, encelado contra este intruso que se permitía triunfar sin órdenes, pidió que fuese sometido á juicio; pero, sostenido por el dictador Torices, y reforzado con alguna tropa reglada y quince embarcaciones armadas en guerra, abrió una nueva campaña, remontando el río con una columna de 500 hombres. Sucesivamente se posesionó de Banco, batió á su guarnición en Chiriguaná, avanzó hasta Tamalaneque y Puerto-Real, y entró triunfante en Ocaña, en medio de las aclamaciones de la población (enero de 1813).

Santa Marta fué tratada por los cartageneros como país conquistado. Exasperados los samarios por la dominación de Cartagena, expulsaron á Labatut que los tiranizaba cruelmente, y en combinación con Río-Hacha, auxiliados desde Maracaibo y Portobelo, alzaron de nuevo el pendón del rey (marzo de 1813). Cartagena volvió á quedar flanqueada por el este y por el oeste. Eran dos cuñas metidas en la confederación neogranadina, que neutralizaban las fuerzas de uno de sus más poderosos estados. El dictador Torices lo comprendió así y preparó una expedición marítima, á cuyo frente se puso personalmente confiando el mando de las tropas de desembarco al coronel francés Luis Fernando Chatillón. La expedición cartagenera fué rechazada y vencida, dejando 400 muertos en el campo de batalla, entre ellos Chatillón, con pérdida de su artillería (11 de mayo de

1813). Torices, con su escuadrilla, se retiró desalentado, y desde entonces se limitó á cubrir la línea del Magdalena á la defensiva. Santa Marta quedó triunfante.

Antes de que este suceso se produjese, los realistas, dueños de Venezuela, que tan eficazmente cooperaron á la restauración de Santa Marta, habían proyectado reconquistar el virreinato de Santa Fe. Con este objeto, aglomeróse un ejército de 2600 hombres en la provincia de Barinas, al mando del capitán de fragata Antonio Tizcar, con una división como de mil hombres, á cargo del coronel Ramón Correa, en los valles de Cúcuta, amenazando á Pamplona, y 700 en el Guasdalito sobre el Arauca con el mismo objetivo sobre el otro flanco á la vez que el del Socorro y Tunga. Estas fuerzas habrían podido reconquistar fácilmente el virreinato de Santa Fe, en el estado de desorganización en que se encontró durante el año de 1812; pero permanecieron en la inacción y en esta actitud se mantenía cuando entró Bolívar en Ocaña. El futuro libertador había llegado al punto en que debía decidirse su destino en los comienzos y al final de su gloriosa carrera, y Santa Marta, como una nube negra en el horizonte, marcaba el sitio de su melancólica muerte.

Hallábase en la provincia limítrofe de Pamplona el coronel de la Unión, Manuel del Castillo Rada, que á la sazón organizaba allí un cuerpo de tropas para oponerse á la invasión con que el coronel realista Correa amenazaba á la Nueva Granada desde los valles de Cúcuta. Este jefe solicitó el auxilio de Bolívar á fin de cooperar á su empresa, y el gobierno de Cartagena le otorgó el permiso, poco antes de la derrota de su expedición contra Santa Marta.

XII

Bolívar concibió entonces el atrevido plan de conquistar á Venezuela, y comunicó su idea al dictador Torices y al presidente de la Unión, Camilo Torres. «La suerte de Nueva Granada, les decía, está íntimamente ligada con la de Venezuela. Si Venezuela continúa en cadenas, Nueva Granada las llevará también. La esclavitud es una gangrena que empieza por una parte, y si no se corta, se comunica al todo y perece el cuerpo entero». Simultáneamente, comisionó á su compañero y amigo, el coronel José Félix Rivas, á fin de persuadir á Torres de la necesidad de su empresa, y para esforzar sus razones, puso desde luego en ejecución una parte de su plan. Con 400 hombres abrió la campaña, llevando los fusiles necesarios para armar un batallón que organizaba Castillo en Pamplona. Sin esperar este refuerzo, atravesó con celeridad el primer ramal de la cordillera oriental, frente á Ocaña, por un camino fragoso; sorprendió la primera gran guardia enemiga de 100 hombres en un desfiladero que, bien defendido, habría detenido su avance; obligó á retirarse á un destacamento de 200 hombres que servía de reserva á la gran guardia, y desparramando la voz de que iba al frente de un poderoso ejército, cayó sobre el coronel Correa, á tiempo que le llegaban dos compañías de infantería del batallón de Pamplona. Bolívar, aunque con fuerzas inferiores, atravesó el caudaloso río Zulia, en una sola canoa, y resolvió atacar al enemigo. El jefe español se encontraba con 800 hombres en San José de Cúcuta. En este punto se trabó el combate. Después de cuatro

horas de fuego sostenido, una impetuosa carga á la bayoneta, ordenada por Bolívar, decidió la victoria á su favor, quedando en su poder toda la artillería española (28 de febrero de 1813). Los independientes quedaron dueños de los valles de Cúcuta, amenazando las provincias de Barinas y Maracaibo. Poco después llegó Castillo con el contingente de Pamplona, y la columna invasora contó con más de 1000 hombres y 1200 fusiles de repuesto.

El pensamiento de Bolívar de reconquistar Venezuela era considerado por todos como una locura, como lo había sido el de San Martín de reconquistar á Chile cuando por la primera vez fué enunciado. Venezuela estaba defendida por un ejército de seis mil hombres, ensoberbecidos con sus recientes triunfos. La Unión neogranadina apenas podía disponer de mil hombres para acometer la empresa. Felizmente, Bolívar encontró su Pueyrredón en Nueva Granada, como el libertador del sur lo encontrara en el Plata, según va á verse. Bolívar había publicado una memoria que produjo profunda sensación en Nueva Granada. En ella expuso por la primera vez el futuro libertador sus ideas políticas y militares, respecto de la organización que debía darse al gobierno republicano para impulsar la revolución y del modo de conducir la guerra de la independencia americana, á la vez que desarrollaba el gran plan de campaña que desde entonces lo ocupaba. Explicando las causas de la caída de la república venezolana, condenaba el republicanismo teórico que la había precipitado. «Los códigos que consultaban nuestros gobernantes, no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del gobierno, sino los que han formado ciertos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo

la perfectibilidad humana. Tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados. Con semejante subversión de principios y de cosas, el orden social se conmovió, y el estado corrió á pasos agigantados á una disolución universal». Pronunciábase absolutamente, como San Martín en el Plata, contra el sistema federal de gobierno: «Bien que sea el más perfecto y el más capaz de proporcionar la felicidad humana en sociedad, es el más opuesto á los intereses de nuestros nacientes estados. No es posible regirse por un gobierno tan complicado en medio de facciones intestinas y de una guerra exterior. Es preciso que el gobierno se identifique al carácter de las circunstancias, de los tiempos y de los hombres que los rodean. Si los tiempos son prósperos y serenos, el gobierno debe ser dulce y protector; si son calamitosos y turbulentos, debe mostrarse terrible y armarse de una firmeza igual á los peligros, sin atender á leyes ni constituciones, ínterin no se restablecen la felicidad y la paz. Mientras no centralicemos nuestros gobiernos americanos, los enemigos obtendrán las más completas ventajas: seremos envueltos en disensiones civiles, y conquistados vilipendiosamente por un puñado de bandidos». Atacaba de frente la propensión revolucionaria de levantar inconsistentes ejércitos populares en vez de ejércitos reglados que diesen nervio á la lucha: «De aquí la oposición decidida, agregaba, á levantar tropas veteranas, disciplinadas y capaces de presentarse en el campo de batalla, á defender la libertad con suceso y gloria. El establecimiento de innumerables cuerpos de milicias indisciplinadas, además de agotar las cajas del erario y destruir la agricultura, alejando á los paisanos de sus hogares, hizo odioso el gobierno que los obligaba

á tomar las armas y abandonar sus familias. Es una verdad militar que sólo ejércitos aguerridos son capaces de sobreponerse á los infaustos sucesos de una campaña». Y, nuevo Scipión, terminaba con un «delenda Carthago»: «La seguridad de Nueva Granada está en la reconquista de Venezuela. A primera vista parecerá este proyecto imposible. Una meditación profunda hace conocer su necesidad. Es un principio del arte de la guerra, que toda guerra defensiva es perjudicial y ruinosa, pues debilita las fuerzas sin esperanzas de indemnización. Las hostilidades en territorio enemigo siempre son provechosas, por el bien que resulta en mal del contrario. No debemos por ningún motivo emplear la defensiva. La naturaleza nos proporciona la ventaja de aproximarnos á Maracaibo por Santa Marta y á Barinas por Cúcuta». Allí estuvo, movido por su idea, á los ochenta días de escrita esta memoria en Cartagena antes de abrir su campaña del Alto Magdalena.

El presidente Camilo Torres había leído con profunda atención la memoria de Bolívar. Espíritu abierto á las grandes cosas, y no obstante que en ella se impugnasen sus ideas radicales sobre el federalismo, comprendió que era la obra de un hombre de pensamiento y de acción, capaz de llevar á cabo grandes empresas. Vistas tan nuevas y reflexiones de tan largo alcance, expuestas en lenguaje tan viril como brillante, que hablaba al instinto, á la razón y al corazón, conquistaron el presidente de la Unión al atrevido plan de Bolívar. Cuando Rivas llegó á Tunja, ya el presidente estaba persuadido. Las recientes ventajas alcanzadas en la invasión parcial de Cúcuta, lo acabaron de decidir. La reconquista de Venezuela quedó resuelta.

CAPITULO XXXVIII

Reconquista de Venezuela.—Guerra á muerte. Primeras grandes campañas de Bolívar.

1813

Retrospecto venezolano.—Terrorismo de Monteverde.—El golfo Triste y el islote de Cachacachare.—Insurrección de Cumaná.—Aparición de Santiago Mariño, Piar y Bermúdez.—Atrocidades de Cerveris.—Combates de Maturín.—Derrota de Monteverde.—Aparición de Arismendi.—Sublevación de la isla Margarita.—Sitio y toma de Cumaná.—La guerra á muerte ley del vencedor.—Reconquista del oriente de Venezuela por los independientes.—Invasión de Bolívar por el occidente.—Antecedentes sobre la guerra á muerte.—Nueva Granada decide la reconquista de Venezuela.—Combate de la Grita.—Desavenencias de Bolívar y Castillo.—Distribución del ejército realista de Venezuela.—Bolívar reconquista las provincias de Mérida y Trujillo.—Combate de Carache.—Bolívar declara la guerra á muerte.—Juicio sobre ella.—Continúa la campaña de Venezuela bajo su responsabilidad.—Atrevida marcha estratégica de Bolívar.—Batalla decisiva de Naquitao.—Disolución del ejército de Tizcar.—Ocupación de Barinas.—Batallas de los Horcones y de Taguanes.—Fuga de Monteverde.—Resultados de la campaña.—Juicio universal sobre ella.—Entrada triunfal de Bolívar en Caracas.—Dictadura de Bolívar.—Los dos dictadores de Venezuela.—Primer sitio de Puerto-Cabello.—Batallas de Bárbula y de las Trincheras.—El corazón

de Girardort.—Bolívar declarado libertador.—La orden de los libertadores.—Sublevación realista de los Llanos.—Aparición de Boves y Morales.—El realista Yáñez.—Ocupación de los Llanos por los realistas.—Aparición de Campo-Elias.—Batalla del Mosquitero.—Combates de Bobare, Yaritagua y Barquisimeto.—Ataques de Vigirimá.—Batalla de Araure.—Asedio de Puerto-Cabello.—Reacción de Boves y Yáñez.—Sublevación en masa del país contra la república.—Efectos de la guerra á muerte.

I

Habíamos dejado pendiente la crónica de la revolución venezolana, en el momento de la primera restauración realista por Monteverde, después de la capitulación de Miranda en San Mateo. Llegamos ahora al punto en que la insurrección independiente vuelve á aparecer por el oriente de Venezuela, y Bolívar va á emprender su reconquista por el occidente. Para ligar estos sucesos con los anteriores y dar su significación á los personajes que sucesivamente irán apareciendo en la escena histórica, se hace necesario volver á tomar el hilo de la narración en el punto en que la dejamos.

Arbitro absoluto Monteverde de Venezuela después de la capitulación de San Mateo, y nombrado posteriormente capitán general con el título de «pacificador» dió comienzo á su obra de pacificación «con actos que hacen erizar los cabellos—según las palabras de un historiador imparcial—y de que hasta los más calurosos partidarios de la España apartan los ojos estremecidos de horror». Queda ya relatado cómo violó la capitulación, y cómo inició su sistema de terrorismo brutal, con prisiones en masa, confiscaciones, vejámenes, y rapiñas, á punto de fal-

tar cárceles para contener los presos y morir algunos de ellos de hambre y de sofocación en inmundas crujías. El fiscal de la audiencia real de Caracas, decía con este motivo: «En el país de los cafres no pueden ser tratados los hombres con más desprecio y vilipendio». En las provincias el terrorismo asumió formas más bárbaras hasta degenerar en un bandolerismo desenfrenado. Al principio, las persecuciones se redujeron como en la capital, á prisión, saqueo, secuestro, azotes y algunos asesinatos aislados. Nombrado procónsul en la provincia de Cumaná el coronel Francisco Cerveris, uno de los seides de Monteverde, hizo gemir bajo su férula á los habitantes, con un lujo de insolencia que lo hacía más odioso. No satisfecho con esto, propuso á su jefe un plan de gobierno militar con suspensión de la constitución y disolución de los tribunales para pasar por las armas á todos los rebeldes, protestando que por su parte lo ponía en práctica. Tan inhumano fué, que reemplazado en el gobierno por Antoñanzas, el perpetrador de la matanza de San Juan de los Morros, fué considerado éste como un alivio al compararlo con su antecesor. La Real Audiencia de Venezuela, escandalizada por estos excesos, reclamó en vano, y abrió causa criminal á Cerveris, elevando su queja al gobierno de España con condenación de estos procedimientos inicuos, que calificó de «imprudentes é injustos». Y esto no era sino el prelude de la guerra atroz que iba á abrirse por una y otra parte, provocada por la de los realistas, con asesinatos, incendios, mutilaciones y tormentos espantosos, de que ni las tribus salvajes presentan ejemplo.

Esto sucedía cuando los desgraciados habitantes de Venezuela, quebrados por la derrota, herida su

imaginación por las calamidades públicas y los trastornos de la naturaleza, estaban dispuestos á recibir de nuevo la dominación colonial como un descanso. Una política mansa los habría mantenido en paz, deteniendo por algún tiempo al menos el curso de la revolución. El terrorismo de la reacción hizo huir de las almas los pavores supersticiosos que las amedrentaban, y convirtió en fuerza real lo que era una debilidad moral. Las poblaciones se escondieron en los bosques y en las montañas, huyendo de sus verdugos. Los patriotas comprometidos y perseguidos, emigraron. La miseria, la desesperación, el odio á la tiranía y el sentimiento de la venganza, encendieron la rabia hasta en los indiferentes y los tímidos. Todos comprendieron por el exceso del dolor, que eran preferibles los sacrificios por la independencia al sufrimiento de todos los instantes bajo los golpes de un despotismo sin caridad siquiera, que ni el descanso les proporcionaba. La insurrección latente estalló en los corazones, provocada por el desenfreno de la reacción. Un puñado de proscriptos dió la primera señal desde un peñasco de las Antillas, y todo el oriente del país volvió á reunirse bajo la bandera revolucionaria.

II

Es famoso en la historia del Nuevo Mundo, el golfo conocido con la denominación de Triste, descubierto por Colón en su tercer viaje, cuando tocó sin saberlo el continente prometido que buscaba. En su canal de entrada, situado entre la extremidad oriental de la península de Paria y la isla de La Tri-

nidad, se levanta un islote que lleva el nombre de Chacachacare. Allí se refugiaron los proscriptos de Cucumá, huyendo de las persecuciones de Cerveris. Reunidos en número de 45 hombres, resolvieron renovar la guerra, invadiendo la costa de Cumaná, y levantar de nuevo el país contra la restauración española. Púsose á su cabeza un joven gallardo, natural de Margarita, llamado Santiago Mariño, acaudalado propietario, inclinado á la ostentación, poseído de una ambición inquieta que lo extraviaría en su camino. Formaban su estado mayor: el mulato Manuel Piar, nativo de Curaçao, hermoso de presencia, de temple heroico y de pasiones ardientes, destinado á una gloriosa y trágica carrera; los dos hermanos José Francisco y Bernardo Bermúdez, valerosos ambos pero tan violento y brutal el uno, como era el otro juicioso y reposado; y el ingeniero venezolano José Francisco Azcue.

Los proscriptos, sin más armas que seis fusiles y pistolas de bolsillo, con unas pocas municiones adquiridas en La Trinidad, tomaron tierra en la punta de Paria, y sorprendieron un destacamento que vigilaba la costa, apoderándose de 23 fusiles. Sin dar tiempo para volver de su asombro á los realistas que ocupaban la península, se dirigieron resueltamente sobre la inmediata villa fortificada de Güiría. La guarnición, compuesta de 300 hombres naturales del país, se pasó en masa á los expedicionarios, quienes dueños de nueve cañones y cantidad de fusiles, pudieron organizar una columna de 200 hombres bien armados (13 á 16 de marzo de 1813). Bernardo Bermúdez se internó con una partida de 75 hombres, y ocupó el pueblo de Maturín, punto importante por su inmediación al Orinoco y su comunicación con los llanos, sobre el río navegable del

Guarapiche, donde existía un considerable depósito de pertrechos de guerra. José Francisco Bermúdez se fortificó en Irapa, en el fondo de la península sobre el golfo, donde Mariño estableció su cuartel general esperando ser allí atacado.

El golfo estaba dominado por una escuadrilla realista, y Cerveris disponía de 400 hombres, pero tan cruel como cobarde, permaneció á la distancia en observación, en un punto medio entre Cumaná, Barcelona y Maturín. Reforzado con 300 hombres mandados por el vizcaíno Antonio Zuazola, en vez de abrir hostilidades contra los invasores de la península en combinación con su escuadrilla, le ordenó que se dirigiese sobre Maturín. Zuazola, monstruo destinado á adquirir siniestra celebridad, desde su salida de Cumaná empezó á señalar su camino, incendiando las habitaciones y las cosechas, y matando y mutilando bárbaramente á los pacíficos habitantes de la comarca. Los expedicionarios de Maturín habían desprendido algunas partidas volantes para proporcionarse elementos de movilidad en los llanos y sublevar el interior del país. Reconcentradas en Magüeyes primero, y en Aragua después, resolvieron esperar á Zuazola, y fueron fácilmente derrotadas. Todos los vencidos fueron pasados á cuchillo. El vencedor remitió á Cumaná como trofeos de su victoria, varios cajones llenos de orejas cortadas á los vivos y á los muertos, que los realistas de la ciudad clavaron en sus puertas, y se asegura que adornaron con ellas sus sombreros á manera de escarapelas. En seguida, Zuazola, y su segundo, José Tomás Boves, el compañero de Antoñanzas en las matanzas de Barinas, publicaron bandos ofreciendo garantías á los que habían huído espantados á los bosques. Los que se presentaron—hombres, mujeres, ancianos

y niños—fueron todos ó asesinados fríamente, ó mutilados, ó atormentados bárbaramente. Algunos fueron desollados vivos. A unos les cortaron las orejas y la nariz, ó les desollaron la planta de los pies, ó los desjarretaron como bestias de carnicería; otros fueron degollados, ó cosidos de dos en dos, con tiras de cuero fresco espalda con espalda, y arrojados en seguida á una laguna putrefacta por la descomposición de los cadáveres. Sucedió que un niño de 12 años, se presentó ofreciendo su vida para salvar la vida de su padre, único sostén de una numerosa familia pobre. Zuazola hizo degollar á los dos, y al hijo primero que al padre!

Reunido el gobernador de Barcelona, coronel Lorenzo Fernández de la Hoz, á la fuerza del bárbaro Zuazola, atacó á los patriotas en Maturín al frente de una columna de 1500 hombres. Piar mandaba la plaza en ausencia de Bernardo Bermúdez, asistido por el ingeniero Azcue. Sólo contaba con 500 hombres para la defensa. Después de 24 horas de resistencia, hubo de emprender la retirada. Pero antes de ceder el terreno llevó un ataque de caballería á la brusca, consiguiendo desordenar completamente al enemigo (marzo 20). Rehecho y reforzado Fernández de la Hoz, atacó de nuevo á Piar con 1600 hombres, y fué otra vez batido completamente, replegándose en derrota sobre sus reservas (abril de 1813). Los patriotas, preponderantes, aunque todavía con cortas fuerzas, amenazaban á Cumaná, Barcelona y la Guayana. La expedición de Mariño, que al principio se consideró una calaverada por los realistas, alarmó seriamente á Monteverde, que por ese tiempo se ocupaba en preparar la invasión á Nueva Granada. Sus aduladores le habían hecho creer que era un gran guerrero y, lleno de vanidad, reunió un ejér-

cito de 2000 hombres, y se puso en marcha sobre Maturín, intimando rendición en término de seis horas, pasadas las cuales «entregaría la población al furor de sus soldados». Piar, al frente de 150 infantes, 300 hombres de caballería y dos piezas de artillería, contestó que se defendería hasta la muerte en honor de la libertad. Emprendido el ataque de la posición, las tropas de Monteverde se desordenaron bajo los fuegos certeros de la infantería y artillería de la plaza. Una carga de caballería por el flanco, llevada por Piar en persona, completó la derrota. Monteverde escapó «de milagro»—según propia confesión oficial—dejando en el campo más de 400 muertos, su artillería, armamento, municiones, bagajes y hasta la caja militar (mayo 25). La defensa del territorio invadido, quedó confiada al mariscal Cajigal, que limitó sus operaciones á la más estricta defensiva en Barcelona. Los proscriptos, triunfantes, tomaron la ofensiva y convergieron sobre Cumaná.

III

La isla de Margarita, frente á la extremidad de la península de Araya, que ocupa al norte casi la misma posición que La Trinidad frente á la de Paria, al sur, efectuó su levantamiento por este mismo tiempo, exasperada por la tiranía de los mandones españoles y estimulado su patriotismo por los sucesos de Cumaná. Esta isla, hasta entonces obscura, con una escasa población en una superficie de 300 kilómetros cuadrados, estaba destinada á representar un gran papel en la historia de la lucha por la independencia. Separada del continente por un brazo de mar

como de 50 kilómetros, á la altura del golfo de Cariaco, que es al norte la repitición del golfo Triste al sur—y dentro del cual está Cumaná, su dominio era de la mayor importancia para los expedicionarios de tierra firme, así por su posición como punto de ataque y de retirada en comunicación con el exterior, cuanto por la índole de sus habitantes, que avezados á los trabajos de la mar, podían cooperar á la insurrección con elementos navales, combinando operaciones á lo largo de las costas. Esta isla está dividida en dos partes por una montaña, que la corta en dos valles, uno al sur, y otro al norte, que sólo comunican por un estrecho desfiladero fácil de defender. El principal puerto de la parte meridional, está defendido por el castillo de Pampatar, y en el centro, su capital, La Asunción, dominada por la fortaleza de Santa Rosa. La parte norte lleva el nombre de Juan Griego, con un buen puerto sobre el Mar Caribe, tenía una casa fuerte para su defensa. Esta descripción necesaria para la inteligencia de los memorables sucesos de que fué teatro la Margarita, hará comprender la importancia de su posesión, así para los independientes como para los realistas.

Mandaba por entonces en Margarita en calidad de gobernador el coronel Pascual Martínez, un tiranuelo de la ralea de Cerveris, que había implantado allí el mismo sistema terrorista de prisiones, azotes, secuestros, destierros y muerte sin forma alguna de juicio y con lujo de vilipendios. La audiencia había reprobado sus tropelías, y mandado poner en libertad á los perseguidos por él. Enfurecido, declaró que fusilaría á los reos absueltos por la audiencia que se atrevieran á pisar su territorio. Entre sus víctimas, contábase un hombre de sangre mezclada,

pescador en su origen y á la sazón uno de los principales propietarios de la isla, considerado por los isleños como su caudillo natural. Era el tipo grosero pero enérgico del héroe popular, de valor estoico y ferocidad nativa, con rasgos de generosidad, en quien las vehementes pasiones de su indómito carácter, se combinaban con una astucia fría y una ambición aventurera. Llamábase Juan Bautista Arismendi. Perseguido al tiempo de la restauración, habíase ocultado. El gobernador hizo prender á su mujer y á sus hijos, y amenazó fusilarlos si no declaraban su paradero. Arismendi se presentó. Sus bienes fueron secuestrados, su familia quedó en la miseria, y él fué enviado preso á la Guayra. Arismendi juró vengarse. Amnistiado, y de regreso á la tierra natal, fué nuevamente encerrado en un calabozo. Los margariteños se sublevaron en masa. Martínez tuvo que encerrarse con la guarnición en el castillo de Pampata, donde fué sitiado y rendido. Nombrado Arismendi gobernador de la isla, cumplió su terrible juramento: el gobernador Martínez y 29 españoles que cayeron con él prisioneros, fueron pasados por las armas. La guerra á muerte por una y otra parte, empezaba á ser la ley del vencedor.

Inmediatamente se puso en comunicación Arismendi con los expedicionarios de tierra firme, y les ofreció todos los recursos de la isla para cooperar á su empresa. Mariño que había tomado la ofensiva resueltamente, y sitiaba á la sazón la plaza de Cumaná, le pidió una escuadrilla para dominar el golfo de Cariaco y bloquear el puerto. Arismendi, con gran actividad, y con la influencia que tenía entre la gente de mar, consiguió armar en breve tiempo tres goletas y once embarcaciones menores, que al mando del italiano José Bianchi envió á Cumaná, juntamen-

te con un cargamento de armas y municiones que puso á disposición del jefe de la insurrección de oriente. La plaza de Cumaná quedó de este modo sitiada por tierra y bloqueada por mar.

IV

Después de la derrota de Monteverde en Maturín, los expedicionarios con el prestigio de la victoria, considerablemente engrosados y bien armados, convergieron, según queda dicho, sobre Cumaná. Los realistas, á órdenes del gobernador Antoñanzas, desmoralizados y sucesivamente quebrados en diez pequeños combates, se encerraron en número de 800 hombres en la capital de la provincia, bien fortificada y artillada con 40 cañones. Mariño estableció el asedio y lo estrechó progresivamente formando una línea de circunvalación como de 15 kilómetros. Empero, el sitio se habría prolongado indefinidamente, desde que los sitiados tenían libres sus comunicaciones por la parte de la marina. El oportuno y eficaz auxilio naval de los margariteños, hizo escasear los víveres en la plaza, y los sitiados desmayaron. Intimidada la rendición á Antoñanzas, contestó con una baladronada; pero amilanado, no pensó ya sino en la fuga. Al efecto hizo embarcar á bordo de la escuadrilla que tenía en el golfo, cuanto pudo, con el pretexto de ir en busca de auxilios, pero en realidad para salvarse, aprovechando de algún descuido de la flotilla bloqueadora (31 de julio). Dejó encomendado el mando del punto á su segundo, quien, considerándose perdido, hizo otro tanto en las embarcaciones que aun había en el puerto, mientras negociaba una capitulación con los sitiadores á la vez que clavaba la

artillería, y se reunió á Antoñanzas, que no había podido burlar la vigilancia de Bianchi. En tal situación, resolvieron á todo trance aprovechar una ventolina y salir á la mar con ocho velas. Atacados á la salida por la flotilla margariteña, fueron apresados cinco de los buques españoles, salvando sólo tres, y uno de ellos con Antoñanzas, herido en el combate, de cuyas resultas murió poco después en Curaçao.

Dueños los expedicionarios de Cumaná, marcharon sobre Cerveris, quien se replegó intimidado; pero antes de hacerlo, mandó fusilar al comandante Bernardo Bermúdez, que había caído prisionero en su poder, el que habiendo salvado moribundo de la ejecución, fué ultimado por su orden en el hospital. Piar, con una fuerte columna se apoderó de Barcelona. Cajigal, que la defendía, noticioso de que Bolívar invadía por el occidente, se retiró por tierra á la Guayana (agosto de 1813). Al pasar el Orinoco, Boves, y un canario llamado Francisco Tomás Morales, destinado á la celebridad, que lo acompañaban, pidieron quedarse en los llanos, para hostilizar á los rebeldes. Dióles el general español 100 hombres y algunos recursos. Este fué después el núcleo de un ejército formidable que debía hacer desaparecer por segunda vez la República de Venezuela.

José Francisco Bermúdez, al frente de otra columna, ocupó Curiaco, Carúpano y Río Caribe sobre la costa de Paria. Poseído de la furia de la venganza por la muerte de su hermano, pasó á cuchillo á cuantos realistas cayeron en sus manos, como lo había jurado, adquiriendo desde entonces la fama de cruel y sanguinario á la par de valiente. Antes, al tiempo de ocupar la plaza de Cumaná los vencedores, estimulados por él, habían hecho pasar por

las armas 25 prisioneros de los más señalados en represalia de los sufrimientos que habían hecho experimentar á los patriotas. La guerra á muerte tomaba así el carácter de una guerra de exterminio sin misericordia.

De este modo fué conquistado por los independentes, en menos de ocho meses, todo el oriente de Venezuela. Mariño fué reconocido como jefe supremo y dictador de las provincias orientales de Cumaná, Barcelona y Margarita, y Piar por su segundo. Al mismo tiempo (agosto de 1813), Bolívar entraba triunfante en Caracas y era aclamado dictador en el occidente, después de libertar las provincias centrales de Mérida, Trujillo, Barinas y Caracas, en una de las campañas más extraordinarias de la época, que puede, hasta cierto punto, parangonarse bajo algunos aspectos con la primera campaña de Bonaparte en Italia.

V

Al finalizar el anterior capítulo, dejamos á Bolívar, en los valles de Cúcuta, al frente de 1000 hombres, triunfante de la división realista del coronel Correa que los ocupaba, y reunido á las fuerzas de Pamplona mandadas por Castillo. En esta posición, tomaba por la espalda á Santa Marta, por el flanco á Maracaibo y Coro, y amenazaba de frente las provincias de Mérida y Trujillo, manteniendo en jaque á la de Barinas (marzo de 1813). Ocupábase la autorización correspondiente para invadir y llevar adelante la empresa de libertar á su patria, cuando se le presentó un joven venezolano, abogado y coro-

nel, que había sido miembro del congreso de Caracas. Era un hombre instruido y de talento, pero de una exaltación patriótica que rayaba en el frenesí. Enfurecido por los excesos de Monteverde y sus seguidores, había publicado en Cartagena un plan de exterminio de la raza española, que firmaron con él algunos proscriptos y varios aventureros extranjeros. Consistía en la organización de un cuerpo juramentado de exterminadores «con el principal fin de destruir en Venezuela la raza maldita de los españoles europeos y los isleños canarios, de manera que no quedase uno solo vivo», y adjudicarse la mitad de sus bienes, ofreciendo grados y premios á «los que presentasen de veinte cabezas de españoles para arriba». Bolívar y Castillo prestaron su aprobación á este plan, con la única salvedad de «matar por el momento á los que se tomasen con las armas en la mano», y someter á la aprobación del gobierno de la Unión lo relativo á la distribución de cáudales y cabezas cortadas. Briceño, con esta credencial de sangre, abrió de su cuenta campaña sobre los llanos de Casanare, con una gavilla de ciento cincuenta juramentados. Pocos días después, Bolívar y Castillo recibían una carta, cuyas primeras líneas estaban escritas con sangre, y las cabezas de dos españoles como primeros trofeos de guerra á muerte por ellos sancionada. Ambos rechazaron con indignación el horrible presente, sobre todo Castillo, que repudió enérgicamente toda solidaridad con el hecho. Derrotado Briceño por fuerzas superiores y tomado prisionero, fué juzgado por un consejo de guerra y fusilado en Barinas conforme á la ley de guerra. Este antecedente de la guerra á muerte que iba á abrirse, tiene su importancia histórica, porque precisamente la ejecución de Briceño fué una de las causales que dió

Bolívar para declararla después, cuando aun no había tenido lugar.

En el intervalo de este sangriento episodio, se habían formalizado los convenios para la reconquista de Venezuela entre el gobierno de la Unión y Bolívar. La República de Venezuela sería restaurada bajo los auspicios de la Nueva Granada en su primitiva forma federal, y sus antiguas autoridades repuestas. El ejército neogranadino, conservaría simplemente el carácter de libertador, sin inmiscuirse en el orden interno. La República de Venezuela restablecida, pagaría los gastos de la expedición. Tales fueron las condiciones que suscribió Bolívar, y que juró cumplir fielmente.

Resuelta la invasión, Bolívar ordenó á Castillo avanzar con 800 hombres sobre Correa, fortificado con otros tantos en la angostura de La Grita. El jefe patriota atacó resueltamente la posición enemiga, flanqueándola, y después de un reñido combate obligó á sus sostenedores á retirarse en derrota hacia Trujillo, con abandono de su artillería desmontada, y á recostarse á Maracaibo. Envanecido Castillo con su victoria y celoso de su jefe, pretendió cruzar los planes de éste, representando al gobierno federal que la expedición tendría un mal éxito del modo que la llevaba. Retiróse luego con parte de sus tropas, y presentó su renuncia en la creencia tal vez de que sería preferido como neogranadino. El presidente Camilo Torres no vaciló. Optó por Bolívar, y con el grado de brigadier le confirió facultad para libertar las provincias venezolanas de Mérida y Trujillo, con la prevención de no pasar más adelante y esperar las instrucciones que le llevaría una comisión del congreso, la que representaría el papel

de los convencionales militares en los ejércitos de la revolución francesa.

Las fuerzas con que contaba Bolívar para acometer su ardua empresa, muy disminuidas por la separación de Castillo, constaban de dos batallones en cuadro (como 100 hombres cada uno), otro casi completo y un piquete de artilleros, sumando un efectivo total que apenas alcanzaba á 600 soldados. Todo su material se reducía á 5 obuses y 4 piezas de campaña, 1400 fusiles de repuesto y 140.000 cartuchos. Las fuerzas que tenía que vencer alcanzaban á cerca de seis mil hombres, distribuidos de tal manera que cualquiera de las divisiones enemigas podía batirlo con doble número. Sobre el litoral y en el valle de las vertientes occidentales de la cordillera en que operaba, aun le hacía frente Correa con los restos de su división, cubriendo á Maracaibo, donde mandaba Miyares, que contaba con una fuerte guarnición, sostenido por los partidarios armados de la comarca y en comunicación con Santa Marta. Otra división de 400 hombres ocupaba Trujillo. Coro estaba defendido por un cuerpo de tropas regladas de 400 hombres, al mando del inteligente general Ceballos. Una columna de 900 hombres situada en Barquisimeto, cubría á Coro y protegía á Valencia en el fondo del valle. En las vertientes orientales de la sierra y en los llanos centrales, estaba Tizcar, con un cuerpo de ejército como de 1300 hombres, dominando la provincia de Barinas, sostenido por una columna de observación de 900 hombres al mando del canario José Yáñez en los llanos de Casanare. En San Carlos protegía á Tizcar, y cubría á la vez á Valencia y Caracas,—que contaba con fuertes guarniciones,—otra columna de 1200 hombres. A retaguardia de todo, estaba Monteverde con la reserva que no bajaba de

700 hombres, con el apoyo de la plaza fuerte de Puerto Cabello. Empero, tres meses después, el centro de Venezuela estaba reconquistado, como ya lo estaba el oriente, y Bolívar entraba triunfante en Caracas.

VI

La primera marcha invasora de Bolívar por las vertientes occidentales de la cordillera oriental, que cruza el territorio de Venezuela, fué una serie de relámpagos, que terminó con un rayo. Apoderóse sin resistencia de Mérida, que le ofreció el contingente de un batallón de 500 plazas y un escuadrón de caballería (30 de mayo). Adelantó la vanguardia, fuerte de 500 hombres, á órdenes del comandante Atanasio Girardot, gallardo oficial neogranadino que se había distinguido en las primeras campañas de la revolución, y ocupó Trujillo. Desprendió con un grueso destacamento al comandante Luciano D'Eluyar, otro valeroso oficial granadino de la escuela de Girardot, y obligó á Correa que se había atrinchado en Ponemesa, á refugiarse en Maracaibo. Una gruesa división enemiga de 400 infantes y 50 jinetes, que defendía Trujillo al mando del marino español Manuel Cañas, se replegó á Carache, pueblo decidido por la causa del rey. Girardot con su vanguardia la atacó y la dispersó en una hora de combate, tomándole 70 prisioneros y un cañón (19 de junio). Los prisioneros españoles fueron pásados por las armas, y el pueblo de Carache declarado «infame» en una proclama del general en jefe. En cincuenta días, las provincias de Mérida y Trujillo fueron barridas de enemigos, cuyo número representaba el doble de

los primitivos invasores. Desde este momento, el general expedicionario asumió una actitud independiente como representante de la soberanía de la República de Venezuela y se investió de hecho del carácter de dictador. En contravención de las órdenes expresas del gobierno de que dependía y contrariando la política bélica de la república cuyas armas comandaba, fulminó por sí una ley de exterminio que comprendía á los beligerantes y á la población en masa del país invadido, á que dió el carácter de ley fundamental, como él mismo la calificó.

La aprobación dada por Bolívar, aunque condicionalmente, al plan de exterminio de Briceño, y las proclamas con que abriera su campaña, indicaba que iba poseído del delirio de la venganza, á consecuencia de las atrocidades cometidas por Monteverde y sus seides. Al ocupar á Mérida había dicho: «Las víctimas serán vengadas; los verdugos serán exterminados. Nuestros opresores nos fuerzan á una guerra mortal. Ellos desaparecerán de la América. Nuestra tierra será purgada de los monstruos que la infestan. Nuestro odio será implacable y la guerra será á muerte». En Trujillo, la declaró solemnemente por medio de un tremendo decreto-proclama, con el acuerdo de una junta de guerra que le prestó su aprobación unánime. El documento en que se promulgó es célebre en los anales sangrientos de la humanidad. «La justicia, dice en su proclama, exige la vindicta y la necesidad nos obliga á tomarla». Y disponía en consecuencia: «Todo español que no conspire contra la tiranía en favor de la justa causa, por los medios más activos y eficaces, será tenido por enemigo, castigado como traidor á la patria, y en consecuencia será irremisiblemente pasado por las armas.» La sentencia de muerte terminaba con

estas amenazadoras palabras, que han tenido la sanción de la sangre: «Españoles y canarios: contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en favor de la libertad de Venezuela. Americanos: contad con la vida, aun cuando seáis culpables». Desde entonces fechó sus bandos dictatoriales abriendo una nueva era en los anales americanos: «Año III de la independenciam y primero de la guerra á muerte».

La guerra á muerte declarada por Bolívar en Trujillo y ejecutada al pie de la letra como el terrorismo de la revolución francesa, ha sido contradictoriamente juzgada, bajo diversos aspectos. Preconizada como acto de fortaleza, explicada por la necesidad como cálculo de fría prudencia, justificada como medio de hostilidad, excusada por las perturbaciones morales de la época, nadie, con excepción de los españoles, la ha condenado en absoluto como acto de ferocidad personal, que no estaba en la naturaleza elevada y magnánima aunque soberbia del dictador. En medio de tan contradictorios juicios, inconsistentes unos y sofísticos otros, sólo dos hombres la han condenado francamente. Uno de ellos, es el mismo Bolívar. En sus últimos años, aleccionado por la experiencia, y después de haber defendido apasionadamente la guerra á muerte ante sus contemporáneos, confesó: que fué un «delirio», y un delirio estéril, pues que sin la guerra á muerte habría triunfado también; pudiendo agregar que hubiera triunfado mejor. Es que la guerra á muerte estaba en el corazón de los combatientes enconados en la lucha, y el dictador, impregnado de las pasiones de su tiempo y de su medio, y con sus instintos de criollo americano, no fué sino su vehículo; pero al recibir la impresión de su alma fuerte y tomar

forma definida bajo su pluma impetuosa, se magnificó trágicamente, y él la exageró como todo lo que caía en su cerebro, en que la imaginación predominaba. El otro que la ha condenado, y sin remisión, es un escritor venezolano, admirador de su genio, que apoyándose en la misma confesión, la estigmatiza ante la moral y la justicia, ante la conveniencia y la necesidad; sienta al Libertador en el banco de los acusados en nombre de su propia posteridad, y calificándola de «crimen» condensa su severo fallo en esta conclusión: «La guerra á muerte, ó llámese el «Terror» de los años 13 y 14, lejos de ser un medio de victoria, fué un obstáculo para conseguirla. Creó á la república millares de enemigos en lo interior y le arrebató las simpatías exteriores. Fué la rabia de una tempestad. Es una mancha de lodo y sangre en nuestra historia».

VII

La guerra á muerte no fué inventada por Bolívar. Desde los primeros días de la revolución, las provincias del Río de la Plata proclamaron la doctrina terrorista, de que eran reos de rebelión, sin remisión, los que encabezaran resistencias contra sus armas, y en nombre de ella, perecieron en un patíbulo el ex virrey Liniers y sus compañeros civiles y militares, del mismo modo que los generales y funcionarios españoles del Alto Perú que cayeron prisioneros. Chile siguió el ejemplo, proclamando la misma doctrina revolucionaria, y la ejecutó en el coronel Figueroa. Los españoles á su vez, hicieron la guerra á muerte en Méjico, en el Alto y Bajo Perú, tratando como á rebeldes, según sus leyes, á

los que levántaran armas contra el rey. Montes la practicó en Quito, aunque no sistemáticamente como se ha visto. La Nueva Granada fué una excepción, al reprobar los excesos de sus jefes en las primeras campañas de su revolución, como reprobó el plan de exterminio de Briceño, ordenando á Bolívar ajustarse á las instrucciones que le prescribían la observancia de las leyes regulares de la guerra.

En Venezuela, la lucha no tomó un carácter feroz hasta tanto que los elementos indígenas no entraron á intervenir en ella, asumiendo el carácter de contienda intestina. Y debe decirse, en honor de la verdad histórica, que la iniciativa de la guerra á muerte en nombre de la doctrina revolucionaria proclamada en el Plata, en Chile y el Alto Perú, corresponde á los patriotas en Venezuela y no á los realistas. Los jefes españoles Miyares, Ceballos y Cajigal, que encabezaron la reacción, hicieron la guerra con humanidad, reprimiendo ó condenando los excesos de sus subordinados, y el comisionado de la regencia Cortabarría ejerció su alta representación con prudencia. Verdad es que la regencia, en el hecho de declarar rebeldes á los insurrectos de Venezuela, los condenaba de derecho á muerte como tales, con arreglo á las leyes de Indias, pero ni las aplicó ni las invocó siquiera. Fueron, por otra parte, los patriotas de Venezuela los primeros que declararon rebelde á la provincia de Coro por no reconocer la supremacía de la junta revolucionaria de la capital, como fueron ellos los primeros en dar el ejemplo de ejecuciones sangrientas y exposición de cabezas cortadas, según se dijo y comprobó antes. Hasta que apareció Monteverde en la escena, después del terremoto, y puso á saco el pueblo de Carora (marzo de 1812), las tropas españolas no habían

cometido ningún exceso. Las horribles matanzas de San Juan de los Morros, Calabozo y Villa del Cura, fueron la obra personal de Antoñanzas y Boves acaudillando á las llaneros venezolanos, y no se erigieron en sistema. Después de la capitulación de San Mateo, el terrorismo del mismo Monteverde en Caracas, no fué sangriento, limitándose á vejámenes oprobiosos, á prisiones crueles y secuestros, y alguno que otro asesinato aislado. Las violencias de Cerveris y las atrocidades de Zuazola, fueron resistidas por el gobernador español Emeterio Urueña, que amparó á los perseguidos en Guayana y Cumaná; condenadas por el tribunal de la Real Audiencia en nombre de la ley común, y protestaron enérgicamente contra ellas con su voz autorizada los realistas más señalados, como Urquiniona, Montenegro, Costa Gali y los generales Miyares y Cajigal, haciendo escuchar las quejas de Miranda desde el fondo de su calabozo. Además, esas atrocidades fueron vengadas por Arismendi en Margarita, por Mariño en Cumaná y por Bermúdez en Paria, y la cuenta corriente de sangre estaba saldada en el oriente de Venezuela.

Cuando Bolívar, después de invadir á Venezuela por el occidente, declaró en Trujillo la guerra á muerte á los españoles, por razón de raza y no como beligerantes, comprendiendo hasta á los indiferentes, no había corrido más sangre que la de los combates, ningún exceso bélico había sido cometido por los realistas durante esa campaña en el teatro de sus operaciones. Faltaba, pues, la razón de hecho, aun para decretar la represalia. La primera transgresión á las leyes de la guerra y de la humanidad, fué cometida por los patriotas acaudillados por Briceño, que iniciaron la invasión cortando las

cabezas de dos españoles inermes en ejecución del plan de exterminio de raza que había merecido antes la aprobación, aunque condicional, de Bolívar. La razón de la represalia estaba más bien de parte de los españoles. Cuando Briceño fué hecho prisionero y ejecutado previo un consejo de guerra, los realistas usaron de un derecho. Briceño se había colocado hasta fuera del derecho de gentes como los bandidos y los piratas. Sin embargo, esta ejecución fué la única causal que pudo aducir Bolívar para justificar su declaración, lo que importaba hacerse solidario del injustificable crimen de la víctima, al dar á su plan de exterminio la fuerza de una ley. Y es de notarse por lo que respecta á la verdad histórica, que cuando Bolívar invocaba como única causal la muerte de Briceño, éste vivía aún, y su ejecución tuvo lugar en el mismo día en que firmaba su decreto-proclama! Así, la declaración á muerte careció hasta de causal, y fué más bien una provocación á ella, como en realidad lo fué. Y no sólo fué una medida de guerra injustificada aun como retaliación, sin razón de ser ni necesidad, sin lógica y sin filosofía política, como producto de un delirio según propia confesión, sino también la causa de las derrotas que le hicieron experimentar sus mismos compatriotas acaudillados por los jefes españoles armados con la misma arma de dos filos por él forjada, como lo enseña la historia, quedando así probada por el experimento su esterilidad, hasta como medio de victoria que pudiese darle la sanción del éxito.

En Carache empezó á ejecutarse el decreto de guerra sin cuartel, con el fusilamiento de los prisioneros, según se explicó antes.

VIII

En Trujillo terminaba la misión militar encomendada á Bolívar por el congreso de Nueva Granada; pero el general expedicionario, que al asumir el papel de dictador independiente se había puesto en contradicción con sus instrucciones, no vaciló en desobedecer la orden de detenerse en su invasión que le fué á la sazón comunicada. No podía renunciar al propósito preconcebido de redimir el territorio esclavizado de Venezuela, y de ceñirse la corona cívica de libertador de su patria; ni debía permanecer en la inacción sin peligro de perder todas las ventajas adquiridas. Decidióse por lo tanto á continuar la campaña bajo su responsabilidad. Las razones que para ello dió al gobierno de la Unión, fueron bien fundadas; y se imponían hasta á la misma prudencia, revelando su gran penetración política á la par que su audacia como guerrero para acometer empresas heroicas. Sus victorias eran el resultado de la celeridad de sus movimientos y del ímpetu de sus ataques, que habían desconcertado al enemigo magnificando sus fuerzas. Detenerse, era perderse, y abrir las fronteras desguarnecidas de la Nueva Granada á la invasión realista por él contenida, y al avanzar; la defendía mejor. «Si cometiese la debilidad, decía, de suspender mis marchas, sería perdido indefectiblemente junto con las tropas de la Unión. Los enemigos reconocerían el corto número de soldados invasores, reunirían sus tropas dispersas y darían un golpe seguro. Así, mi resolución es obrar con la última celeridad y vigor; volar á Barinas, destrozará allí las fuerzas del enemigo, y de este modo libertar

á Nueva Granada de los enemigos que podían subyugarla». Como lo dijo, lo hizo. Pero otro móvil igualmente poderoso, lo impulsaba á ir adelante. Desde Cúcuta, resonaba en su oídos como un toque de clarín, el grito de los proscriptos que acaudillados por Mariño, Piar y Bermúdez, reconquistaban el oriente de Venezuela. «No me parece imposible, decía entonces, llegar hasta Caracas y libertar aquella capital, si ya no lo está por los patriotas del oriente». Y una vez lanzado á la empresa, escribía poco después al presidente neogranadino, impulsado por la noble emulación: «Temo que nuestros ilustres compañeros de armas de Cumaná y Barcelona, liberten nuestra capital antes que nosotros lleguemos á dividir con ellos esta gloria; pero nosotros volaremos, y espero que ningún libertador pise las ruinas de Caracas primero que yo.»

Tizcar, que como queda dicho, ocupaba Barinas con un cuerpo de ejército de 1300 hombres, ni sostuvo á Correa para defender á Mérida, ni apoyó á Cañas en Trujillo como pudo haberlo hecho, ni se atrevió á atacar á Bolívar que le presentaba el flanco. Decidióse al fin á operar por la retaguardia de los invasores, pero en vez de marchar en masa, cometió el error de dividir sus fuerzas. Destinó al coronel José Martí al frente de una columna de 700 hombres de las tres armas con el propósito de cortar las comunicaciones de los republicanos con la Nueva Granada, y atravesar al efecto la cordillera interpuesta entre ambos contendientes. Bolívar que lo supo y tenía la resolución hecha de invadir á Barinas, previno el movimiento de Tizcar, y tomó la ofensiva por una atrevida marcha estratégica, que fué la operación, si no la más bien combinada, la más feliz de su campaña. Sin perder momento, se

puso al frente de la vanguardia considerablemente engrosada, cruzó la cordillera frente á Trujillo y sorprendió un destacamento de 50 hombres que cubría el paso de Boconó. Su objeto era cortar á Tizcar sus comunicaciones con Caracas y alejarlo de sus reservas echándolo al interior de los llanos. Al emprender su marcha, ordenó á su mayor general Rafael Urdaneta (que sería uno de sus primeros generales), que le siguiera por otro camino más al sur, con la retaguardia á cargo del comandante José Felix Rivas, á quien ya conocemos y que sería el héroe de esta campaña. El punto de reunión era la llanura de Guanare en las nacientes del río Portuguesa. Al cruzar la cordillera, Rivas y Urdaneta al frente de 400 ó 500 hombres, en su mayor parte reclutas de Mérida, encontraron á su frente la fuerte columna de Martí, situada en las mesetas de Naquitao al pie de la sierra oriental, interpuesta entre ellos y su vanguardia, la que á su vez quedaba entre los dos cuerpos de ejército de Tizcar. Si Martí contramarchaba, noticioso de la marcha de Bolívar, éste estaba perdido, tomado entre dos fuegos por fuerzas superiores. De la decisión de este momento pendía el éxito de la campaña. Rivas, con gran resolución, de acuerdo con Urdaneta, se decidió por el ataque, y marchó en busca del enemigo á pesar de la superioridad de sus fuerzas. Los realistas estaban posesionados de una alta meseta, con hondos barrancos á su pie. Atacados á las 9 de la mañana (1º de julio) fueron desalojados de esta posición que parecía inexpugnable, y se replegaron á otra más fuerte aun. Atacados de nuevo por la espalda al día siguiente (julio 2), quedaron deshechos después de cinco horas de combate. Cuatrocientos prisioneros y un cañón fueron los trofeos de esta jornada deci-

siva. Los prisioneros fueron fusilados sobre el campo, conforme al decreto de guerra á muerte.

El 1º de julio, el mismo día en que triunfaba Rivas en Naquitao, Bolívar estaba en Guanare. Sabedor allí que Tizcar se hallaba tan sólo al frente de 500 hombres, determinó marchar sobre él, antes que pudiera reunírsele la columna de Yáñez. El general español amedrentado, abandonó la posición que ocupaba en los llanos, y se replegó en fuga á las Nutrias en la margen izquierda del Apure. Perseguido activamente por la vanguardia al mando de Girardot, quien se interpuso entre él y Yáñez, obligó á éste á retirarse, y determinó la sublevación de la columna de Tizcar, que se puso en fuga con sus restos hacia la Guayana (julio 13). Mientras tanto, Bolívar ocupaba la capital de Barinas y se apoderaba de 13 piezas de artillería y un considerable depósito de armas y municiones (julio 6). De este modo, en menos de cuarenta y cinco días, estaban reconquistadas las provincias de Barinas, Mérida y Trujillo, vencidas cinco divisiones que sumaban cerca de tres mil hombres, y tomados 600 prisioneros, —tantos como fueron los invasores,—con 18 piezas de artillería.

IX

Dueño el general republicano de la provincia de Barinas, rica en recursos naturales y elementos de guerra, remontó sus fuerzas, disciplinó nuevos batallones y formó con los naturales de la comarca numerosos escuadrones de buena caballería, completando así la organización de su ejército, que dividió en tres cuerpos de operaciones, vanguardia, centro

y retaguardia. Con la actividad que le era característica, formó un nuevo plan de campaña y lo puso inmediatamente en ejecución. Dispuso que Urdaneta con el centro, se situase en Arauré, al pie oriental de la cordillera, en observación de la división española que en San Carlos cubría á Valencia y Caracas, ordenando á la retaguardia destacada de Girardot, se reconcentrara en el mismo punto. Adelantó sus partidas hasta los llanos de Calabozo, buscando ponerse en comunicación con los patriotas de Barcelona y Cumaná en el oriente. Rivas, con la división de vanguardia, repasó la cordillera, cubierto por el movimiento de avance del centro. El plan no podía ser más vicioso. Comprometía el núcleo de su ejército en una posición avanzada, hacía depender su seguridad del refuerzo contingente que podría prestarle la retaguardia comprometida en el interior de los llanos. Dividía sus fuerzas con la cordillera por medio, acercando á las masas enemigas una división débil á la que no podía proteger, y se exponía á ser batido en detall en todas partes. Si los enemigos hubiesen reconcentrado las dos gruesas divisiones que tenían al oriente y al occidente de la cordillera y que podían obrar en combinación, cayendo con cuádruples fuerzas sobre Rivas aislado y sin protección, otro habría sido el resultado. Pero cálculo atrevido, en que la imprudencia es prudencia contando con los errores del enemigo, ó favores de la fortuna, el plan, tan vicioso como era, surtió todos sus efectos y fué coronado por el éxito más brillante.

El objeto del movimiento aventurado de Rivas, era destruir la columna situada en Barquisimeto, al mando del coronel español Francisco Oberto, considerablemente aumentada con los restos de la di-

visión de Cañas batida en Carache, y que á la sazón constaba de 800 infantes y 200 hombres de caballería. El jefe español, confiado en la superioridad numérica y la calidad de sus tropas, salió al encuentro de Rivas en el punto llamado de los Horcones. Rivas, cuya fuerza no alcanzaba á 600 hombres de infantería y de caballería, no vaciló en tomar la ofensiva. Rechazado en los dos primeros ataques, volvió por tercera vez á la carga hasta triunfar completamente (22 de julio). Cuatro piezas de artillería, cien muertos, el parque y los bagajes del enemigo, fueron los trofeos de esta victoria, complemento de la de Naquitao, que aseguró el éxito de la campaña. Los prisioneros españoles tomados en el campo, fueron fusilados conforme al decreto de guerra á muerte de Trujillo.

Bolívar no se durmió sobre sus verdes laureles: mostróse hábil y activo para recoger los frutos de su nueva victoria. Repitió sus órdenes á Girardot para que á marchas forzadas se le incorporase con la retaguardia, que acudió á tiempo. Llamó á sí la división triunfante de Rivas, que repasó por tercera vez la cordillera en el espacio de 30 días. Reunió su nueva caballería llanera, y al frente de 1500 hombres más ó menos, marchó sin pérdida de momento sobre la división realista situada en San Carlos. Era esta la última esperanza de los españoles. Constaba de 700 infantes y poco más de 300 hombres de caballería, al mando del coronel Julián Izquierdo. El jefe español, tan valiente como poco cauto, cometió la imprudencia de presentar batalla en la llanura descubierta de Taguanes frente á San Carlos, siendo inferior en caballería. Atacados de frente los realistas por la infantería republicana, á la vez que la caballería llanera amenazaba cortarles la retirada

hacia Valencia, pusiéronse en retirada, marchando y combatiendo en orden cerrado por el espacio de seis horas. Ya estaban próximos á alcanzar el pie de la inmediata serranía, que era la salvación, cuando cortada otra vez su retirada por la caballería y atacados de nuevo por la infantería republicana, sus escuadrones se desbandaron y sus batallones se desordenaron, cayendo mortalmente herido el coronel Izquierdo. Fué una victoria completa. Los que no se dispersaron ó fueron muertos, quedaron prisioneros. Los historiadores españoles confesaron una pérdida de 700 infantes. Bolívar dice, con tanta energía como concisión: «Todos sus batallones perecieron ó se rindieron. No se salvó un infante, un fusil». Fué la batalla final de la campaña del occidente de Venezuela y de la primera gran campaña del libertador sudamericano.

X

Monteverde, confiando en que el ejército de Tizcar daría cuenta de la invasión del occidente, al saber la ocupación de Barinas, se trasladó á Valencia, con el objeto, según decía, de dar dirección á las operaciones. Dejó sacrificar, sin darle instrucciones, á la columna de Oberto en Barquisimeto, y dió órdenes y contraórdenes á la de Izquierdo en San Carlos para retroceder ó avanzar, debilitándola en vez de auxiliarla oportunamente como pudo, sin acertar siquiera á reunir ambas, ó reconcentrarlas á su reserva, ó reforzar una de ellas, lo que le habría dado el triunfo. Aquí, como en Maturín, mostró que no tenía cabeza militar, y que sólo la fortuna ciega le había favorecido en su empresa de la restauración

de Venezuela, que parecía anunciar, si no un genio, por lo menos un hombre de corazón ó de cabeza. Las derrotas sucesivas de los Horcones y de Taguanes, lo anonadaron moral y materialmente. Contaba aun con un cuerpo de tropas de 700 á 800 hombres. Había empezado á fortificarse en Valencia con el propósito de defenderse, cuando supo el avance de Bolívar sobre San Carlos. Tardíamente salió en apoyo de Izquierdo con algunas compañías de infantería y caballería; pero en el camino recibió la noticia de su derrota, retrocedió en fuga, abandonó cobardemente á Valencia y encerróse en Puerto Cabello. Bolívar ocupó Valencia sin resistencia, apoderándose allí de treinta piezas de artillería de grueso calibre y un gran parque de armas y municiones.

La ciudad de Caracas contaba todavía con una guarnición como de 1500 urbanos y voluntarios; pero aterrada por los desastres y el anuncio de la marcha del vencedor sobre la capital, se disolvió en su mayor parte, y el jefe de la plaza, que lo era el general Manuel Fierro, se resolvió á capitular, de acuerdo con una junta de guerra que reunió al efecto, en que sólo un oficial subalterno votó por la resistencia. Bolívar acordó generosamente una capitulación honrosa, prometiendo olvido del pasado y garantías á las personas y propiedades, bajo la condición de que se le entregaran todos los pueblos comprendidos en la provincia de Caracas ocupados por los españoles. Fierro, temeroso de que Bolívar observase la misma conducta que Monteverde después de la capitulación de San Mateo, se anticipó á evacuar la plaza embarcándose en La Guayra con lo que pudo. Monteverde por su parte, se negó á ratificar la capitulación de Caracas, y con razón, pues ella le imponía la obligación de evacuar á Puerto Cabello, y dejó

así entregados á merced del vencedor á más de quinientos españoles comprendidos en la ley de guerra á muerte, que no pudieron huir con Fierro.

La reconquista de la República de Venezuela quedó así operada. La revolución y la reacción volvían á ocupar las mismas posiciones de 1810 y 1812: todo el centro y el oriente, por los independientes, desde la cordillera al Orinoco; y en los dos extremos, el litoral de occidente y la Guayana por los realistas. Una nube que amenazaba otra reacción, aparecía en los llanos del oeste, pero aun no se había condensado. Sólo quedaba Puerto Cabello por las armas del rey en la provincia de Caracas. Si Bolívar, después de ocupar á Valencia hubiese marchado con su acostumbrada actividad y resolución sobre esta plaza, la habría tomado fácilmente, pues nada había previsto para su defensa, y hasta sus fortificaciones estaban desmanteladas. Pero en vez de esto, el Libertador atraído por la vanagloria, se dirigió con todo su ejército á Caracas en busca de las embriagantes ovaciones que le esperaban, y dejó tiempo á Monteverde (veinte días) para hacerse inexpugnable, cometiendo el mismo error de San Martín después de Chacabuco, al dar respiro á los enemigos vencidos para fortificarse en Talcahuano.

De todos modos, la campaña reconquistadora estaba gloriosamente terminada. En ella mostró Bolívar por la primera vez, que si no era un general metódico ni tenía una educación militar, poseía en alto grado, á la par de las dotes del caudillo revolucionario, el genio de la guerra, y la inspiración ardiente en medio de la acción, elevándose de un golpe, en su escala, al rango de los célebres capitanes antiguos y modernos. La rapidez para concebir y la audacia para ejecutar sin vacilación; la fortaleza para sobre-

ponerse á los contrastes y el ímpetu heroico para ir siempre adelante; el prestigio para dominar moralmente al enemigo é infundir confianza á los suyos; la intuición para prevenir las maniobras, aun cometiendo errores que el éxito coronaba, y la presencia de espíritu para utilizar sobre la marcha los frutos de sus victorias, tales fueron las grandes cualidades morales y militares que reveló como hombre de acción y de pensamiento en esta memorable campaña. Sus resultados fueron: seis grandes combates, que valen batallas, ganados en un trayecto de 1200 kilómetros sin un solo revés, al través de dos cordilleras; cinco gruesos cuerpos de ejército que sumaban 4500 hombres, dispersados, muertos y prisioneros ó rendidos con sus armas y banderas; la captura de 50 piezas de artillería y tres grandes depósitos de guerra; la reconquista de todo el occidente de Venezuela de cordillera á mar, ligando sus operaciones con las del ejército del oriente ya rescatado, y la restauración de la república independiente de Venezuela. Y todo esto, con seiscientos hombres y en noventa días. Nunca con menos se hizo más, en tan vasto espacio y en tan breve tiempo. Con razón un historiador europeo, al condensar el juicio universal á su respecto, ha dicho: «Esta rápida campaña, que los entendidos colocan al lado de las más atrevidas empresas militares de que la Europa era entonces teatro, ha sido el gérmen de la grandeza futura de Bolívar, y le ha merecido el primero, y quizás el más hermoso y el más puro florón de su corona triunfal, cuya gloria no puede ser marchitada ni aun por el acto de triste memoria en que proclamó la guerra á muerte».

XI

Bolívar entró en triunfo en su ciudad natal (6 de agosto), de la que había salido un año antes, proscrip- to, obscuro y con un tizne en la frente. El pueblo lo aclamó con entusiasmo como su libertador, las campanas se echaron á vuelo, las salvas de artillería resonaban en Caracas y en las fortalezas de la Guay- ra, el camino que recorría estaba sembrado de flores y las flores y las bendiciones llovían sobre su cabeza. Un grupo de bellas jóvenes vestidas de blanco adorna- das con los colores nacionales tomó las riendas de su caballo y le coronó de laureles, mientras las músicas militares sonaban la marcha triunfal de la indepen- dencia y la libertad. El triunfador merecía esta ova- ción á doble título: había vencido y no manchó su vic- toria con ninguna venganza. A pesar de la sentencia de muerte que pesaba sobre la cabeza de los españoles, y que sólo había ejecutado hasta entonces en los pri- sioneros tomados con las armas en la mano en el campo de batalla, no usó de su tremenda facultad, y se limitó á mantenerlos presos, secuestrando sus bie- nes. Las prisiones de los cautivos patriotas se abrie- ron. Los vencidos quedaron amparados por el con- tento general, según el testimonio de uno de los más acerbos enemigos del triunfador.

Dos días después anunciaba al pueblo el estableci- miento de la República de Venezuela, bajo los aus- picios auxiliadores de la Nueva Granada, que había ido, según sus palabras, «no á dictar leyes, sino á restablecer su independencia y su libertad, dejándolo dueño de sus destinos». Empero, guardóse bien de restaurar (con arreglo á las instrucciones neograna-

dinas que había jurado) la antigua república federal de Venezuela, á la que era radicalmente opuesto por principios y por instinto de la seguridad común. «Recórrase la presente campaña,—decía sobre ese tópicó, en una proclama posterior,—y se hallará que un sistema muy opuesto ha restablecido la libertad. Malograriamos todos los esfuerzos y sacrificios hechos si volviéramos á las embarazosas y complicadas formas de administración que nos perdió». En consecuencia, se proclamó dictador y se dió á sí mismo el título de «Libertador». «La urgente necesidad de acudir á los enemigos, decía á sus conciudadanos, me obliga á tomar en el momento deliberaciones sobre las reformas que eran necesarias en la constitución. Una asamblea de hombres virtuosos y sabios debe convocarse y sancionar la naturaleza del gobierno en las circunstancias extraordinarias que rodean á la república. El Libertador de Venezuela renuncia para siempre y protesta formalmente, no aceptar autoridad alguna que no sea la que conduzca nuestros soldados á los peligros para la salvación de la patria». Esta fórmula que descubría la ambición de mando que desde entonces empezó á devorarlo, y que repetiría toda vez en que lo reclamase en el hecho como una propiedad suya, era, empero, la única que respondía á las necesidades de la situación. La república federal bajo su antigua forma, era la anarquía y la derrota segura, y Bolívar obró con previsión y patriotismo, al asumir la dictadura política y militar, como lo único que podía salvar, quizá, á Venezuela. Asimismo se perdió por segunda vez.

Venezuela tuvo así dos dictadores á la vez: uno en oriente, otro en occidente. Tan ambicioso el uno como el otro, ambos aspiraban al mando general.

Mariño, que como se dijo antes se había hecho proclamar jefe supremo de las provincias orientales de Cumaná, Barcelona y Margarita, envió comisionados á Bolívar, para tratar de igual á igual respecto del sistema de gobierno que convendría adoptar para la república, lo que importaba la exigencia del reconocimiento previo de la autoridad independiente de que estaba en posesión. Bolívar, que temía que esta división rompiese la unidad de las provincias y debilitase el nervio de la guerra,—además de la supremacía á que se consideraba con derecho,—retardó por algún tiempo hacer tal reconocimiento. El patriotismo y la recíproca seguridad aconsejaban centralizar el mando, ó por lo menos combinar los esfuerzos contra el enemigo común. La autoridad de hecho del uno era tan legítima como la del otro á título del territorio por ellos ocupado, como igualmente ilegal del punto de vista de las formas; pero la de Bolívar se imponía como necesaria, porque era el alma de la revolución, representaba el sentimiento nacional y la alianza con Nueva Granada cuyas armas mandaba; mientras la de Mariño, sin plan político y sin ideales, sólo tenía por objetivo inmediato el mantenimiento de una informe confederación militar de dos satrapías independientes, que entrañaban la disolución. Pero mientras su carácter de dictador de oriente no fué expresamente reconocido por Bolívar, Mariño se mantuvo en inacción con un poderoso ejército, absteniéndose de concurrir á la guerra de occidente, y hasta de hacer sentir su acción militar en los llanos intermedios donde á la sazón empezaban á reaccionar los realistas, sin abrir siquiera hostilidades sobre la Guayana, donde el enemigo se resistía.

Bolívar, aunque tardíamente, había establecido el

sitio de Puerto Cabello; pero los veinte días perdidos con su vana entrada triunfal en Caracas, nunca los pudo recuperar; y no sería esta la última vez en que llamado por la vanagloria, sacrificase á ella la verdadera gloria de una campaña, que es el triunfo definitivo. El 25 de agosto se presentó delante de la plaza, y se apoderó bajo el fuego, de las defensas exteriores, reduciendo á los sitiados al castillo y sus aproches, merced al valor de las tropas granadinas, que constituían el nervio del ejército unido, según el mismo general en jefe. En seguida, con las piezas de artillería tomadas en Valencia, estableció contra-baterías, y apagó los fuegos de la escuadrilla del enemigo que hostilizaba uno de sus flancos, dominando el río adyacente con tres bergantines. El general sitiador intentó apoderarse de la plaza por medio de un golpe de mano nocturno. Al efecto hizo avanzar dos divisiones ligeras (31 de agosto) y atacó los fuertes destacados, obligando al enemigo á replegarse á las estacadas que protegían los aproches de sus murallas. El ataque fué rechazado. El único resultado de esta tentativa, fué tomar prisionero al bárbaro Zuazola, que mandaba uno de los fuertes. Bolívar propuso canjearlo por uno de sus jefes prisioneros, pero Monteverde se negó. Zuazola fué suspendido en una horca delante de los muros de Puerto Cabello.

Mientras tanto, la reacción volvía á levantar la cabeza por todas partes: en los alrededores de Caracas, en las costas de sotavento, en la cordillera, en los valles, en los llanos altos y bajos del centro y en Barrinas. El dictador fulminó entonces su último rayo de guerra á muerte, que debía ser seguido por una de las hecatombes más sangrientas que recuerde la historia. Decretó, en su forma habitual de proclama (6

de septiembre), que incurrirían en la pena de muerte todos los americanos antes exceptuados, y que los declarados traidores á la patria, serían juzgados y condenados por simples sospechas vehementes. De este modo corregía y agravaba el error de lógica de la proclama-decreto de Trujillo, igualando ante la traición á españoles y americanos; pero lógicamente produjo efectos más desastrosos, y contribuyó, aunque indirectamente, á su final derrota en la nueva campaña que emprendía, no obstante los grandes triunfos que alcanzó. ¡Lógica del destino!

Por este tiempo (16 de septiembre), arribó á Puerto Cabello una expedición salida de España, compuesta de la fragata Venganza, de 40 cañones, una goleta de guerra y seis transportes, conduciendo un regimiento de 1200 plazas, denominado de Granada, mandado por el coronel José Miguel Salomón. El general republicano, con sus tropas enfermas y debilitadas por la insalubridad del clima de Puerto Cabello, vióse obligado á levantar el sitio, y se retiró á Valencia, con el objeto de reponerse, y de atender á las provincias del interior convulsionadas á su espalda, á la vez que observar los movimientos del enemigo por su frente, y por el flanco occidental que había descuidado, como Mariño había descuidado el suyo por el oriente así como su frente de los llanos del Apure.

XII

Envalentonado Monteverde con la retirada de los republicanos y con el refuerzo recibido, se puso en campaña al frente de 1600 hombres, dejando guarnecida la plaza con los voluntarios españoles. Con

esta fuerza bien dirigida, con el concurso simultáneo de la sublevación de los llanos y de las guarniciones de Maracaibo y Coro, el general español habría podido domar por segunda vez la revolución de Venezuela; pero cometió el error de no concertar ningún plan, y el más grave de dividir sus fuerzas (septiembre 25).

Puerto Cabello se halla dividido de la planicie en que se asienta la ciudad de Valencia, por uno de los últimos ramales de la cordillera oriental que la envuelven por el oeste, el cual sólo tiene dos caminos de acceso: el uno llamado de Aguacaliente y de las Trincheras, y el otro el del valle de San Esteban, dominado á su entrada por las alturas de Bárbula. Monteverde ocupó las Trincheras y se fortificó en esta posición, adelantando una vanguardia de 500 hombres sobre las alturas de Bárbula, á distancia de 10 kilómetros sobre su flanco derecho. Bolívar permaneció indeciso por el espacio de cuatro días ante este despliegue inexplicable de fuerzas, á la espera del desarrollo del plan del enemigo; pero convencido al fin de que no tenía ninguno, resolvió tomar la ofensiva, aprovechando la ventaja que la incapacidad de Monteverde le brindaba. Lanzó sobre Bárbula, las probadas tropas granadinas al mando de Girardot y D'Eluyar, sostenida por una columna á órdenes de Urdaneta, que treparon valientemente las fuertes posiciones del enemigo desalojándolo de ellas. Al coronar los neogranadinos triunfantes la altura de Bárbula, una bala de fusil hirió en la cabeza al valeroso Girardot, derribándolo sin vida (30 de septiembre). Las tropas granadinas pidieron en premio de su victoria que se les concediera el honor de llevar solas el ataque sobre las Trincheras, para vengar la muerte de su jefe, y Bolívar lo concedió;

pero hízolas apoyar por una columna de 1000 venezolanos, exaltando así el noble sentimiento de emulación de los ejércitos unidos. Monteverde fué forzado en sus atrincheramientos, con pérdidas considerables, y herido él mismo en la pelea (3 de octubre), volvió á encerrarse en Puerto Cabello. El coronel Salomón tomó interinamente el mando de la plaza. El sitio de los republicanos volvió á restablecerse bajo la inmediata dirección de D'Eluyar con las tropas granadinas.

Bolívar, siempre ávido de emociones teatrales, voló de nuevo á la capital en busca de nuevas ovaciones y honores para los muertos y los vivos. Excesivo en todo, después de comparar la reconquista de Venezuela á las Cruzadas de la cristiandad, decretó en forma de ley, honores á la memoria de Girardot, cual no se habían tributado jamás á un general vencedor muerto en el campo de batalla. Hizo su elogio fúnebre en una proclama en que lo comparó á Leónidas por sus hazañas, declarando que á él debía muy principalmente la República de Venezuela su restablecimiento, y la Nueva Granada sus más importantes victorias. Los ciudadanos llevarían luto por su pérdida, durante un mes consecutivo; su corazón sería llevado en triunfo á Caracas, y depositado en un mausoleo erigido en la catedral; sus huesos se transportarían á Antioquía, su patria; su batallón llevaría por siempre su nombre, el cual se inscribiría en todos los registros públicos de las municipalidades de Venezuela, «como el primer bienhechor de la patria»; y por último, acordaba el goce de sus sueldos á toda su posteridad, con las gracias y preeminencias de la gratitud pública empeñada. Después de esto, ya no quedaba más que un honor posible á los sobrevivientes, y es el que se reservaba él al dirigirse á

la capital. «Yo no me aparto de vosotros—dijo en tal ocasión á su ejército—sino para ir á conducir en triunfo el gran corazón del inmortal Girardot». Este viaje fúnebre, en momentos en que la reacción realista triunfaba en los llanos—del modo que luego se explicará y una invasión lo amenazaba por el occidente,—ha sido severamente criticado por sus contemporáneos en Europa y América, y hasta por sus mismos ministros como acto de vanidad pueril y de ostentación teatral. El único historiador nacional que lo excusa, tiene que asignarle otros motivos más serios que los dados por él mismo. El secreto del viaje fúnebre iba encerrado en la urna del corazón de Girardot.

En el mismo día en que se tributaron honores póstumos á Girardot (octubre 14), el gobernador político de Caracas nombrado por el dictador, convocó presurosamente á la municipalidad, con asistencia tan sólo de los corregidores de la ciudad, el prior del consulado y el administrador general de rentas, hasta completar con dificultad el número de veinte empleados. Constituidos por sí y ante sí en asamblea soberana, decretaron sobre tablas en nombre del pueblo, á propuesta del gobernador, que se invitiese á Bolívar del carácter de capitán general de los ejércitos de Venezuela, y le confirieron por aclamación y á perpetuidad el «sobrenombre» (palabra del acta) de «Libertador», que él mismo se había anticipado á darse en documentos públicos, y nunca dado por ninguna asamblea soberana á ningún hombre del mundo. Al mismo tiempo mandaron fijar en las portadas de todas las municipalidades una inscripción: «Bolívar, Libertador de Venezuela». He aquí el origen del glorioso título con que Bolívar ha pasado á la historia. La posteridad lo ha confirmado, olvi-

dando los pobres medios porque fué alcanzado y la pequeñez moral del que lo aceptó en nombre de la soberanía popular, de quienes no podían hacer otra cosa que lo que él les permitiese, cuando había negado al pueblo, al proclamarse justificadamente dictador, la capacidad de instituir un gobierno propio. Era el primer síntoma del delirio de las vanas grandezas personales.

Bolívar aceptó el título como sometién dose á la voluntad del pueblo, manifestando que era para él «más glorioso que el cetro de todos los imperios de la tierra». Al mismo tiempo declaró con modesta justicia, que el congreso de Nueva Granada y sus compañeros de armas eran los verdaderos libertadores, que merecían más que él la recompensa de la gratitud pública. Para pagar esta deuda instituyó la Orden Militar de los Libertadores. Invocando la voluntad de los pueblos, decretó una estrella de siete radios, símbolo de las siete provincias de la república, condecoración que usarían los que hubiesen merecido el renombre de tales por una serie no interrumpida de victorias, los que serían denominados así y considerados como bienhechores de la patria, con derecho incontestable á ser preferidos á personas de igual mérito en los empleos. Esta fué la primera Orden de su género instituida en Sud América, menos aristocrática que la Cincinnatus, creada antes por Wáshington, y más democrática que la Legión de Mérito y la Orden del Sol, instituidas por O'Higgins y San Martín en Chile y Perú, no establecía desigualdades artificiales, y después de servir de noble estímulo, debía extinguirse con la vida de los libertadores sin transmitirse á título de herencia de la gloria.

XIII

Mientras el Libertador malgastaba su tiempo en teatrales ceremonias fúnebres, haciéndose acordar ó aceptando en vida honores póstumos, la reacción se aprovechó para sublevar las poblaciones de las campañas en pro del rey, haciendo á su vez la guerra á muerte.

Van á reaparecer ahora aquellos 100 hombres desprendidos en el Orinoco, de la columna dispersa de Cajigal, que según lo anunciamos, debía ser el núcleo de un ejército formidable que haría desaparecer por segunda vez la República de Venezuela. Como se recordará, estos 100 hombres eran mandados por dos oficiales oscuros llamados José Tomás Boves, peninsular, y Francisco Tomás Morales, canario, destinados ambos á adquirir una gran celebridad. El verdadero nombre de Boves, era José Tomás Rodríguez, natural de Gijón, en Asturias. Piloto en su mocedad, había sido condenado á 8 años de presidio en Puerto Cabello, por actos de piratería. Indultado, cambió su nombre por el de Boves, en gratitud á uno de sus benefactores, y se dedicó al comercio de mercerías. Al estallar la revolución, hallábase en la ciudad de Calabozo y se alistó bajo sus banderas; pero perseguido en su persona y en sus bienes como desafecto á ella, se hallaba en la cárcel del pueblo de Calabozo cuando Antoñanzas invadió por la primera vez los llanos bajos de Caracas, y fué uno de los verdugos de la matanza de San Juan de los Morros. Desde entonces abrazó con ardor la causa del rey y, como queda dicho, hizo la campaña

del oriente con los realistas, hasta que después de la pérdida de Barcelona, se retiró con ánimo de mantener en los llanos la guerra de partidarios. Francisco Tomás Morales, su compañero y su segundo, ordenanza de milicias en su origen y pulpero después, había hecho sus primeras armas al frente de una partida independiente en Barcelona, después de la capitulación de San Mateo, siendo entonces nombrado subteniente de artillería por Monteverde. Eran dos hombres del mismo temple, pero de diverso temperamento. Los dos eran tan valientes como feroces, y sin más luces que las naturales, tenían el instinto de la guerra y la astucia del salvaje, con una actividad infatigable y una terrible voluntad de hierro, que se imponía en el mando asimilándose á la naturaleza semi-bárbara de las tropas que acaudillaban, sin retroceder ante ningún medio de hostilidad, por horroroso que fuera. Pero Boves, en medio de su ignorancia y su brutalidad, poseía cierta elevación moral; mataba y destruía sin complacencia hombres y cosas, como quien suprime obstáculos, pero era generoso á su manera, y buscaba el triunfo de su causa más que el provecho personal, abandonando el botín á sus soldados. Morales, por el contrario, rapaz y de una fría crueldad, sin retroceder ante ningún peligro, y con cabeza para combinar empresas atrevidas, se gozaba en presenciar la agonía de las víctimas que hacía sacrificar, y se aprovechaba de los despojos de la guerra para enriquecerse. Estos dos hombres, que descubrieron el talón vulnerable de la revolución, son los que le dieron el conocimiento de las fuerzas populares, que más tarde supo ella asimilarse y poner en actividad para triunfar.

Hasta entonces el movimiento revolucionario de Venezuela estaba circunscripto á las ciudades. El mismo

Bolívar con todas sus grandes cualidades de caudillo revolucionario, no había sospechado que existiese otra fuerza que pudiera contrarrestarlas. Boves y Morales, por instinto de la masa popular á que pertenecían, descubrieron esa gran fuerza latente, y la utilizaron en favor de la causa del rey. Usando de la tremenda arma esgrimida por Bolívar como medio de guerra, proclamaron á su vez la guerra á muerte, exaltando las propensiones feroces de las multitudes de los llanos, y les ofrecieron la matanza y el saqueo. A su voz se levantaron todos los llaneros del centro de Caracas. Los que no obedecieron al primer llamado fueron compelidos por el temor de la muerte. Su sistema de alistamiento era tan elemental como su organización militar. En cada localidad publicaban un bando llamando á enrolarse bajo su bandera á todos los hombres aptos para tomar las armas bajo pena de la vida, y la amenaza se cumplía sin remisión. Con los hombres así reunidos en cada localidad, cualquiera que fuera su número, formaban escuadrones con la denominación del distrito. Cada hombre acudía con su lanza, y los caballos, que abundaban en el llano, se tomaban donde se encontraban. La táctica no era mucho más complicada, consistía en marchar sobre el enemigo y acometer sin mirar para atrás. Boves, con lanza en mano á la par de ellos, los conducía á la pelea, enseñándoles el secreto de vencer, que era el desprecio de la muerte. Así consiguió formar un ejército de 2500 hombres de intrépida caballería, cual hasta entonces no se había visto en América, que dominó los llanos de Caracas.

Otro hombre del temple de Boves y Morales, era el comandante realista José Yáñez, de quien hemos hecho mención antes, canario también, no menos

atrevido y sagaz, pero más metódico en sus empresas militares. Replegado á San Fernando del Apure después de la disolución del cuerpo de ejército de Tizcar, había organizado allí, auxiliado desde la Guayana, una invasión compuesta de un batallón de 500 plazas, á que dió el nombre de Numancia, y dos regimientos de caballería llanera de 4 escuadrones de 125 cada uno; en todo, como 1500 hombres. Con esta fuerza invadió la provincia de Barinas, sin esperar á que las llanuras, á la sazón inundadas, se secaran (septiembre), y apoderóse de ella, abriendo comunicaciones con Maracaibo y Coro. De este modo Yáñez y Boves se dividieron el dominio de los llanos: el primero en los del Apure y llanos altos de Barinas, y el segundo en los llanos bajos de Calabozo, y demás de la provincia de Caracas.

Boves abrió su campaña derrotando una división de 1000 hombres de las tres armas, salida á su encuentro al mando del comandante Tomás Montilla. Lo sorprendió cerca de Calabozo, en el hato de Santa Catalina (septiembre 20), y pasó á cuchillo á los prisioneros, en retaliación de la guerra á muerte; apoderóse de los depósitos de guerra allí existentes, é incorporando á sus filas la caballería republicana que se le pasó en masa, avanzó hasta la villa del Cura, que entregó al saqueo.

En este momento hizo su aparición en la escena de la guerra, un hombre singular del temple férreo de Boves, que con no menos valentía y ferocidad, puso á raya su terrible ímpetu. Nada se sabía de él sino que era español. Había pasado muy joven á América, donde casó. Al abrir Bolívar su campaña libertadora, encabezó el pronunciamiento de Mérida, levantó un batallón, abandonando esposa é hijos se embanderó en la causa de la independencia, y le

entregó, con su vida y alma, su fortuna adquirida por el trabajo. Asistió á todas las batallas de la campaña libertadora, desde la de Carache, hasta la de las Trincheras, donde fué ascendido á teniente coronel sobre el campo, señalándose siempre por su valor indomable y por su crueldad por los prisioneros, á quienes no daba cuartel. Se ignora la causa de su pasión dominante, que era un odio mortal á sus paisanos, de quienes decía: «Después que matara á todos los españoles, me degollaría yo mismo, y así no quedaría ninguno». Llamábase Vicente Campo Elías. Este fué el hombre del momento.

Destacado Campo Elías del ejército de Valencia, con una división de 1000 fusileros, reunió bajo su bandera 1500 hombres más de caballería, y marchó en busca de Boves, que á la entrada de los llanos le esperaba con 2500 jinetes y 500 infantes mandados por Morales en el punto denominado El Mosquitero, que sería famoso. La batalla se empeñó en el mismo día en que Bolívar se hacía dar el título de Libertador, en Caracas. Boves, con su audacia acostumbrada, envolvió con una impetuosa carga de caballería toda el ala izquierda de los republicanos, y se empeñó sin orden en la persecución. Campo Elías, sin desconcertarse, cargó en masa sobre el grueso del enemigo, con tal ímpetu, que en 15 minutos lo dispersó completamente. La infantería rendida fué degollada casi en su totalidad sin misericordia, escapando Morales gravemente herido. La caballería llanera fué lanceada en su mayor parte. Boves y Morales, derrotados, se retiraron con 20 hombres á la margen izquierda del Apure. Los llanos inundados en esta estación del año, no permitieron que fuesen perseguidos.—Pronto los veremos reaparecer al frente de un nuevo ejército más formidable.—Mientras tan-

to, en el pueblo de Calabozo rescatado, sus vecinos indefensos, americanos todos ellos, fueron fusilados como traidores, por haber auxiliado á Boves. Esta conducta sanguinaria de Campo Elías, ajustada al segundo decreto de guerra á muerte de Bolívar, acabó por decidir á los llaneros. Al ver que no se les daba cuartel, con armas ó sin ellas, abandonaron sus hogares y buscaron en Boves un vengador. Este fué uno de los frutos de la guerra á muerte.

XIV

La victoria de El Mosquitero fué pagada con tres derrotas que se sucedieron casi simultáneamente. El general Ceballos, desde Coro, al anuncio de la llegada del refuerzo del regimiento de Granada, y de la sublevación de los llanos, se puso en campaña al frente de todas las fuerzas disponibles de su provincia, que no pasaban de 350 hombres, y llamando á sí todos los partidarios de la comarca, combinó un plan de invasión con la guarnición de Puerto Cabello, que constaba de 1700 hombres, á la que debía concurrir Yáñez con su columna situada en Barinas (septiembre 24). Una división republicana avanzada en Bobare, al occidente de Barquisimeto, fué batida por él, dejando en su poder un cañón y varios muertos y prisioneros (17 de octubre). Ocho días después (23 de octubre), los dispersos de Bobare, reforzados por 300 hombres de caballería, eran nuevamente deshechos en Yaritagua, al oriente de Barquisimeto, dejando 126 muertos en el campo. Ceballos estableció su cuartel en Barquisimeto. Los restos de los independientes derrotados se replegaron á Valencia.

El general Urdaneta que, al frente de 800 hom-

bres había avanzado hacia el occidente para abrir operaciones sobre Coro, vióse obligado á detener sus marchas y dió parte á Bolívar de su apurada situación. El Libertador se puso inmediatamente en campaña, y reforzando la columna de Urdaneta, marchó en busca de Ceballos á la cabeza de mil trescientos hombres. Ceballos tenía 500 hombres de infantería y 300 de caballería con un pedrero. Bolívar atacó con 200 jinetes por uno de los flancos la posición que ocupaban los realistas en Barquisimeto, que se halla situada en una alta meseta, y dispersando la caballería realista consiguió apoderarse con la infantería de una parte de la ciudad, donde hizo repicar las campanas en señal de triunfo. La infantería realista, que había cejado en un principio, pero que se mantuvo hecha, dirigida por Ceballos cargó á los independientes por la espalda, y los puso en completa derrota, matándoles 350 hombres y les tomó 400 prisioneros, con dos piezas de artillería, 3 banderas y 700 fusiles. El general vencedor, atravesó entonces la Cordillera, penetró á los valles de Caracas, y efectuó en Araure su reunión con la columna de Yáñez, fuerte de 1500 hombres, formando así un respetable ejército, regularmente disciplinado. Al mismo tiempo invitó al coronel Salomón á reunírsele con la guarnición de Puerto Cabello, para operar de concierto y dar un golpe mortal á los independientes con una masa compacta de 3500 hombres de las tres armas. Salomón, que, como se ha visto, disponía de una fuerza de 1700 hombres, en vez de seguir este acertado consejo se puso en campaña por su cuenta al frente de 800 infantes del Granada, y 200 jinetes del país, con 4 piezas de artillería ligera y de montaña, y situóse en las alturas de Virginia,

al oriente de Valencia, amagando á Caracas por el oeste. Allí se fortificó (noviembre 16).

Bolívar, que se hallaba á la sazón en Valencia con sólo las tropas granadinas, en observación del camino de Puerto Cabello, hizo acudir la guarnición de Caracas al mando de Rivas, quien le trajo el contingente de un nuevo batallón de 500 plazas, formado en su mayor parte con jóvenes estudiantes de la universidad, y 200 jinetes reclutados en los alrededores. Atacadas las fuertes posiciones enemigas, llevando á la cabeza las tropas granadinas, y no bien sostenidas éstas por la reserva, que era bisoña, los republicanos fueron rechazados. Al día siguiente se renovó el ataque, y los realistas fueron desalojados por los granadinos, abandonando 4 piezas de artillería (25 de octubre). Salomón, humillado, volvió á encerrarse en Puerto Cabello. El Libertador rescató el tiempo perdido y, aprovechando esta victoria, llamó á 1500 hombres de la fuerte columna de Campo Elías, y dejó á Calabozo defendido con 1000 hombres. Ocho días después (1 de diciembre), se hallaba en San Carlos, al frente de un ejército de 3000 hombres, y abría nueva campaña contra Ceballos, que por su parte contaba con 3500 hombres y 10 piezas de artillería. Los dos ejércitos se encontraron frente á frente en la llanura de Araure, al pie de la Cordillera oriental, entre las nacientes de los ríos Cojedes y Turen.

El prudente general español se había posesionado de la villa de Araure, situada en un suave plano inclinado, apoyando su espalda en la montaña á fin de asegurar su retirada, cubiertas sus alas por espesos bosques. Un batallón independiente de 500 plazas, que se adelantó imprudentemente á reconocer la posición, recibido por los fuegos de la infantería

y de la artillería, y flanqueado por una columna de 1000 caballos del enemigo, fué exterminado, salvándose únicamente el comandante con seis oficiales. Bolívar, á pesar de este contraste, avanzó denodadamente, y formó su línea sobre el campo marcado por los cadáveres de su vanguardia. Roto el fuego y después de cambiar algunas descargas, mandó cargar á la bayoneta. Era su maniobra favorita. No era un general táctico: daba el impulso á las masas y encomendaba la victoria al valor de los soldados. La numerosa caballería de Yáñez, prolongando sus alas, pretendió envolver el centro atacante; pero cargada á su vez de flanco por la caballería republicana, se dispersó y fué acuchillada, abandonando á su infantería. La línea de Ceballos fué rota en una última carga, y se puso en derrota, dejando en el campo su artillería, 500 muertos, 300 prisioneros y 1000 fusiles. Todos los prisioneros españoles fueron pasados por las armas (5 de octubre). Como 800 hombres de infantería de los derrotados se replegaron hacia el oriente. Yáñez huyó hacia el Apure con 200 hombrés. Ceballos se refugió en la Guayana. Esta fué la primera batalla ganada en persona por Bolívar. La musa de la revolución le saludó entonando el Himno del Libertador:

¡ Gloria al héroe Bolívar!
¡ Gloria al Libertador!
¡ De Ceballos espanto,
De Araure vencedor!

Bolívar, que tenía rasgos á lo César, y procuraba imitar á Napoleón en ciertos golpes y proclamas de efecto, tuvo también su inspiración. Después de la derrota de Barquisimeto, había formado un batallón

con los fugitivos del campo de batalla, y en castigo de su cobardía lo denominó «Batallón sin Nombre», imponiéndole que no tendría bandera mientras no la conquistase con su valor. Este cuerpo tuvo los honores de la jornada. Entre las banderas cogidas estaba la del batallón Numancia, formado por Yáñez en el Apure. Bolívar se la dió al «Batallón sin Nombre», diciéndole: «Vuestro valor ha ganado en el campo de batalla un nombre para vuestro cuerpo. En medio del fuego os vi triunfar, y lo proclamé «Vencedor de Araure». Habéis quitado al enemigo banderas que un momento fueron victoriosas. ¡Llevad, soldados, esta bandera de la república!»

Después de Araure, Bolívar se dirigió á Puerto Cabello, cuyo bloqueo terrestre había sido mantenido por D'Eluyar con las tropas granadinas. La ocasión era propicia para estrechar el sitio. La fragata Venganza, y los buques de guerra que condujeron al regimiento de Granada, habíanse retirado á la Habana. El coronel Salomón, que después del contraste de Vigirima, habíase puesto de nuevo en campaña con 1300 hombres, buscando la incorporación concertada con Ceballos y Yáñez, supo en el camino la derrota de Araure, y hostilizado por las fuerzas independientes, vióse obligado á refugiarse en Coro, con pérdida de dos cañones y más de la mitad de su gente. La plaza sólo contaba con una guarnición de 600 hombres. El puerto estaba bloqueado por la escuadrilla margariteña que Mariño había enviado al mando de Piar, cediendo á las instancias de Bolívar, pendiente el arreglo de la división del mando supremo entre ambos dictadores. La escasez de víveres empezaba á afligir á los sitiados. Monteverde, desacreditado por sus derrotas y desaciertos, había sido depuesto ignominiosamente del mando, y des-

pedido á Curaçao (diciembre 28). Ceballos, que debía sucederle en el gobierno, estaba derrotado y no podía auxiliar la plaza sitiada. Cajigal, nombrado por el gobierno de España capitán general de Venezuela, viejo y enfermo, aun permanecía en la Guayana, donde nada había hecho. Empero, la plaza sitiada continuó resistiendo, y los independientes no pudieron enseñorearse de Puerto Cabello.

Mientras tanto, la doble dictadura daba sus frutos. Las victorias del occidente eran estériles, sin el concurso del poderoso ejército de oriente, que permanecía inactivo. Mariño se negaba á combinar operaciones con Bolívar, hasta tanto no fuese reconocido en el mando supremo de que estaba en posesión. El Libertador le rogaba modestamente que hiciese marchar sus tropas sobre la parte de los Llanos Bajos, donde á la sazón se rehacían Boves y Yáñez. Lejos de prestarse á esta operación, que la común seguridad indicaba, hubo un momento en que mandó retirar su escuadrilla, y sin las instancias de Bolívar á Piar, así se habría hecho. El resultado de esta desinteligencia fué, que Bolívar no pudiendo atender á la vez al sitio de Puerto Cabello, á la guerra de occidente, y á la de los llanos, Boves y Yáñez reaccionaron vigorosamente. Boves, sobre todo, con una actividad prodigiosa y una energía incontrastable, que no retrocedía ante ningún medio por terrible que fuese, se hallaba en aptitud de abrir una nueva campaña, antes de transcurrir dos meses de la derrota que le infligiera Campo Elías. Dictó un bando (1 de noviembre) llamando á las armas á todos los hombres en estado de llevarlas; ordenó perseguir y matar sin tregua á los traidores ó sea á los patriotas; dispuso que los bienes se distribuyesen entre sus tropas, y finalmente dió libertad á todos los esclavos

que se alistasen bajo la bandera del rey. Los llaneros, embravecidos por la matanza de Calabozo, y atraídos por el cebo del botín, acudieron en masa con decisión. Auxiliado desde la Guayana con 100 veteranos de infantería, un cañón, 300 fusiles y 100,000 cartuchos, á mediados de diciembre contaba un atropamiento de 3000 hombres de caballería, armados de lanzas con moharras, hechas de las rejas de las ventanas. Con esta turba invadió los Llanos Bajos, derrotó en San Marcos una división de 1000 hombres que la guardaba (14 de diciembre) pasándola á cuchillo, ocupó Calabozo, donde continuó la matanza sin perdonar á nadie, y distribuyó los bienes de los vencidos como lo había ofrecido. En seguida dominó todo el país llano desde la Cordillera que se extiende por la costa de barlovento de Venezuela hasta el golfo de Paria. Más adelante necesitaba infantería para proseguir la guerra con ventaja; y el indomable caudillo realista se ocupó en formarla. Al mismo tiempo, Yáñez que se había reorganizado en el Apure auxiliado como Boves desde Guayana, invadía á Barinas con 2000 hombres de infantería y caballería, y ocupaba la capital de la provincia. Cajigal, ya posesionado del mando de capitán general, y Ceballos, formaban en las costas de sotavento un nuevo ejército.

Los llanos y el occidente estaban perdidos para la revolución. Bolívar quedaba reducido al litoral de Caracas, y los valles inmediatos, con la atención del sitio de Puerto Cabello, y bloqueado por las guerrillas realistas, con su reserva debilitada en Valencia. Una columna de 1600 hombres, al mando de Urdaneta, que marchaba á apoderarse de Coro después de Araure, se detuvo en Barquisimeto, y acudió con un destacamento á asegurar su retaguardia amena-

zada. Mariño, en la inacción, permanecía con 3500 hombres reconcentrado en las costas de Barcelona y Cumaná y sus valles adyacentes. Todo el resto del territorio estaba ocupado por la reacción realista, y todos sus habitantes sublevados en masa contra la república. Los patriotas tenían que refugiarse á las ciudades para salvarse de la persecución de las poblaciones en las campañas. Los ejércitos independientes andaban á ciegas; no podían encontrar ni un guía del país que los condujese, ni siquiera un vecino que les diera noticia de los movimientos del enemigo. Para comunicarse las divisiones entre sí, tenían que escoltar sus correos con fuertes destacamentos de compañías, y á veces no llegaban vivos sino cuatro de ellos. Tal era el estado de la guerra y de la opinión en Venezuela al terminar el año XIII. El mismo fenómeno que al tiempo del terremoto en 1812 se producía: las masas populares desertaron de las banderas de la independencia, movidas por el terror, animadas por la venganza y desesperadas por la espantosa miseria del país. Los historiadores colombianos atribuyen esta insurrección popular al decreto de guerra á muerte de Bolívar, y á los excesos que autorizó. Por causas opuestas y por los mismos efectos, Bolívar caería esta vez como antes había caído Miranda. ¡Siempre la lógica del destino!